

**La identidad europea:  
unidad en la diversidad**  
**Sevilla, 16 de noviembre de 2006**

Seminarios y Jornadas 36/2006



Ninguna parte ni la totalidad de este documento puede ser reproducida, grabada o transmitida en forma alguna ni por cualquier procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, reprográfico, magnético o cualquier otro, sin autorización previa y por escrito de la Fundación Alternativas

© Fundación Alternativas

ISBN: 978-84-96653-37-5

Depósito Legal: M-4262-2007

El Observatorio de Política Exterior (Opex) de la Fundación Alternativas organizó el 16 de noviembre de 2006 la tercera sesión del Foro de la Ciudadanía, una jornada completa de debate y discusión sobre un aspecto de la integración europea que se inserta en la iniciativa Hablamos de Europa, promovida desde el año pasado por el Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación.

El Foro, cuyas sesiones anteriores se han celebrado en Zaragoza, el 15 de junio, y en Vigo, el 25 de septiembre, se reunió en Sevilla, siguiendo su formato de seminario cerrado de expertos por la mañana y posterior debate abierto, para tratar sobre la cuestión de la “identidad europea: unidad en la diversidad”.

La Junta de Andalucía, por medio de la Secretaría General de Acción Exterior, actuó de anfitriona en el sentido de la organización logística de la jornada, para lo que también se contó con la colaboración de la Fundación Tres Culturas y la Universidad de Sevilla.

Del mismo modo que en las previas reuniones aragonesa, que trató sobre inmigración, y gallega, que lo hizo sobre el modelo social europeo, en esta sesión volvieron a reunirse autoridades, académicos especialistas y representantes de la sociedad civil andaluza y española –y, por la tarde, también el público general– con el propósito de estimular la discusión sobre la posible identidad europea, las diversas identidades nacionales que desde luego subsisten en el seno de la Unión y los avances en el estatus de ciudadanía común.

En las páginas que siguen se recogen, después de un documento de trabajo introductorio previamente elaborado como es habitual en todas las actividades organizadas por Opex, las ponencias y los debates posteriores tanto de la mañana como de la tarde. En el seminario de la mañana se presentaron los puntos de vista que sobre la cuestión tienen la Comisión Europea (José Luis González Vallvé, director de la Representación en España), y el Gobierno español (José Rodríguez-Spiteri, embajador en Misión Especial de la Secretaría de Estado para la UE). A continuación, y enmarcando la discusión posterior moderada por Nicolás Sartorius en la que participaron varias decenas de invitados, realizaron sus interesantes ponencias tanto Elisa Pérez-Vera, magistrada del Tribunal Constitucional y matedrática de Derecho internacional, como Ramón Vargas-Machuca, catedrático de Filosofía.

En el debate abierto de la tarde, celebrado en el Paraninfo de la Universidad de Sevilla, se entabló un brillante debate de gran altura intelectual en el que intervinieron el filósofo portugués Eduardo Lourenço (Premio Camões), el escritor y diplomático José María Ridaio, los periodistas Josto Maffeo (de Il Messaggero) y Román Orozco (de El País), así como varios asistentes de entre la audiencia al acto.

**Ignacio Molina A. de Cienfuegos**

Director del Foro de la Ciudadanía-Hablamos de Europa.  
Profesor de Ciencia Política (UAM)

## Asistentes

**Marycruz Arcos Vargas**, vicerrectora de Relaciones Institucionales, Relaciones Internacionales y Extensión Cultural de la Universidad de Sevilla. Profesora de Derecho internacional público.

**José Enrique Ayala**, general de Brigada del Ejército de Tierra en la reserva y miembro del Consejo Asesor de Opex, Fundación Alternativas.

**Miguel Ángel Benedicto**, periodista y consultor. Miembro del Panel de Expertos Opex, Fundación Alternativas.

**Jaime Bretón Besnier**, adjunto del Defensor del Pueblo andaluz.

**Fernando Blanco**, secretario general de la Federación de Enseñanza de CC OO de Andalucía.

**Jesús Carrillo Espinosa**, Dirección General de Andaluces en el Exterior, Consejería de Gobernación, Junta de Andalucía.

**Cristina Cruces Roldán**, consejera del Consejo Audiovisual de Andalucía y profesora de Antropología Social de la Universidad de Sevilla.

**Gerardo Fernández-Gavilanes Díez**, diplomático. Secretaría de Estado para la Unión Europea, Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación.

**María del Pilar García de Chiclana**, directora del Euro Info Centre de la Confederación de Empresarios de Andalucía.

**Marie-Jose Garot**, profesora de Derecho de la UE, Instituto de Empresa, Madrid.

**Teresa Godoy Tapia**, directora técnica. Coordinadora Andaluza de ONG para el Desarrollo.

**José Luis González-Vallvé**, director de la Representación en España de la Comisión Europea.

**Eduardo Iáñez Pareja**, profesor de Enseñanza Media. IES Vega de Atarfe (Granada).

**Antonio López Castillo**, profesor de Derecho constitucional en la UAM, Miembro del Panel de Expertos Opex, Fundación Alternativas.

**Eduardo Lourenço de Faria**, filósofo y crítico literario. Premio Camões y Premio Europeo de Ensayo Charles Veillon.

**Josto Maffeo**, periodista. Corresponsal en España de Il Messaggero.

**Irene Martín Cortés**, profesora de Ciencia Política en la UAM, Miembro del Panel de Expertos Opex, Fundación Alternativas.

**José Manuel Bulhão Martins**, cónsul general de Portugal.

**Ignacio Molina Álvarez de Cienfuegos**, investigador permanente de Opex, Fundación Alternativas. Profesor de Ciencia Política en la UAM.

**Pedro Moya Milanés**, secretario general de Acción Exterior de la Junta de Andalucía.

**José Antonio Navarro Moreno**, director del programa Europa Abierta, Canal Sur Televisión. Profesor de la Facultad de Comunicación, Universidad de Sevilla.

**Enrique Ojeda Vila**, director gerente de la Fundación Tres Culturas del Mediterráneo.

**Román Orozco**, periodista. Director de El País-edición de Andalucía.

**Filipa María de Paula-Soares**, responsable del Centro de Lengua Portuguesa del Instituto Camões de Madrid.

**Elisa Pérez-Vera**, magistrada del Tribunal Constitucional. Catedrática de Derecho internacional.

**Eulalia W. Petit de Gabriel**, directora del Secretariado de Relaciones Internacionales de la Universidad de Sevilla. Profesora de Derecho internacional público.

**Carlos Rapaport Andelman**, director gerente, Fundación Alternativas.

**José María Ridaó**, escritor y diplomático. Último embajador de España ante la UNESCO.

**José Rodríguez-Spiteri**, embajador en Misión Especial, Secretaría de Estado para la UE, Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación.

**Antonia Ruiz Jiménez**, Departamento de Sociología, Universidad Pablo de Olavide. Miembro del Panel de Expertos Opex, Fundación Alternativas.

**Gerardo Ruiz-Rico Ruiz**, catedrático de Derecho constitucional, Universidad de Jaén.

**Nicolás Sartorius**, vicepresidente ejecutivo de la Fundación Alternativas.

**Ramón Vargas-Machuca Ortega**, catedrático de Filosofía política de la Universidad de Cádiz.

**Javier Visus Arbesú**, jefe de Servicio de Información y Formación Europea, Secretaría General de Acción Exterior. Junta de Andalucía.



## ***E pluribus unum: europeísmo e identidad europea\****

**Ignacio Molina**, Profesor en el Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales en la Universidad Autónoma de Madrid y director del Foro de la ciudadanía (Opex)

Después de tres años de preparación, y gracias al trabajo de un equipo internacional de diez historiadores, las autoridades educativas de Francia y Alemania anunciaron el pasado mes de mayo de 2006 el lanzamiento del primer tomo de lo que será un único manual de Historia para los estudiantes de enseñanza secundaria de ambos países. Consiste en el fruto de un acuerdo político –continuación del lanzamiento de la bilingüe y exitosa cadena de televisión Arte o de otras iniciativas educativas y culturales de carácter bilateral– que pasó prácticamente desapercibido, pero que, viniendo del principal eje político-institucional de la Unión Europea, tiene una gran importancia simbólica y tal vez sustantiva. Estudiar la Historia de forma común en dos países cuya Historia está precisamente preñada de desencuentros y de conflictos abiertos, y que precisamente por ello constituyen la plataforma sobre la que se ha ido construyendo el proyecto europeo, no parece una cuestión menor. No hay, además, una materia más sensible en los currículos de enseñanza que la Historia para inculcar determinados enfoques políticos sobre la identidad propia y propiciar, o no, el interés por un conocimiento más o menos amplio del entorno.

Los franceses y alemanes en edad escolar tendrán a partir de ahora una única mirada sobre el pasado, pese a las tradicionales diferencias relativas tanto a sensibilidades e intereses por determinados contenidos –la experiencia colonial, las tres guerras que mantuvieron entre 1870 y 1945, las relaciones con EE UU...– como a los enfoques metodológicos preferidos –más racionalistas y deductivos en Francia, más pragmáticos y empíricos en Alemania–. Pero, junto a las divergencias, también existe ¿o no existe acaso? una herencia científica y cultural común que permite que el experimento, audaz y envidiable, no resulte, sin embargo, extravagante. Eso es, al fin y al cabo, lo que proclama el Preámbulo del fallido Tratado por el que se establece una Constitución para Europa cuando proclama inspirarse “en la herencia cultural, religiosa y humanista de Europa, a partir de la cual se han desarrollado los valores universales de los derechos inviolables e inalienables de la persona humana, la democracia, la igualdad, la libertad y el Estado de Derecho”, y concluye con la seguridad de que “Unida en la diversidad, Europa les brinda las mejores posibilidades de proseguir, respetando los derechos de todos y conscientes de su responsabili-

---

\* Este documento se basa parcialmente en otro anterior sobre Europeísmo publicado por la editorial Anthropos (Reyes Mate, ed.).

dad para con las generaciones futuras y la Tierra, la gran aventura que hace de ella un espacio privilegiado para la esperanza humana<sup>1</sup>.

Es lógico que la Constitución ponga el énfasis, aun advirtiendo la importancia de las idiosincrasias nacionales, en lo común, pero es difícil creer realmente que los ciudadanos europeos tengan en Europa un referente de identidad cultural, y mucho menos de lealtad política. Incluso si se mira desde el punto de vista costumbrista, Europa está unida por las modas estadounidenses, el cine –con su extensión en las series de TV– hecho en Hollywood, la música anglosajona, su modo de celebrar la Navidad o la noche de difuntos, la Coca-Cola e incluso ciertos hábitos alimentarios supuestamente nacidos en el Viejo Continente –la carne alemana, la pizza italiana y últimamente el café expreso– convenientemente procesados en el exitoso “mínimo común denominador” que constituye McDonald’s, Pizza Hut o Starbucks. Ascendiendo un poco en la escala de sofisticación del argumento, las élites –aun presumiendo de frecuentar el cine europeo– se entienden en inglés, estudian en universidades norteamericanas y leen prensa –económica o política– para minorías realizada fuera del Continente. Todos sus demás referentes son propiamente nacionales.

No hay, pues, identidad social, en el sentido de sociológica, en Europa y es muy discutible que exista una identidad cultural europea. Como bien señala Javier de Lucas (2004), hablar de la identidad cultural europea solo lleva a términos o bien rechazables por etnoculturales, al concebir esa identidad al modo de las identidades primarias, o bien descartables por vacíos, al concebirla como un conjunto de principios generales<sup>2</sup>, tal y como por ejemplo se expresa en el mencionado Preámbulo de la Constitución, que no pueden proporcionar especificidad y que en todo caso identifican a Occidente sin discriminar lo que es propiamente europeo.

¿Qué es entonces Europa? ¿En qué consiste su identidad? Seguramente la importancia política, cultural y social tan absolutamente fundamental de los Estados-nación en el pasado y presente del continente lleven a contestar la pregunta de forma muy relativista. Europa se ve de forma distinta desde cada nación, y también desde cada ideología, por lo que su contenido en forma de identidad no existe o sólo puede tener un contenido expresamente orientado a preservar la diversidad como rasgo constitutivo de la misma. Sí existe el europeísmo, pero no es ni puede ser un nuevo nacionalismo, sino algo mucho más difuso, más bien una actitud convencida de las ventajas, cuando no la necesidad, de trascender los actuales márgenes del Estado-nación para el espacio geográfico europeo, pero que puede graduarse desde el federalismo de una Europa soberana hasta la más modesta posición de buena vecindad y cooperación por encima de los antagonismos nacionales. Es, además, un concepto multiforme que varía según las épocas y los lugares; que se puede manifestar en proyectos conservadores o progresistas. Por ello, el somero análisis de estas páginas ha de ser necesariamente histórico, ideológico y territorial.

---

<sup>1</sup> El Preámbulo añade que “Europa, ahora reunida tras dolorosas experiencias, se propone avanzar por la senda de la civilización, el progreso y la prosperidad por el bien de todos sus habitantes, sin olvidar a los más débiles y desfavorecidos; de que quiere seguir siendo un continente abierto a la cultura, al saber y al progreso social; de que desea ahondar en el carácter democrático y transparente de su vida pública y obrar en pro de la paz, la justicia y la solidaridad en el mundo” y con el convencimiento “de que los pueblos de Europa, sin dejar de sentirse orgullosos de su identidad y de su historia nacional, están decididos a superar sus antiguas divisiones y, cada vez más estrechamente unidos, a forjar un destino común”.

<sup>2</sup> De Lucas, Javier (2004), *Identidad y Constitución europea. ¿Es la identidad cultural europea la clave del proyecto europeo?*, Pasajes, 13.

## 1. Un poco de Historia

A pesar de la arriba mencionada variedad en que se plasma la idea de Europa, la llamada a la unificación del continente tiene un contenido programático de síntesis y unos ideales que emanan de las características comunes a toda Europa como resultado de la Historia y de las circunstancias existentes en la parte occidental del continente al final de la Segunda Guerra Mundial, cuando surgieron las Comunidades Europeas que, por encarnar desde su nacimiento el proyecto supranacional, sirven como referente para señalar qué se incluye en una idea más estricta de europeísmo y de identidad europea. La importancia de la hoy llamada Unión Europea y lo ambicioso de sus objetivos políticos y económicos ha obligado a las naciones e ideologías de Europa a posicionarse con respecto a la integración, si bien ello depende de su situación con relación a la propia UE. Mientras en el seno de los Estados miembros el europeísmo consiste en defender la consolidación del proceso, en los países recién adheridos o que se plantean la incorporación el debate estriba en la conveniencia o no de ésta. Sin embargo, en cualquiera de ambos casos, el núcleo final de la controversia es el mismo: el replanteamiento de la fórmula tradicional de ejercicio de la soberanía y la evaluación de las ventajas e inconvenientes que supone la europeización de las distintas doctrinas y pueblos de Europa (con la renovación y homologación que supone, a costa de la pérdida de la identidad original sustituida por un marco común sintético y moderado).

La idea de supranacionalidad continental tiene un trasfondo histórico que nace tras la caída del Imperio Romano, de proyección mediterránea y posteriormente oriental, cuando el derecho y las libertades germánicas se combinan con la cultura y las instituciones latinas, bajo el elemento común de la cristiandad. Es precisamente en torno a los viejos *limes*, convertidos ahora en el centro de Europa, donde se percibe con más claridad la convivencia de ambas civilizaciones, y es desde aquí donde se va a pretender acompañar la unidad espiritual con la reconstrucción imperial. El intento medieval de Carlomagno a partir de Aquisgrán va a ser efímero, aunque al Este la dinastía otoniana va a continuar la empresa del Sacro Imperio Romano-Germánico y, por consiguiente, el pulso con el Papa. La diarquía resultante del conflicto por las investiduras va a evitar en Europa el modelo político teocrático propio del mundo islámico y asiático (incluido el cesaropapismo del cristianismo bizantino), al tiempo que supone el primer elemento del pluralismo moderno. Ello es así porque supuso una distinción de lealtades en el hombre europeo que va a reforzarse por el feudalismo y el doble vasallaje debido al señor y al rey.

La parte más occidental de la herencia carolingia se dividió entre la franja Lotaringia y Francia. La primera región, que va desde la desembocadura del Rin hasta Roma, no tuvo continuidad política, pero dio lugar a pequeños Estados de prácticas políticas consociacionales y alianzas comerciales exteriores como la nórdica Liga Hanseática o las repúblicas italianas. Además, por su posición central, geográfica y cultural entre los mundos germánico y latino, va a constituirse en el referente para todo intento de recrear la unidad continental y la convivencia intercultural. El modelo francés, por último, va a pasar a ser el dominante a partir del Renacimiento cuando ciertos Estados como el francés (España, Portugal o Inglaterra) consiguen convertirse en el centro predominante de identidad y desarrollar la novedosa idea de J. Bodin acerca de la soberanía. Al mismo tiempo, la propia Iglesia ya no es capaz de mantener la ficción supranacional, dado que los cismas dividen a la cristiandad occidental, como se pone de manifiesto en el Concilio de Constanza o, sobre todo, tras la reforma protestante. Carlos V no puede impedir que se extingan los lazos interterritoriales que la

unidad religiosa garantizaba, pero la nueva realidad es el origen de la modernidad en el continente por ser una nueva muestra del pluralismo y la base del individualismo y la secularización posterior<sup>3</sup>.

Los contactos se hacen más débiles, pues los vínculos comerciales se reducen cuando los Estados desarrollan sus propias redes mercantiles en un mundo mucho más amplio del medieval y que van a dominar. A nivel social se mantienen las relaciones culturales, científicas e ideológicas gracias a la vecindad geográfica y el uso de lenguas francas (difusión del arte, la filosofía o de Galileo y Newton), pero disminuye la comunicación política entre las naciones europeas. Durante la época moderna ésta se reduce a las prácticas matrimoniales de las distintas monarquías y los contactos diplomáticos imprescindibles para paliar los continuos estados bélicos entre los emergentes Estados. Ello da lugar a la idea de equilibrio de las potencias que nace en la Paz de Westfalia y que evitará la dominación hegemónica por parte de una sola potencia. Esta dinámica de concierto, interrumpida por la expansión napoleónica, se reforzará en el siglo XIX tras el Congreso de Viena. Sin embargo, la rivalidad entre los Estados europeos se convierte entonces en abierta hostilidad por la adquisición de conciencia nacional entre la población. El expansionismo territorial y el proteccionismo mercantil, ya sea en la propia Europa o en las áreas a colonizar, origina la creación de bloques como la Triple Entente o los Imperios Centrales que van a enfrentarse en la Primera Guerra Mundial.

Tras esta auténtica guerra civil europea un grupo de intelectuales va a recrear entonces algunos proyectos de unificación paneuropea en el clima del internacionalismo wilsoniano de la Sociedad de Naciones. Entre las élites, las propuestas federalistas supranacionales no eran una novedad, ya que desde la época de la Ilustración autores como Saint-Pierre, Kant o Montesquieu habían teorizado sobre el legado de Europa y la necesidad de asegurar institucionalmente la paz. Estas corrientes tuvieron continuidad en las propuestas de Estados Unidos de Europa realizadas durante el siglo XIX por Víctor Hugo o Cattaneo. Sin embargo, el supranacionalismo democrático perdió entonces la batalla tanto en el campo práctico (Europa de la Paz Armada a partir de Bismarck) como entre los teóricos de la democracia (más propensos al relativismo de Rousseau que al eurocentrismo laico y civilizador de Voltaire). Ello se unió al factor marxista que atrajo a los ideólogos de la revolución, hasta entonces liberales, por lo que el resurgir europeísta de los años veinte quedó limitado a idealistas más conservadores como Coudenhove-Kalergi, quien impulsará varios congresos paneuropeos donde se va fijando el concepto de Europa.

Éste se revela como político-cultural más que geográfico, si bien existen características físicas comunes, tales como la imbricación tierra-mar o el paisaje muy roturado gracias a una agricultura favorecida por el clima templado y el agua abundante. Y es que, en todo caso, las fronteras con Asia por el Cáucaso y los Urales son doblemente convencionales, de modo que la idea continental se ha de distinguir por otros intangibles, como el avance en el arte o la ciencia<sup>4</sup>. Estos resultados se producen cuando se juntan sociedades civiles

---

<sup>3</sup> Por un lado, es en la época renacentista cuando el concepto comunitario de Res Publica Christiana se sustituye por el de sociedad y, en boca de los humanistas como Erasmo, aparece la noción más secularizada de Europa. Por otro, en estos años, siguiendo las palabras del suizo Burckhardt ahora recogidas en el tan mencionado Preámbulo, se pasa de la diversidad en la unidad a la unidad en la diversidad.

<sup>4</sup> Así, Weber entiende por Europa el espacio donde existe una continua evolución de las corrientes artísticas, del románico al Art Nouveau, y de los progresos científicos y tecnológicos.

dinámicas con Estados fuertes, dos elementos que según C. Tilly o B. Moore no guardan entre sí una relación de suma cero, sino de complementariedad (modelo parlamentario de gobierno). Tal combinación tenía terreno abonado en Europa Occidental, porque allí la multiestatalidad y el pluralismo de lealtades propiciaba el espíritu crítico y la competitividad, base del dinamismo. Esta ventaja comparativa frente a las sociedades orientales, armónicas y sometidas a una sola dominación, tenía la contrapartida de que la rivalidad desembocaba frecuentemente en guerras. De ahí que frente al transnacionalismo espontáneo en la sociedad y cultura, el europeísmo político se esforzó por institucionalizar los mecanismos de cooperación institucional que evitase los choques bélicos. Por eso el derecho ha sido elemento tan importante<sup>5</sup> y, allí donde existía práctica interna de institucionalización de la convivencia entre distintas comunidades, nacieron tanto las primeras organizaciones de cooperación (Confederación Hidrográfica del Rin) como la mayor parte de la teoría y la práctica de la integración europea.

Como los esfuerzos del periodo de entreguerras no fueron suficientes para evitar una mayor confrontación continental, los políticos occidentales decidieron en 1945 tomarse por primera vez en serio la cuestión. En el contexto inédito de Europa superada en el liderazgo mundial por Estados Unidos y la Rusia soviética, había que reconstruir el continente y asegurar definitivamente la paz con un modelo más magnánimo que el de Versalles. Aunque las formulaciones idealistas son las que aparecen primero, dando lugar, a partir del Congreso de federalistas de La Haya en 1948, al Consejo de Europa, que se encarga de la defensa de los derechos humanos, son los proyectos económicos funcionalistas los que consiguen mayores avances. Mientras la parte oriental se convertía en mero satélite de la URSS, el bloque occidental conseguía autonomía en su alineamiento atlántico (Plan Marshall y OTAN), a partir de las Comunidades nacidas con el plan Schuman. El modelo de Zollverein, a partir del carbón y el acero para ampliarse luego a todo un mercado común, se antojaba como el más efectivo, porque la libre circulación de factores productivos aseguraba a un tiempo las ventajas de la economía de escala y una solidaridad de hecho entre Francia y Alemania. Pese a ciertos tropiezos iniciales, por la excesiva audacia de propuestas inmaduras de integración política y militar, en Messina en 1955 se definió una estructura institucional equilibrada que incluía una autoridad supranacional común (la Comisión), un foro de representación popular (Parlamento elegido por sufragio directo desde 1979, aunque con escasos poderes), un muy protagonista Tribunal de Justicia con características federales y un órgano de decisión final formado por los gobiernos de los entonces seis Estados miembros (Consejo).

La evolución de la UE ha ido concentrando aquí el núcleo de las esperanzas europeístas con incorporaciones de nuevos países y, bien por evolución o por convergencia de las preferencias nacionales, ampliación de los objetivos. La integración económica avanzaba espectacularmente en los aspectos económicos, mucho más allá de la Unión Aduanera, al definirse políticas comunes como la agrícola y la interterritorial, una dimensión social e incluso el horizonte de una moneda única; mientras, los aspectos más políticos como la seguridad o la ciudadanía inician un desarrollo embrionario. Sin embargo, también se han presentado dificultades como los periodos de estancamiento o euroesclero-

---

<sup>5</sup> La idea romana de *ius gentium* y conceptos modernos, como *pacta sunt servanda*, contenidos en el *law of nations* de Bentham).

sis, el prolongamiento de la intergubernamentalidad tras el surgimiento de los presidencialistas Consejos Europeos y la complejidad resultante tras diecinueve ampliaciones<sup>6</sup>. Los afectados negativamente por las consecuencias distributivas del Mercado Interior contagian su oposición a grandes sectores de la opinión pública que, según señalan los Eurobarómetros, venían apoyando pasivamente el proceso y confiaban la cuestión europea, como siempre, a las élites políticas e intelectuales. Las crisis desatadas durante la ratificación del Tratado de Maastricht y sobre todo de la Constitución Europea ponen de manifiesto las limitaciones reales del desarrollo comunitario que ha cumplido con éxito sus objetivos originales de pacificación y prosperidad, pero tiene difícil la sustitución de estos ideales agotados por unos nuevos valores movilizados. Se habla de un modelo económico y social propio<sup>7</sup>, diferente del tradicional Oriente y el inmaduro mundo americano, mientras la Comisión y el Parlamento Europeo trabajan en aspectos que puedan fortalecer la supranacionalidad: símbolos, infraestructuras, intercambio universitario (Erasmus) o producción audiovisual.

Sin embargo, lo cierto es que no se puede recrear un nation-building a nivel europeo por los obstáculos lingüísticos y la inexistencia de una auténtica red de comunicaciones como la teorizada por Deutsch. Por supuesto, no es posible conseguir la cohesión a partir de una potencia guía y el propio internacionalismo comunitario impide la recreación de una rivalidad exterior que algunos autores han querido ver plasmada primero en la URSS y hoy en Japón, China o sobre todo Estados Unidos. Es, pues, difícil suscitar entusiasmo con valores tan eclécticos como los que caracterizan a Europa<sup>8</sup>. Estas últimas no solo están dotadas de mayor legitimidad democrática sino que se han resistido a la entropía, consolidando grandes diferencias institucionales en elementos clave de la construcción de un régimen político como son los sistemas de administración central y territorial, la fiscalidad, los modelos educativos o los distintos regímenes de seguridad social. Ahora bien, pese a que la Unión Europea no pueda sustituir a las fuertes identidades originales, sí es previsible un futuro de afirmación de lealtades mediadas regional, nacional y europea (idea de la subsidiariedad) donde la afección a lo continental sea más habitual entre élites humanistas y científicas (con proyectos comunes tecnológicos y empresariales: Eureka, Ariane, Airbus, MIT europeo) que dan lugar, en ciertos ámbitos, a fenómenos de *spill-over* político.

En todo caso, la ya consolidada vinculación europea a niveles mínimos (la defensa de los valores democráticos liberales y un cierto acervo común para asegurar el mercado único) se puede completar con mayores ambiciones federalistas que incluyan la seguridad y policía supranacional o la constitucionalización del proceso. La cuestión difiere en cada país según su Historia y geografía, por lo que hay que analizar territorialmente el europeísmo, más fuerte y ambicioso en el centro de Europa que en la periferia. Por ello no es extraordinario hablar de un futuro de integración a varias velocidades con núcleos avanzados de supranacionalidad y círculos concéntricos de naciones que gradúan la cesión de competencias a Bruselas, ya sea por razones voluntarias o impuestas como es el caso del acceso al

---

<sup>6</sup> Ello se une al grave problema de las críticas a la integración desde posturas europeístas, sean de izquierda o liberales como R. Dahrendorf, que rechazan desde el enfoque secretista y tecnocrático de los problemas hasta el déficit democrático.

<sup>7</sup> Ver la anterior sesión del Foro de la Ciudadanía-Hablamos de Europa celebrada en Vigo el 25 de septiembre. Madrid: Fundación Alternativas, Seminarios y Jornadas 36/2006.

<sup>8</sup> De ahí el riesgo de cansancio advertido por Husserl, que compite en desventaja tanto con los primordialismos nacionales como con las resistencias de las actuales realidades estatales.

euro. Tras la caída del Telón de Acero, la arquitectura europea presenta indicios de esa geometría variable desde un foco más avanzado de seis-siete países (grupo Schengen, Euroejército, Unión Europea Occidental) hasta los amplios marcos de la Organización de Seguridad y Cooperación Europea (OSCE), pasando por el Consejo de Europa o la propia UE.

## 2. La identidad europea desde las distintas perspectivas nacionales

El mapa geopolítico del europeísmo tiene su núcleo, por génesis e intensidad, en la franja centroeuropea donde las culturas germánica y latina son vecinas. Los países del Benelux, las regiones limítrofes de Francia y Alemania (Borgoña, Alsacia-Lorena y Renania), Suiza y el norte de Italia son los territorios desde donde se ha difundido, históricamente y con continuidad a partir de los cincuenta, el ideal unificador. La Unión Aduanera de Bélgica, Holanda y Luxemburgo sirvió como experimento institucional de la UE gracias a las adaptaciones realizadas por el belga Spaak quien diseñó la “Pequeña Europa” de los seis para arropar a la alianza franco-alemana. Las comentadas características europeas de esta región políglota y comercial se fortalecen por sus dimensiones pequeñas, lo que origina el internacionalismo teórico en Holanda desde Grocio a Salinger, y por su complejidad interna que lleva en el caso belga a concebir la integración como la única posibilidad de mantener unido el país ante el secesionismo flamenco. Por el contrario, Suiza, nacida como confederación multicultural, se ha mantenido al margen de las organizaciones europeas más importantes por su carácter neutral y, tras la Guerra Fría, por el temor de la población (especialmente en los cantones alemanes) a perder su peculiar régimen financiero que es la base de la riqueza del país.

Como se decía al principio de este documento, Francia y Alemania son, por su peso histórico y político, el auténtico eje de la integración continental. En el caso de Francia, puede presumirse de haber contribuido al movimiento europeísta con teóricos tan antiguos como P. Dubois (siglo XIV) y sobre todo con los valores de la Revolución Francesa. En Francia han nacido proyectos idealistas de la integración, como el de Saint-Simon, junto a planes de unificación continental bajo el liderazgo de este potente país. La ideología revolucionario-cosmopolita con la que Napoleón quiso justificar a su Grande Armée desde el exilio de Santa Elena es una muestra de europeísmo sin respeto a la idea de equilibrio. La propuesta de Briand en los años veinte o las ideas defendidas por De Gaulle son también reflejos de un supranacionalismo estratégico al servicio de los intereses nacionales que aún hoy es compartido por muchos franceses. En todo caso, el proyecto comunitario no se entiende sin la disposición francesa a consolidar una paz justa y duradera con Alemania, su rival secular. El protagonismo de este país en Europa ha tenido continuidad por la presencia de grandes políticos en las instituciones europeas (Monnet, Delors).

En Alemania, una vez conseguida la unificación nacional en 1870, y dada la su extensa posición geográfica central, también se concebían responsabilidades exteriores de liderazgo continental recogiendo la herencia histórica del Sacro Imperio recreada por el romanticismo de F. Schlegel. Esta mentalidad, unida al comunitarismo germánico y a la idealización de su *Kultur*, distanciaba a Alemania de las ideas occidentales de sociedad y civilización orientándole hacia *Mittleuropa* cuyo dominio, según las tesis de Naumann, aseguraba el control de todo el continente. Estos diseños geopolíticos, o los proyectos federales de

Frantz, influyen primero en los sistemas bismarckianos y llevaron a continuación a una doble derrota alemana en sendas guerras mundiales. En 1945, con el país dividido y desintegrado tras la experiencia nazi, la doctrina del pangermanismo es sustituida por la vinculación al mundo occidental<sup>9</sup>. Esta orientación de Westbindung als Wertbindung fue promovida por el renano Adenauer e incluía el desplazamiento al oeste de la capital y el alineamiento defensivo frente a la URSS, lo que retardaba la posibilidad de reunificación con la RDA. Por este motivo se opuso el socialista Kurt Schumacher, aunque la mayoría del país prefirió la constitución del eje París-Bonn y el liberalismo de la Comunidad Europea. Los gobiernos de Kohl, Schröder y Merkel han continuado el compromiso con la integración –y la amistad con Francia, como se ha dicho–, si bien el potencial de la Alemania reunificada hace replantear el debate interno sobre las alternativas que tiene este país para jugar su papel en Europa.

Italia fue uno de los seis fundadores de las Comunidades Europeas y su parte septentrional pertenece también al corazón cultural de Europa desde la Edad Media. La división del país hasta 1860 y sus dificultades posteriores en el asentamiento de la democracia, por la experiencia fascista y la ingobernabilidad durante toda la época republicana, han impedido que Italia jugase el papel político que le hubiese correspondido por su potencial. Sin embargo, la aportación italiana ha sido extraordinaria si consideramos las individualidades que han participado en el ideal europeo desde el fin de la Edad Media (Dante o Maquiavelo), y más recientemente con activistas (Mazzini o los héroes de la resistencia como el federalista Spinelli) y con uno de los padres fundadores (De Gasperi). Tras la Segunda Guerra Mundial, Italia pasó a conjugar su vocación mediterránea y germánica con una nueva orientación intelectual hacia los valores liberales del continente a los que quedó definitivamente vinculada. A partir de entonces, la opinión pública italiana, pese a los localismos regionales y su americanización cultural, ha sido una de las más favorables a la unificación europea, sobre todo tras la conversión del fuerte PCI de Berlinguer al Eurocomunismo y el convencimiento generalizado en las ventajas del proceso integrador. En todo caso, las tres grandes familias políticas de Italia: católica, laica-liberal y obrera (hoy transformada en progresista) tienen visiones distintas sobre Europa y el papel que debe jugar su país en ella.

El Reino Unido, de proyección colonial ultramarina hasta la década de los sesenta, forma parte de la Europa cultural y ha sido también sede intelectual del debate sobre la unificación desde el siglo XVII (ya sea con las visiones chauvinistas de Milton o con las ideas más neutrales de William Penn), aunque solo recientemente se ha planteado sus vínculos comerciales y políticos con el continente. Su papel histórico de insularidad, oposición a los intentos de unificación imperial (Napoleón y Alemania, por dos veces) y de vínculo atlántico entre Europa y Estados Unidos (a través de la *special relationship*) era aún reivindicado por Churchill, quien no incluía a su propio país en sus planes de integración. Sin embargo, la aspiración de *splendid isolation* orientada hacia la Commonwealth no se correspondía a la realidad de posguerra (crisis de Suez). El Reino Unido, una vez rota su complacencia y aceptada la evidencia de su inserción económica y defensiva en Europa, ha tratado de minimizar los efectos de esta realidad reivindicando la intergubernamentalidad frente a la supranacionalidad (así, el ensayo de la EFTA). Desde que en 1961 MacMillan solicitó el in-

---

<sup>9</sup> Ya sea por regeneración moral siguiendo el idealismo de Karl Jaspers o por estrategia prosaica de recuperación de la soberanía y garantía de futuro crecimiento económico.

greso en las Comunidades hasta hoy, la pretensión de no cuestionamiento de la soberanía británica ha sido constante e identificable en las discusiones del referéndum de 1975 o el famoso discurso de Thatcher en Brujas de 1988. Aunque la mayoría británica se opone al federalismo, existe una corriente europeísta renovadora dentro de los dos grandes partidos y es difícil que los euroescépticos fuercen un replanteamiento serio de la pertenencia a la UE.

España ha sido, desde el comienzo de la modernidad europea, un país de periferia al desvincularse del resto del continente en el contexto de la Contrarreforma. Aunque ha recibido las influencias vecinas a través de Francia, los intelectuales no se reorientaron exteriormente hacia Europa hasta el desastre colonial de 1898 que abrió los ojos a un país atrasado. En el descubrimiento de Europa como solución a los problemas de España hay actitudes casticistas (Ganivet y Unamuno) o tradicionalistas (D'Ors), junto a otras más regeneracionistas que toman como modelo al mundo prusiano autoritario (Costa y su cirujano de hierro) o al liberal elitista (Azcarate y, sobre todo, Ortega). Este amplio movimiento, a la vez nacionalista y europeísta, fue consolidando la identificación que unía al continente con modernización y libertades, si bien perdió importancia en los años treinta frente al fascismo y el internacionalismo revolucionario. La concepción moderada se recuperó, sin embargo, en la restauración democrática que siguió a la dictadura franquista (recreadora nostálgica de la idea de Hispanidad) cuando las fuerzas políticas, incluido el PCE, consideraban a Europa la garantía del nuevo régimen y del fin del aislacionismo. El consenso político existente sobre la adhesión a Europa en los años ochenta se ha mostrado después sobredimensionado y ha sido sustituido por un mayor realismo y una gradación ideológica, si bien el europeísmo es sólido y convencido entre unos líderes políticos que siguen instrumentalizándolo al servicio de las necesidades de reforma interna (liberalización u obtención de fondos estructurales).

En otros pequeños países de Europa Occidental se ha ido aceptando el modelo comunitario con una combinación de resignación a la inevitabilidad que exige la economía interdependiente y de apuesta convencida por una nueva vinculación política y cultural que incluso les refuerce su autonomía. En los países más atrasados y periféricos, el europeísmo profesado por unos pocos ha ido creciendo cuando se ha visto en la UE una agencia de desarrollo y la posibilidad de superar otros lazos que se deseaban romper (el vecino británico en el caso irlandés o el pasado colonial en Portugal). En cambio, en Escandinavia, el debate se centra en la necesidad de que la integración no afecte a los sistemas de bienestar y respete las características de las identidades nacionales de los Estados pequeños<sup>10</sup>. Pese a tales garantías, Noruega e Islandia no forman parte de la Unión mientras en el resto de países nórdicos, incluido el Reino Unido, es corriente la presentación política de Europa como amenaza. El caso de Austria, no adherida hasta los años noventa, es distinto y se explica por la neutralización del país en 1918 que tuvo continuidad hasta el fin de la Guerra Fría.

La parte del continente conocida hasta 1989 como Este es hoy región protagonista por su reciente adhesión a la Unión, culminando así su actual europeización en todos los ámbi-

---

<sup>10</sup> Esta cuestión del necesario equilibrio entre las grandes naciones y las menores se recoge en el diseño institucional de la UE y fue teorizada precisamente por el danés Heerfordt.

tos. Históricamente estos pueblos se han visto encerrados por el potencial de sus vecinos occidentales (Alemania y Austria) y oriental (Rusia). Semigermanizados en la Edad Media y vacilantes posteriormente entre el nacionalismo particular y el paneslavismo, como cauce de expresión a su identidad amenazada, estos países adquieren real soberanía tras la caída del Telón de Acero. La soviétización hizo de ellos satélites militares en el Pacto de Varsovia y económicos en el COMECON (de naturaleza no europea, ya que incluía naciones comunistas americanas y asiáticas) pero ahora polacos, húngaros, checos, eslovacos y bálticos ven en la integración europea el vínculo definitivo con los valores y el bienestar occidental, si bien superando –y en algunos casos llegando demasiado lejos en el desencanto– algunas simplificaciones ingenuas sobre las bondades del liberalismo.

Por lo que respecta a los Balcanes, es inevitable mencionar los problemas de la disgregación de estos países en minorías nacionales como resultado de la mezcla cultural con elementos occidentales, el helenismo ortodoxo y la herencia otomana. Grecia es el único país con amplia experiencia de pertenencia a la Unión e incluso allí esta combinación hace replantear a algunas fuerzas políticas el papel europeo de su país. En Bulgaria y Rumania, que se adherirán en mes y medio, así como en Albania y las repúblicas de la antigua Yugoslavia –excluida Eslovenia–, parece más difícil aceptar la institucionalización de la convivencia que el Europeísmo propugna. Al contrario, su idea europea pasa por la oposición a su pasado de subordinación, ya sea ante los turcos musulmanes en el siglo XIX o ante los rusos soviéticos en el siglo XX. Ahora bien, los conflictos nacionalistas y religiosos son también expresión de la necesidad de aplicar modelos de paz que eliminen rivalidades ancestrales, algo tan inverosímil hoy en Croacia o Bosnia como lo fue hasta los años cincuenta entre Francia y Alemania.

En cuanto a Turquía, Rusia y Ucrania –y, en menor medida, Bielorrusia, Moldavia y el Cáucaso–, la cuestión de Europa se plantea allí en términos muy distintos a los antes analizados, ya que sus peculiares historias y ubicación geográfica euroasiática les hace inevitablemente periféricos en relación a occidente. Turquía viene impulsando su acercamiento a Europa desde Atartuk, pero no parece factible una incorporación plena, ya sea por su economía, su cultura no cristiana o el conflicto chipriota con Grecia. Tampoco es imaginable una plena integración rusa en organizaciones europeas de vocación supranacional, porque su enorme extensión y su idiosincrasia lo impiden. Pese a Tolstoi o las reformas del zar Pedro (asesorado por Leibniz), se consolida una Europa “de Brest a Brest” que nació con Lenin. Pese a la coexistencia pacífica, la URSS y sus satélites fueron siempre hostiles al europeísmo occidental burgués con una ideología que unía comunismo y el paneslavismo de Danilevsky. Con el Acta de Helsinki en 1975 (actual OSCE), y más tarde con los proyectos de Gorbachov, se plantea una posición menos aislacionista que puede afirmarse en el futuro al oeste de los Urales y, con muchos más problemas, en el Cáucaso y la Rusia tártara. En cualquier caso, las relaciones con Europa parecen limitadas a aspectos de mera cooperación y con la aceptación de que Rusia siga ejerciendo liderazgo sobre las otras repúblicas ex-soviéticas.

Por último, la visión que sobre el tema tienen los regionalismos o nacionalismos periféricos (catalán, corso, escocés, flamenco, tirolés, vasco...) es ambivalente. Esta postura hacia la integración se debe a que la consolidación de la unidad política europea señala al mismo tiempo tanto la superación de los Estados-nación contra los que estos movimientos luchan, como la imposibilidad de un horizonte de independencia en un mundo

tan armonizado e interrelacionado. Por este motivo, la determinación de estos regionalismos pasa del secesionismo a la defensa de una Europa de las Regiones donde los territorios que dicen representar sean los protagonistas y se comuniquen directamente con las instituciones supranacionales, variando así el sistema de filtro estatal que hasta ahora incide negativamente en las competencias de los entes subestatales.

### **3. La identidad europea desde las distintas perspectivas ideológicas**

Comenzando este repaso por la derecha, hay que señalar la tendencia de los movimientos más reaccionarios a afirmar los particularismos de las respectivas identidades nacionales y, por tanto, negar toda supranacionalidad. No obstante, esta propensión lleva en cada contexto nacional a apoyar imperialismos antiliberales como los auspiciados por el fascismo italiano y alemán. Junto a estos proyectos de dominación, existen también posiciones conservadoras bajo la idea de Europa que tienen su antecedente en la experiencia contrarrevolucionaria de la Santa Alianza y el ideal de un continente aristocrático y antiilustrado (Burke o Novalis). En esta orientación se incluyen los movimientos paneuropeos de defensa religiosa y de los valores tradicionales de Occidente que en 1945 se afirmaban frente al comunismo soviético y hoy se dirigen contra los inmigrantes de otras razas.

El centro-derecha continental, representado por la democracia cristiana, ha jugado en cambio un papel principal en el proceso de integración. Por un lado, esta ideología recoge explícitamente la herencia religiosa que, incluso de modo involuntario (Croce), es central en una síntesis europea resultado tanto del racionalismo individualista como de las sistemáticas reacciones vitalistas que subrayan el comunitarismo (como el romanticismo). Además, gobernaba mayoritariamente en la precursora Pequeña Europa de los cincuenta, uniendo así a Adenauer, Schuman o Monnet en el proyecto de la integración. Estos políticos moderados impulsaron una Comunidad Europea que era la plasmación supranacional de los programas democristianos: economía de mercado y librecambismo exterior con correcciones derivadas de la Doctrina Social de la Iglesia. Los partidos de centro-derecha han mantenido su protagonismo gracias a sus responsabilidades de gobierno en países de gran tradición europeísta y hoy coordinan sus acciones en la estructura del Partido Popular Europeo.

Por su parte, el liberalismo, dado su carácter internacionalista, se identifica también con el proyecto europeo, aunque su influencia ha sido más indirecta, dado el carácter minoritario de esta ideología. Las contribuciones liberales a la integración son ciertas aportaciones de élites y una labor de conexión entre izquierda y derecha, dado que sus contenidos programáticos se plasman indirectamente al ser recogidos por otros partidos de una u otra orientación. Así, los contenidos desreguladores del Mercado Interior han acercado a la UE a los partidos conservadores, mientras la socialdemocracia compartía la concepción europeísta laica de federalistas liberales que lucharon en la Resistencia antifascista. Aunque existen muchos antecedentes de proyectos progresistas para Europa, entre los que destaca el regeneracionismo de Mazzini o el utopismo de Saint-Simon, la socialdemocracia ha ido descubriendo gradualmente en la Unión la posibilidad de corregir por regulación supranacional los dilemas de prisionero que se ocasionan en

una economía internacionalizada. El apoyo a la integración incluye la posibilidad de una política exterior autónoma a la norteamericana y, sobre todo, una orientación hacia las políticas concretas de acompañamiento al mercado como son la defensa de una dimensión social o de cohesión interterritorial.

Más a la izquierda, es necesario distinguir, como ocurría en el otro extremo del mapa político, entre las actitudes hostiles a la integración continental y las que aceptan la supranacionalidad pero son críticas con la integración europea. En los años cincuenta la posición de los partidos comunistas, entonces sujetos a las directrices soviéticas, era contraria a la Comunidad, que era simplificadoramente considerada como un elemento más de la alianza occidental burguesa (al modo de la OTAN). Pese a todo, el marxismo-leninismo contiene una esencia internacionalista que, si bien es revolucionaria y opuesta al mercado o la democracia formal que se defendía en la Comunidad, permitió una evolución posterior del comunismo occidental. Tras la muerte de Stalin, actitudes como las de Togliatti fueron transformándose, al tiempo que se revisaban las relaciones con la URSS, dando lugar a un europeísmo crítico, especialmente por el déficit democrático y la orientación liberal de la UE. También la nueva izquierda libertaria comparte con los herederos del comunismo similar tensión entre su naturaleza internacionalista (debido a las características transfronterizas de las cuestiones que defienden como el medioambiente, el pacifismo o la extensión de las libertades) y su rechazo a la UE post-Maastricht que se ha convertido en un aspecto más de la política convencional que rechazan.

La combinación de las dos variables independientes anteriormente desarrolladas, dimensión territorial e ideológica, explicaría en todo caso el contenido de la identidad europea y de la actitud europeísta. Así, en el centro político y geográfico es donde se da un mayor apoyo a la profundización del proceso integrador que va debilitándose en las naciones más periféricas, con referentes culturales alternativos o tentaciones de aislacionismo, y en ambos extremos del mapa ideológico, sobre todo si se considera como referencia el modelo de la Unión Europea. Aunque hay otros factores que contribuyen a la explicación de posturas europeístas, como la riqueza o las grandes dimensiones de ciertos Estados que les permite replantearse su participación en el proyecto, es la doble moderación programática la que indica mejor la postura europeísta. Ésta se refleja en la aceptación de un determinado modelo económico (social de mercado), político (democracia liberal) y el reconocimiento de los valores socioculturales nacidos en la región de la vieja Lotaringia según ha teorizado Rokkan: policentrismo urbano, consociacionalismo, tolerancia religiosa e institucionalización de la cooperación internacional para asegurar el comercio y el equilibrio (las fórmulas, en fin, que se han revelado como las más eficaces para garantizar la paz y la unidad en la diversidad).

## Informe de contenidos

### Nicolás Sartorius (moderador)

■ Inauguramos hoy este seminario que hemos organizado con el Ministerio de Asuntos Exteriores, y que tiene por objetivo animar el debate sobre la construcción europea, que buena falta le hace; en este caso, sobre la cuestión de la identidad, y lo titulamos “Unidos en la diversidad”.

Que somos diversos está bastante claro; que estamos unidos, no lo suficiente. Deberíamos estar más unidos, y se trata precisamente de empujar en esa dirección, no sólo en temas económicos, sino también en temas políticos. Pero hemos caminado un largo trecho; algunos tuvieron la suerte de caminarlo a partir de 1957, del Tratado de Roma; nosotros no tuvimos tanta suerte. Tuvimos aquella dictadura que retrasó nuestra incorporación a Europa, pero en 1986 España ingresa en la Unión Europea; por lo tanto, estamos festejando, si no recuerdo mal, veinte años de nuestra incorporación. Ese Tratado tuvimos la satisfacción, algunos de los que estamos aquí, de haberlo votado. Hemos recorrido un largo camino, importantísimo, pero yo creo que todavía tenemos tareas y retos muy importantes por delante.

Vamos a discutir luego sobre identidad. A mí, la palabra “identidad” me produce una cierta perplejidad. Debo reconocerlo. Una cierta perplejidad, porque si algo nos identifica de manera cierta –con los años lo he ido comprendiendo– es que somos seres humanos. A partir de ahí, la nebulosa. Pero, en todo caso, al menos así yo lo entiendo, en el Seminario estamos hablando de una identidad en sentido político, no en otro sentido, es decir, en sentido ciudadano. Identidades de otro cariz o de otro tipo me producen temor. Basar Europa en identidades religiosas o en identidades de otro cariz, a mí me deja bastante frío, entre otras cosas, porque considero que no son unánimes. Que no son comunes a todos.

Una primera cuestión que vamos a tratar en el Seminario es si los europeos tenemos una identidad común. Es el motivo un poco de este Seminario. Hay algunos, repito, que pretenden que un aspecto de esa identidad sea la religión. No creo que haya unanimidad. Evidentemente todos somos hijos de Grecia, de Roma, del Renacimiento, de la Ilustración, de muchas cosas. Todos somos herederos de Kant, de Beethoven, pero eso ya existía cuando estábamos divididos y enfrentados. Por lo tanto, habrá que buscar también en otra dirección. Entonces, ¿dónde estaría esa identidad europea? Yo la buscaría por un camino relacionado con el *demos*, es decir, con un espacio compartido de ciudadanía común, de valores comunes, de la libertad, de la igualdad, de la solidaridad, de la paz, del multilateralismo. Es decir, una cierta visión humanista, en el mejor sentido de la palabra, que no es que se contraponga, pero que es diferente al de otros actores globales que funcionan hoy en el mundo. Por lo tanto, en ese espacio de ciudadanía común, en los derechos, las libertades, los deberes, es donde yo investigaría

esa identidad. Ciertos objetivos compartidos en un mundo global que, de alguna manera, estaban apuntados en la Constitución *non nata* por el referéndum francés y holandés. De ahí la importancia de la Constitución.

Pero el tema de la identidad, y con esto termino, porque no quiero adelantar el debate que van a tener, el tema de la identidad nos lleva al tema de los límites de Europa. ¿Cuál es el límite de la Unión? Es un problema importante que tenemos ahí. ¿Puede entrar Turquía? ¿Debe entrar o no? ¿Y Ucrania? ¿Y Bielorrusia? ¿Y Marruecos? Es decir, ¿dónde está el límite? Tenemos también que reflexionar sobre ello. Mi respuesta es un poco irónica. ¿Cuál es el límite de Europa? Lo democráticamente viable. Lo democráticamente gobernable. Porque podíamos decir: “hombre, los valores de la democracia y de la libertad también están en Estados Unidos, en Japón, en Australia, en Canadá, ¿qué pasa, que podían pertenecer a la Unión Europea?”. Evidentemente sería un disparate. Hay que buscar límites de otro tipo, de gobernanza. Evidentemente, Turquía si entra o no entra en la Unión Europea, no es, en mi opinión, por temas de religión, sino, quizás, por temas de democracia. Desde luego no por temas de religión. En todo caso, el tema de la identidad es un tema bien interesante, bien importante. Lo vamos a discutir aquí, en Sevilla, esta mañana y esta tarde. En todo caso, yo invitaría a que rechacemos las identidades basadas en lo irracional, en lo mágico, y vayamos a identidades de la razón y de lo concreto. Dicho esto, voy a ir dando la palabra a los intervinientes para después iniciar el debate con las ponencias previstas.

## José Luis González-Vallvé

Como sabéis, esta jornada se enmarca en un programa en el que colabora la Comisión Europea con el Gobierno español, que se llama Hablamos de Europa. ¿Por qué hablamos de Europa? Pues porque, como ha dicho bien Nicolás al introducir, quizás estamos ante el primer proyecto político que sitúa al ciudadano en el centro de la acción política. La página web de Europa tiene más de dos millones de visitas diarias, pero no es suficiente para generar ese debate que haga sentir al ciudadano que precisamente se están acabando los procesos políticos arriba-abajo que necesitan identidades, y quizás estamos iniciando un proceso político mucho más abajo-arriba que necesita participación ciudadana por encima de todo. Fíjense ustedes cómo preocupaciones que demuestran encuestas como la de la inmigración han ido ascendiendo de los lugares inferiores de la tabla a los primeros lugares, y ese ascenso en la preocupación pública es lo que ha hecho que los líderes políticos reaccionen y empiecen a considerar la posibilidad de una respuesta política.

Me gustaría compartir con ustedes brevemente dos reflexiones que tienen que ver, y luego caeremos un poco en la identidad, con el proceso europeo, con esto que a veces, quizás por mi formación, llamo “la Europa en obras”. Toda botella de agua tiene un cartel que pone una E, y esa E quiere decir que hay una directiva detrás que nos asegura que la calidad alimentaria de esta agua es la mejor, la mejor del mundo. Este micrófono, si le damos la vuelta, aquí debajo tendrá otra E. Y también nos dice que eso significa que la directiva de seguridad electrónica aplicada a este micrófono también es de las más avanzadas del mundo. Ese conjunto de cosas que tienen, quizás, no tanto que ver con la

construcción de la Europa política, podríamos llamar una Europa real o funcional, supone el 60% o el 70% de nuestras vidas. Es decir, desde hace 60 años hemos ido construyendo una realidad que influye en nuestras vidas aunque nos cueste un poco de trabajo darle un contenido político formal. Ahí interviene mi primera reflexión. Yo creo que cuando juzgamos la construcción europea e intentamos hacerlo desde la perspectiva del tiempo individual, estableciendo la distinción que hacía Ortega entre el tiempo individual y el tiempo histórico, somos injustos. Europa es algo que hace 60 años producía guerras en las que había millones de muertos; una guerra cada veinte años, y que ahora, como mucho, discute del precio de la remolacha. Eso, en términos históricos, es un éxito absoluto. En términos individuales es verdad que todavía no nos da respuesta a muchas de las cosas que queremos. De manera que, primera cuestión, deberíamos juzgar a Europa más desde la perspectiva del tiempo histórico, sin perjuicio de que la demanda individual también pida respuestas políticas.

Y lo segundo, Europa es novedad. Yo tengo una doble formación y a lo mejor eso proporciona un cierto escepticismo en el análisis de las cosas, y cuando se discutía por los juristas si el tratado institucional era una constitución o un tratado, yo decía “¿por qué le aplican los clichés antiguos? ¿Por qué no somos capaces más que de aplicarle a Europa el arsenal conceptual, el arsenal instrumental y el arsenal normativo que tenemos?”. No. Estamos inventando Europa. Europa es una realidad nueva, no tienen por qué entrar los clichés antiguos. Nos pueden servir como elemento de referencia, pero no tienen por qué encajar. Y el hecho de que no encajen no es ni bueno ni malo, simplemente es una novedad. Es un proceso novedoso. Creo que eso es importante, porque dentro de esa novedad hay dos cosas fundamentales: la oportunidad y que el individuo se sitúe en el centro de la gestión, de la creación de ese proceso. Lo que señalaba Nicolás cuando decía “y si os parece vamos hablando de identidad”. Voy a comparar un billete de dólares y un billete de euros. Fijaos en el billete del euro. No hay ni un signo identitario que identifique a Europa. No se pone por ninguna parte que eso es Europa. No se pone ningún lema, no se pone nada. Fijaos en el billete del dólar, más antiguo. Estados Unidos de América, lo pone dos o tres veces y pone muchas otras cosas que ya son un resumen de esa identidad.

¿Qué quiere decir esto? ¿Que no tenemos identidad? Sí, sí la tenemos, pero precisamente queremos una identidad, como sugería Nicolás, que no apabulle al ciudadano, una identidad que se cree un poco con la suma de todos, no una identidad que se genere arriba-abajo. Tenemos una cierta timidez identitaria. Decía Shakespeare, en una frase que traducida del inglés pierde un poco de belleza, “que hay amores que no se atreven a decir su nombre”. Quizás la identidad europea entre dentro de este concepto de los amores que no se atreven a decir su nombre; y por cierto, hablando de amores, ¿sabéis que de los desplazamientos que se producen en Europa, el 40% de los personales tiene origen en el amor? Curioso. Permittedme que diga esta mañana que esto puede parecer una pequeña burrada. Que en relación con ello es bueno analizar los datos de Erasmus cuando se dice que los jóvenes no quieren a Europa, porque no les gusta Europa. España, como sabéis, en términos demográficos, supone un 10% del peso europeo. Cuando uno analiza los desplazamientos de estudiantes Erasmus, España exporta, valga la expresión, un 21% y recibe un 23%. Es decir, más del doble de la cuota que estadísticamente le corresponde en términos de población. ¿Qué quiere decir eso? Quiere decir, resumiendo y recogiendo la cita de Shakespeare, que los españoles jóvenes quieren a Europa más del doble de lo que le

correspondería quererla en términos estadísticos, y los jóvenes europeos quieren a España más del doble de lo que le correspondería quererla en términos estadísticos.

Ahora, en las librerías hay un libro muy bonito que se llama Culturas. Tiene 1.900 páginas y debajo pone primero: "Cultura" y después "El patrimonio cultural europeo es cosa de todos", o algo así. Está escrito por un británico que nació en El Cairo, que se crió en francés, que vivió en Italia, y que ahora escribe un libro de Cultura. Esa es la identidad cultural europea. Y él nos dice que ya en el siglo XIX los ingleses no escribían óperas porque lo hacían mucho mejor los italianos, a los italianos no se les ocurrían novelas de aventura o detectives porque lo hacían mucho mejor los británicos. Ya había esa mentalidad cultural en el siglo XIX, no es un invento, lo único es que estamos intentando formalizar, de alguna manera, ese modelo. Jean Monnet, que sabéis que fue uno de los padres europeos, dijo muchas veces también que quizás había que haber comenzado a construir Europa por la cultura, más que por la economía. E intentaba poner en contraposición cultura y economía, contraposición que ahora, por cierto, no existe. Hace tres días se presentaba en Bruselas ese balance de la industria cultural donde se decía, esto es interesante, que la industria cultural europea mueve al año 650.000 millones de euros, que es más del doble que la industria del automóvil, dos veces y medio la industria agroalimentaria, y más de dos veces y media la industria inmobiliaria. Aquello de "*primum vivere, deinde filosofare*", lo estamos cambiando. En resumen, creo que hay datos suficientes como para pensar, aunque hay algunas propuestas: B. Haver propuso unos estatutos de la identidad europea; y el año que viene, como se sugería, celebraremos el cincuenta aniversario del Tratado de Roma, donde, por cierto, está previsto una gran celebración de cara a los jóvenes.

No querría extenderme más, porque, evidentemente, son temas que vais a discutir a lo largo del día con mucha más profundidad de lo que permite una reflexión breve, pero sí dejar sobre la mesa esas ideas de que Europa hasta ahora ha sido un éxito histórico, que estamos construyendo una nueva realidad, que esa nueva realidad política hay que construirla con base en el ciudadano, que no le apliquemos injustamente el arsenal conceptual, normativo, intelectual y jurídico de un pasado, que tengamos una cierta apertura de miras a plantear, y que quizás la Europa que inventó la nación ahora lo que tiene que hacer es inventar al ser humano y convivir con la naturaleza.

## José Rodríguez-Spiteri

El Ministerio de Asuntos Exteriores, en el programa "Hablamos de Europa", tiene un convenio con la Fundación Alternativas para el desarrollo de una serie de seminarios en el llamado "Foro de la ciudadanía". De estos seminarios, hicimos uno en junio en Zaragoza, sobre Migración; en Vigo, en septiembre; haremos uno en noviembre sobre el proceso de Bolonia, en la ciudad de Murcia. El objetivo ha sido sacar el debate de Madrid o de Barcelona y llevarlo a otras ciudades con un objetivo fundamental, que es mejorar la información de los ciudadanos, introducirlos en el debate, estimular su interés. Es decir, estas ideas surgen en la Administración española como consecuencia del análisis del resultado del referéndum sobre la Constitución Europea, en donde llamó especialmente la atención la existencia de profundas áreas de desconocimiento en temas europeos, particularmente entre la juventud. No quiere decir que no hubiera interés en temas europeos. Pero normalmente el interés se centraba en cuestiones que a su vez estaban conectadas

con la agenda política interna, con la seguridad, la inmigración, la deslocalización. La realidad es que el grado de información, “la pedagogía”, por ponerlo entre comillas, era manifiestamente mejorable en ese sentido y que, por lo tanto, el Gobierno decidió lanzar esta iniciativa que continuara el año siguiente, que después se ha visto confirmada por la decisión de la Comisión, etc., para tratar de reforzar lo que se viene llamando este proceso o período de reflexión, hasta tratar de averiguar qué es lo que vamos a hacer con la construcción europea.

Por lo tanto, nuestro objetivo es tratar de que los ciudadanos no consideren el proyecto europeo como algo que les es ajeno o como algo que únicamente afecta a los gobiernos o a las estructuras de Bruselas. Hay, además, alrededor de estas iniciativas, un factor que nos ha parecido importante, y es recordar que en este año se celebran los veinte años de la adhesión de España y Portugal a las entonces Comunidades Económicas Europeas. Y es bueno recordarlo, aunque sea una obviedad, porque ha sido una operación de un éxito extraordinario y además me alegra especialmente que esté con nosotros el profesor Eduardo Lourenço, que estoy seguro que nos va a traer ideas frescas y nuevas sobre todas estas cuestiones. Pero la realidad es que estos veinte años, para estos dos países, para Portugal, tan próxima a nosotros desde Sevilla, han sido la historia de un éxito, en donde ha habido un cambio profundo y muy beneficioso para las sociedades de ambos países. Y aún es más, los veinte años también tienen que servir para recordar a nuestros ciudadanos que no hay alternativas al proyecto europeo. No es posible buscar otras vías.

También es evidente que nos encontramos en un momento de pausa, y es obvio, y se repite hasta la saciedad, que Europa no está siendo capaz de afrontar los retos que se encuentra. Evidentemente hay una crisis, y se centra alrededor del Tratado Constitucional. No es la única crisis que afecta a las instituciones europeas. Quizás los tratados y los referendos francés y holandés la han visualizado, pero en realidad la crisis es mucho más profunda. En general, y en términos más amplios, nosotros defendemos un modelo de Europa que está caracterizado por una Europa política, fuerte, próspera, que sea un actor reconocido e identificado y no un espectador fragmentado en el escenario mundial y, por supuesto, una Europa solidaria, pero dentro y fuera, y una Europa eficaz y transparente. Naturalmente, una Europa de los ciudadanos, donde la legitimidad sea doble: la de los ciudadanos y la de los Estados.

Para terminar, en estos seminarios, en estos debates, y también en el proyecto, en la iniciativa “Hablamos de Europa”, hacemos bastantes otras cosas, que creemos o esperamos que pueden contribuir a definir y a precisar estos retos y estos nuevos horizontes, sobre todo a superar la tendencia al efecto contemplativo sobre lo mucho realizado. Por lo tanto, la crisis es una oportunidad para tratar de ver el futuro y hacia dónde nos dirigimos. Y hoy, curiosamente, vamos a empezar por el principio. El principio es, como decía muy bien Nicolás, ¿qué es esto de la identidad europea? ¿Cuáles son los límites?

### **Pedro Moya Milanés**

 Yo quisiera brevemente darles la bienvenida en nombre de la Junta de Andalucía. Creo que es absolutamente oportuno celebrar Seminarios como éste, sobre este tema o sobre otros temas monográficos que se puedan plantear en un próximo futuro,

que ayuden a crear una conciencia, que, en el caso de España, reflejada por determinados hitos –mencionaré tan sólo algunos de ellos– lo europeo, independientemente del sentimiento de la ciudadanía en cuanto al sentido de pertenencia a Europa, no se ha vivido de la misma manera en España que en otras áreas, países y zonas geográficas. Y, de alguna manera, se puede decir que en España si el referéndum ha tenido el resultado que ha tenido, si el consenso político en torno a la pertenencia de Europa es el que es, a diferencia de otros países, es porque en el fondo estamos en Europa desde los orígenes un poco por necesidad. Y lo hemos vivido y sentido así para los españoles de hace unos cuantos años, en que la referencia europea no solamente era una referencia ideológica, política, era una referencia sentimental porque necesitábamos a Europa.

Quizá, en otros países no se atreven a llevar una Constitución a referéndum porque la ciudadanía no tiene ese elemento de consenso que hay en otras zonas, véase por ejemplo el caso de Francia o el caso de Holanda. Quiero decir que estamos en España, en ese sentido, en una situación probablemente de ventaja, pero que nos obliga a profundizar en cuanto al desarrollo de esa identidad europea. Es necesario el debate sobre la identidad, que decía anteriormente Nicolás, el debate complejo, y luego puede resultar más simple de lo que pensamos, pero por lo menos habrá que ponerse de acuerdo en cuáles son los elementos que definen un proyecto como identitario, elementos políticos, elementos de valores comunes, geográficos, elementos culturales, elementos religiosos. Hay opiniones para todos los gustos y todos los días alguien viene a decir que sentimiento de identidad está ligado a los valores de la cultura cristiano-occidental, y eso se liga con los límites; en ese sentido, se pone en interrogante la posible entrada de países tipo Turquía. Por tanto, los parámetros para articular y armar el debate sobre la identidad son diversos y, al menos, deberíamos establecer líneas de consenso sobre cuáles son esos elementos. Nicolás apuntaba ya en una dirección: “ése es un tema de valores y de derechos básicos compartidos”. En ese sentido, ese pragmatismo es el que le da la dimensión de identidad, que, por otra parte, para nada está reñida con la diversidad. A mí me ha resultado curioso este fin de semana que he tenido la oportunidad de asistir en Verona a un seminario sobre temas europeos, y en una intervención bastante interesante por parte del actual presidente del Congreso de los Diputados, Manuel Marín, hablando del sentimiento europeo, él decía que “no hay que obsesionarse tampoco demasiado con la identidad”. Indudablemente, hay que definir esos valores, y ese es el almacén fundamental, pero la diversidad es un enriquecimiento también de lo europeo. No podemos pretender obsesionarnos con que el sentimiento de identidad nos tiene que obligar, por ejemplo, a que un veronés –el seminario era en Verona, como digo– se sienta angustiado por los problemas de los estonios. Eso no va a ocurrir nunca. El veronés se sentirá, dentro del contexto europeo, afectado por los problemas mediterráneos, por las relaciones en el ámbito regional en el que se mueve y tampoco hay que pretender, extrapolar o llevar las cosas a la utopía de elevar el sentimiento de pertenencia a esa especie de sentimiento absolutamente hiperbólico, que no conduce sino a una cierta melancolía, sin duda.

Por lo tanto, articular dentro del contexto europeo lo que es pragmático, pero rotundamente básico y definitorio, desde el punto de vista de los valores, eso parece que es un elemento clarísimo. Todo lo demás hay que verlo desde el punto de vista de la complejidad, y ver dentro de los contextos europeos que Europa son muchas Europas, aunque una es la única que le debe dar el elemento común, que antes decía; pero de la misma manera que en España hay una diversidad ¿cómo no la va a haber en Europa? Si la tenemos

aquí claramente, en el caso de nuestro propio país. Por lo menos podemos decir si queremos pretender articular una identidad entre bálticos, mediterráneos, países del Este, etc.

No quisiera dejar pasar la ocasión para hacer una brevísima referencia al tema constitucional. Yo creo que también tendrá que estar en los debates que se produzcan hoy, no tanto para volver sobre el contenido, que no creo que sea el momento en este seminario de profundizar en el tema, sino tratar de ver por dónde van las líneas de salidas del *impasse* en que en este momento nos encontramos. *Impasse* que está servido en cuanto a lo que es la articulación constitucional. Nada tiene que ver la posición que tiene en este momento, por ejemplo, el Gobierno español con la que pueda tener en Francia el señor Sarkozy o la que puede tener Prodi en Italia. Son salidas muy distintas desde un gran texto común, que se ha votado en referéndum en el caso español, o los minitratados o unas reglas de funcionamiento a la mínima. Todo esto está encima de la mesa y no es simplemente un debate académico. Probablemente detrás de todo ese debate académico hay una concepción de Europa, y eso es más interesante, que reflexionemos sobre lo que hay detrás de los posicionamientos que sobre el hecho en sí mismo de esos posicionamientos.

Por último, estando en una comunidad autónoma, yo quisiera simplemente mencionar que para Andalucía, en este caso, y para todas las comunidades autónomas, cualitativamente también, en lo que es la articulación regional o de las regiones en el contexto europeo se han dado algunos pasos recientemente en España, después de ocho años, creo recordar, de intentos, aparte de la existencia del Comité de las Regiones y la presencia regional; aparte de esa entidad, se inició en España una cierta apuesta hace diez años por articular la presencia regional de las comunidades autónomas en las instancias decisorias de Bruselas, por ejemplo en el Consejo de Ministros de la Unión Europea. Eso ha sido un debate que ha estado yendo y viniendo, ha estado bloqueado mucho tiempo. Finalmente se consiguió hace un año y medio, quizás algo menos, un acuerdo entre las comunidades autónomas para articular esa presencia, de forma que ustedes ya saben que las delegaciones de ministros españoles cuando acuden a Bruselas en sus ámbitos sectoriales, en la propia Delegación junto con el representante del Gobierno central, que es el que la preside, están acudiendo representantes de comunidades autónomas, en un sistema complejísimo y complicadísimo porque hay 17 comunidades autónomas y solamente son tres los miembros que componen una delegación ministerial en las reuniones. Pero articular ese mecanismo, poner de acuerdo sobre lo que podía significar desde el punto de vista de las regiones en los ámbitos decisorios de Bruselas, ha sido muy importante. Quiero destacar que es algo que durante diez años ha estado empantanado en cuanto a su negociación, y yo creo que es una prueba de que cuando el tema interesa se consigue. No es muy común que después de seis meses de reuniones firmaran y estuvieran de acuerdo por unanimidad las 17 comunidades, Partido Socialista, Popular, Nacionalista, País Vasco, Cataluña; que por unanimidad firmaran unos documentos, unos textos complejos, difíciles, para articular la conveniencia y la presencia regional de las instituciones regionales en las sesiones europeas. Yo creo que eso también dice algo de que esta España plural y esta España territorial también hace una apuesta desde ese propio ámbito por tener esa presencia europea, y es expresivo el hecho de que 17 comunidades autónomas, sin ninguna excepción, sean capaces de respaldar de manera compleja y detallada toda una articulación regional en Europa.

Considero que los temas son indudablemente abiertos; la reflexión nos va a llevar a caminos que, quizá, ni siquiera todavía hemos mencionado, pero aquí hay personas interesa-

das y hay expertos, y hay muchos de todos los que en definitiva por alguna razón o por otra estáis implicados en el tema de Europa. Creo que un seminario de esta calidad en cuanto a la asistencia personal redundará en reflexiones futuras.

## **Eulalia W. Petit de Gabriel**

 Muchas gracias a todos en nombre de la Universidad de Sevilla y de su rector. Participo en este debate como responsable de las Relaciones Internacionales de la Universidad, lo cual es sumamente grato para mí, por cuanto que en mi vida universitaria, en la parte que no es gestión, soy profesora de Derecho Internacional, Relaciones Internacionales y Derecho Comunitario.

La Universidad de Sevilla está claro que tiene un compromiso con Europa, un compromiso permanente, como muestra la existencia de un Centro de Documentación Europea que está entre los mejores que contamos en España; y la riqueza de su actividad cotidiana; por ejemplo, hace menos de tres semanas teníamos también un seminario dentro del proyecto de “Hablamos de Europa”, que clausuraba Marcelino Oreja y en el que contábamos con historiadores, economistas, europarlamentarios, para dar una difusión de las preocupaciones y discusiones actuales sobre cuál es nuestro futuro más cercano; o la semana próxima tendremos un seminario específico de formación para periodistas; que es otro elemento que contribuye en el seno de los trabajos que tenemos ante nosotros para hablar de la identidad europea, la comunicación de la idea de Europa, en su elemento esencial para forjar una identidad o para hacer esa identidad cercana a toda la sociedad.

La Universidad, además, es caldo de cultivo para líderes de todos los sectores sociales: políticos, económicos, culturales, bien entre su claustro de profesores, bien entre las sucesivas generaciones de estudiantes que acogemos, no solamente, pero también, porque muchos de ellos son estudiantes Erasmus y pueden pasearse y estudiar por toda Europa y conocer esa diversidad y esa identidad que conviven al mismo tiempo, sino porque a lo largo de sus años en la Universidad tienen acceso a innumerables actividades en las que intentamos siempre reforzar una imagen europea.

Pero Sevilla en general, la ciudad que nos acoge hoy, es una ciudad europea. El fin de semana pasado se clausuraba el Festival de Cine, en el que más de ochenta mil espectadores pudieron asistir a un catálogo impresionante de películas europeas y con una sección de películas del mundo árabe cofinanciadas por Euroimage. Creo que esos son datos de la sociedad real que nos hacen ver que, en cierto sentido, la identidad europea se va fraguando. No obstante, y quizás para concluir, uno de los elementos que me gustaría que se tuviesen presentes a la hora del debate es que hay que forjar una identidad europea hacia adentro, puesto que manejamos dos debates al mismo tiempo: la identidad hacia fuera, hasta dónde llega Europa, y la identidad interior, de sus componentes, cómo nos identificamos con este espacio sin fronteras, este espacio económico y cultural. En ese sentido, de identidad interior, los que componemos la actual Europa, creo que es fundamental el sistema educativo. El sistema educativo no sólo universitario, es decir, es fundamental que todas nuestras inquietudes sobre la identidad europea afloren desde la infancia.

## Nicolás Sartorius (moderador)

■ Bien, sin más, vamos a empezar el debate. Le voy a dar la palabra a Elisa Pérez Vera, que es magistrada del Tribunal Constitucional, y, además, catedrática de Derecho internacional.

## Elisa Pérez Vera

“Efectivamente agradezco el que se haya añadido lo de “catedrática de Derecho internacional”, que creo que es lo que justifica mi presencia hoy aquí entre todos vosotros, porque como magistrada del Tribunal Constitucional poco podría decir. Voy a intentar concentrar lo que me ha sugerido el enunciado del tema central de este encuentro: “Ciudadanía e identidad unidos en la diversidad, o unidad en la diversidad”.

Ante todo, a mí me llamó la atención la unión con una conjunción copulativa de dos sustantivos tan distintos, que reflejan realidades tan distintas. La ciudadanía ¿qué tiene que ver con la identidad, si es que tiene algo que ver? En principio debería tener algo que ver, pero podemos preguntarnos ¿tiene algo que ver la ciudadanía con la identidad europea? Y después ¿la unidad es incompatible con la diversidad, o se puede buscar la unidad a través de la diversidad? Bien, yo me muevo con bastante más certeza cuando hablo de ciudadanía que cuando hablo de identidad. Porque la ciudadanía es un concepto jurídico-formal en el que los juristas nos movemos con cierta facilidad. Es el vínculo entre los ciudadanos de la Unión y la Unión Europea. Es curioso, y me gusta destacarlo, que la idea de ciudadanía, originalmente, es una iniciativa española, concretamente del presidente Felipe González, que en 1990 se dirige a la Presidencia Irlandesa y dice “llevamos años, o la Unión, la Comunidad Europea, lleva años luchando por dos ideas simultáneamente. Por una parte el superar el denominado déficit democrático, el que la idea de Europa se aproximara a los ciudadanos, que los ciudadanos estén representados y sean actores de la vida política europea, y por otra, el impulso político de la idea de Europa”. Y para impulsar políticamente la idea de Europa es indispensable, es la idea que late en la propuesta española, que se reconozcan determinados derechos especiales a los ciudadanos de Europa.

Creo que no está mal el que recordemos de dónde vienen las instituciones, porque nos pueden dar una pista de hacia dónde pueden ir. No es que la historia condicione totalmente el futuro, eso sería horroroso, pero en el origen de las instituciones hay algo que nos va definiendo mucho sobre qué es lo que queremos que sean. Quiero decir con esto que el debate sobre la ciudadanía europea es un debate que se desarrolla en paralelo, pero al margen del debate sobre los derechos fundamentales, en el respeto de los derechos fundamentales, de los derechos humanos, por las instituciones de la Unión Europea. Ése es otro tema. La Carta de Derechos Fundamentales que está inserta en la Constitución Europea –y que sólo por eso yo votaría el referéndum quince veces más a favor– se predica, no sólo de los ciudadanos europeos, sino también de todas las personas que se encuentren situadas bajo la órbita de la Unión Europea, con lo cual estamos hablando de dos cosas distintas. Los ciudadanos europeos tienen, además, unos derechos que son específicos de los ciudadanos europeos. Y que son específicos precisamente porque se quiso desde el primer momento que la ciudadanía fuera un aldabonazo en la conciencia política de los ciudada-

nos europeos, involucrar decididamente a los ciudadanos europeos en la construcción de Europa. Ante todo, ¿quiénes son ciudadanos europeos? Todos nosotros, creo, por la composición que he leído aquí, somos ciudadanos europeos. Somos nacionales de países comunitarios. Y la ciudadanía de la Unión se superpone sobre la nacionalidad de uno de los Estados miembros y, por tanto, no se obtiene la ciudadanía de la Unión y después se dice “vamos a ver”, y entre los países que integran la Unión a ver qué nacionalidad me gusta más o con qué nacionalidad tengo más vinculación. No, primero se obtiene la nacionalidad de un país, de un Estado miembro, y a partir de ahí se te otorga inmediatamente, es mecánico, la obtención de la ciudadanía de la Unión. El Tratado Constitutivo define muy bien la ciudadanía, después de distintas evoluciones del Tratado de Maastricht; se dice “toda persona que tenga la nacionalidad de un Estado miembro posee la ciudadanía de la Unión”. Y apostilla “que se añade a la ciudadanía nacional sin sustituirla”. Esta última parte yo creo que es un brindis porque estaba inscrito en la primera frase, es un brindis a los recelos, sobre todo de los países como Dinamarca, que habían visto en el tema de la ciudadanía un posible atentado a su identidad nacional, en este caso sí que creo que podemos hablar de identidad nacional, de forma muy clara.

Ahora, ¿cuáles son esos derechos especiales? No los voy a enumerar. Sólo voy a decir, primero, que es un concepto abierto, porque puede evolucionar, se deben ir añadiendo derechos especiales. Pero, segundo dato, mucho menos positivo, desde que se concluye el Tratado de Maastricht, 1992, no se ha añadido ningún derecho especial realmente significativo a la ciudadanía de la Unión. La crisis que estalla con el referéndum francés, con el “no” francés, es una crisis que viene larvada desde mucho atrás. El impulso europeísta, que es muy fuerte en un determinado momento de la evolución de la Unión Europea, sufre un frenazo, y en ese frenazo, la ciudadanía de la Unión, que pretendía ser algo simbólico, que arrastrara a los ciudadanos de la Unión, se ha quedado en un estado de semiletargo en el que no ha avanzado hacia nuevos derechos, y, además, alguien ha señalado hace un momento la preocupación por el escaso conocimiento de la Unión Europea que tienen los ciudadanos, sin culpa de los ciudadanos. Yo creo que los ciudadanos sí que querían saber algo más de Europa, pero es difícil. ¿Dónde se tienen que dirigir? No me vale decir que hay una página web. Ciertamente hay una página web, pero la mayoría de los jóvenes cuando se sientan ante un ordenador lo que se dedican es a chatear. Y los que ya no somos tan jóvenes nos dedicamos a buscar documentos que nos son indispensables para el trabajo que estamos haciendo. Tenemos poco tiempo para dedicar a esto. Es necesario que esa identidad europea, que esa cultura europea, que ese destacar lo que tenemos en común frente a lo que tenemos de diferente, nos entre casi por ósmosis, desde muy pequeñitos.

Yo estoy con Eulalia en la defensa, a ella me referiré dentro de un minuto, de que Europa ha de enseñarse en las escuelas, lo mismo que se enseña España, lo mismo que se enseña la comunidad autónoma a la que se pertenece. Y eso es algo que yo escribí. Por otra parte, todos sabemos que si queremos guardar un secreto no hay más que publicarlo, yo cometí el error de publicar “la enseñanza de las materias comunitarias, como un derecho de los ciudadanos de la Unión”. Al ciudadano de la Unión, al que se le dice que es ciudadano, no se le permite conocer cuáles son las instituciones, no se le facilita el conocimiento de esas instituciones, de los derechos de los que realmente dispone, de cuáles son los cauces más adecuados, etc. Yo creo que eso debe permeabilizar no sólo la enseñanza universitaria, no sólo las becas Erasmus, tenemos que pensar en un sistema universitario en que el

civismo, la enseñanza de los valores democráticos, de los valores de la ciudadanía no se detengan ni en la comunidad autónoma, como en algún momento parece que los sistemas educativos, en un momento de distorsión y de acomodación a nuevas realidades históricas, terminan; lo digo por mi conocimiento no ya profesional, sino familiar, los niños terminan conociendo la geografía de la Comunidad de Madrid como si Madrid fuera no el ombligo del mundo, sino el universo mismo que tiene alrededor algunas cosas. Y te hablan de unos riachuelos... y digo yo “¿pero el Ebro? Ah, sí, el Ebro creo que está...” lo mismo te señalan al norte o al sur de España. Caramba, esto es preocupante. Creo, por otra parte, que no hay que perder la perspectiva y empezar a enseñar sólo Europa y olvidarnos de España. Pero bien dimensionado, un buen conocimiento de Europa contribuiría más a ser europeístas de lo que pueden hacer muchos seminarios, eruditos, en una universidad o incluso en una fundación tan abierta como la Fundación Alternativas.

Se me ha olvidado darles las gracias por su invitación. Porque estoy acostumbrada, todos los días, a ir a tres o más conferencias a las que te invitan a darlas o a recibirlas. En todas ellas se intenta informar o formar directamente al oyente. Es mucho más difícil, mucho más raro, el que se te invite a debatir con el único límite de que afecte a los compromisos y las posiciones de los demás. Creo que merece la pena, esto justifica la existencia de la Fundación Alternativas. Muchas gracias, Nicolás, por esta invitación.

Decía que la ciudadanía de la Unión comporta unos derechos especiales, simplemente para que nos hagamos idea, yo diría que estos derechos se pueden clasificar de tres formas. Hay derechos que ejercitamos dentro de cada Estado. Por ejemplo, el derecho a elegir o a ser elegido en las elecciones municipales, en las elecciones locales, del lugar de nuestra residencia, aunque no tengamos la nacionalidad de este Estado. Todos sabemos de la existencia de alcaldes y de concejales de distintas nacionalidades en nuestros municipios y la posibilidad que tenemos de ser elegidos, si tuviéramos nuestra residencia en otro Estado de la Unión o en el país en que tengamos la residencia. El derecho a circular libremente. Otros derechos se dirigen directamente, se ejercitan directamente con las instituciones comunitarias, como el derecho a ser elegido miembro del Parlamento Europeo, por el Estado en donde residen. Sin vinculación, por tanto, con la nacionalidad.

Por último, hay incluso un derecho a la protección diplomática y consular, aunque en su formulación es muy modesto, es una mera asistencia consular, sin embargo, en la práctica la verdad es que creo que es de las cosas que están funcionando relativamente mejor. En crisis realmente importantes en que se han visto involucrados ciudadanos europeos, el funcionamiento coordinado de la diplomacia de los distintos países de la Unión ha permitido incluso, yo diría, salvar vidas. Lo digo como persona directamente agradecida, porque la Unión Europea sacó a una parte importante de mi familia de Costa de Marfil cuando se produjo la crisis de la guerra en este país, salieron gracias al ejército francés, coordinado perfectamente desde las distintas embajadas.

Sólo para terminar en este apartado, quisiera decirles que los derechos de la Unión son derechos comunitarios que ningún Estado puede modular más que en los términos que le permita el propio derecho de la Unión, y que el gran riesgo de los derechos de la Unión es que terminen interpretándose como se ejercitan materialmente, en el suelo, en el territorio de un Estado de la Unión; que terminen identificándonos más con el territorio de ese Estado que con la idea global de Europa.

Pero dicho esto, creo que debo referirme un poco, antes de concluir, a la identidad. Yo creo que la identidad europea, estoy totalmente de acuerdo en que no es un concepto jurídico, es un concepto sociológico, político, en que lo difícil es encontrar el parámetro que nos sirva para marcar dónde está esa identidad. Y yo empiezo por exclusión. Para mí la identidad de Europa no puede estar en la historia. La historia de Europa es una historia de enfrentamientos y descalificaciones, que salvo que llegemos a la conclusión de que nuestra identidad es una identidad de enfrentamientos, difícilmente podemos encontrar en la historia esa identidad. No creo que esté en la religión, tampoco.

Es verdad que la mayoría de Europa tuvo una Edad Media cristiana, pero yo pertenezco, nací y me siento parte de una ciudad que no tuvo Edad Media cristiana. Yo soy granadina, y los granadinos tuvimos una Edad Media musulmana. La convivencia de culturas, de la cultura musulmana con Europa, con sus enfrentamientos, marcó gran parte de esa Edad Media y Edad Moderna. Por otra parte, las guerras de religión en Europa fueron de las guerras más sangrientas. De tal forma que sólo cuando el Estado, los poderes públicos se declararon neutrales frente a las creencias de sus ciudadanos pudo establecerse una cierta paz en Europa. Luego el primer rasgo de identidad sería justamente el de la neutralidad en este tema, mucho más que el de la confesionalidad o la idea religiosa. Indudablemente tampoco podemos hablar de una identidad que nos venga por el idioma, porque podemos preciarnos de ser cuna de la mayoría de los idiomas más hablados en el mundo. Pero digo la mayoría, porque claro, luego hay muchos otros idiomas que no son europeos, pero desde luego ningún idioma puede decir que es el idioma europeo. Luego la diversidad, ahí también, es grande. Y aquí es donde a mí se me ocurre, de nuevo, volver un poco a la historia, pensando en este tema. Y me acordaba, pensaba que posiblemente, donde se encuentre la identidad europea es en la búsqueda de la unidad que nunca tuvimos.

Los europeos llevamos al menos desde el siglo XVIII buscando una identidad en determinados círculos, una unidad, mejor dicho, que nos preserve de nuestros enfrentamientos. Yo siempre recuerdo unas frases que me resultan especialmente bellas de Víctor Hugo, en la Conferencia de Paz de París (hablo de 1849), que les cito literalmente, porque es especialmente bella la cita. "Llegará un día en que tú, Francia; tú, Rusia; tú, Inglaterra; tú, Alemania; todas vosotras naciones del continente, sin perder vuestras cualidades distintas y vuestra gloriosa individualidad, os fundiréis estrechamente en una unidad superior y constituiréis la fraternidad europea. Llegará un día en que veremos a esos dos grupos inmensos, los Estados Unidos de Europa y los Estados Unidos de América colocados uno frente a otro, tendiéndose la mano por encima de los muertos, intercambiando sus productos, su comercio, su industria, su arte, su genio". Eso lo decía Víctor Hugo en el siglo XIX. Hay que esperar dos guerras mundiales, que son en gran parte dos guerras civiles europeas, para que después de la II Guerra Mundial el movimiento europeo dé una proclama a los europeos, un mensaje a los europeos, en el que se dice básicamente algo que para mí puede ser el punto a partir del cual podríamos empezar a buscar, a investigar, sobre esa identidad europea, si es que es necesario investigar en ella. Yo no estoy muy segura, pero a lo mejor es necesario y es conveniente hacerlo. Y se dice en este mensaje a los europeos: "La conquista suprema de Europa se llama la dignidad del hombre, y su verdadera fuerza está en la libertad". Hace un momento se decía "Europa inventó la nación, tiene que inventar ahora al ser humano". Yo creo que Europa ha inventado al ser humano al mismo tiempo que a la nación. No sé si

antes o después, pero casi simultáneamente a la nación. La defensa de los derechos humanos es, ciertamente, compartida con otros países, pero una cierta visión de los derechos humanos es muy propia de esa identidad europea a la que me refería. De ahí es de donde nace la iniciativa, también de los políticos, con Winston Churchill a la cabeza, Schuman, Monnet, todos los fundadores de la Unión Europea y del Consejo de Europa, no lo olvidemos, que es la institución que defiende los derechos fundamentales de forma más eficaz, es en esas iniciativas de donde surge la Unión Europea que ahora tenemos. Esa Unión Europea que creo que va marcando, que va haciendo esa identidad de Europa. ¿Hasta dónde, cuáles son los límites de esa identidad? Tal vez deberíamos volver a los orígenes, y pensar qué es lo que se pretendió en la búsqueda de esa unidad. Una unidad que desde luego tiene que partir de la aceptación de la diversidad como parte misma de la dignidad del hombre. Yo creo que el hombre no es sólo un ser aislado. Es él con su cultura, con su idioma, con sus costumbres, con su religión. Ese hombre, con sus derechos individuales y colectivos, es la verdadera identidad europea, desde mi punto de vista. Pero, posiblemente, haya otras muchas visiones que enriquezcan lo que yo les acabo de decir muy torpemente.

## Ramón Vargas-Machuca

¶ Para empezar, no sé muy bien si he sido invitado a esta sesión del “foro de la ciudadanía” en mi condición de ciudadano con una dilatada vida política a sus espaldas y que como diputado en Cortes participó en su día en esa efeméride; o si, más bien, estoy aquí en mi condición de profesor de Teoría Política y estudioso de la democracia. En cualquier caso, el punto de vista, que a estas alturas estimula mi trabajo intelectual y mi participación en este seminario –lo que agradezco y me honra– no es otro sino el de la reflexión de una experiencia que trato de macerar con el estudio.

### a) Los españoles y Europa: memoria de 20 años

Para nuestras generaciones, Europa no era pasado, sino un modelo y un polo de atracción que se convirtió en destino. Es más, creíamos resolver un montón de problemas por elevación a Europa. Remitíamos a ésta una parte del sustrato de nuestros embrollos de siempre. Así, y como recuerda Ignacio Sotelo, “la débil identificación lleva consigo que Europa nos sea imprescindible como nueva identidad nacional” (Ignacio Sotelo, *A vueltas con España*, Madrid, Gañir, 2006:61). Europa se nos representó también como un seguro de democracia, una salida para definir el incierto papel de España en el mundo y, desde luego, como una fuente de recursos extraordinarios para mejorar la cohesión social. Es evidente que algunos de esos fantasmas, como el de la identidad, o bien han vuelto o simplemente seguían aquí. De todas formas, el rendimiento neto de la incorporación ha sido espectacular. Pero conviene puntualizar, en este sentido, que España no fue una excepción. Como concluye Tony Judt en su impresionante libro *Posguerra* (Taurus, 2006), “la Unión Europea es una respuesta a la Historia de Europa, pero no puede sustituirla”. Ni la de Europa, ni tampoco la de España. Es cierto que hemos entrado en una nueva fase. Y los ciudadanos o no saben o no quieren saber –tampoco nadie les explica mucho– que Europa ya no será sólo beneficio, sino también un coste y una responsabilidad sobrevenida. Europa, que fue la solución, ahora comienza, además, a ser un problema

**b) Evaluación global del desarrollo de la identidad –mejor, de la “entidad política”– de Europa durante estos últimos 20 años**

Distingamos, como hacía Norberto Bobbio para hacer balance de nuestras democracias, entre obstáculos imprevistos, las promesas cumplidas y las incumplidas. Los obstáculos con los que no contaba el desarrollo de la Unión Europea son, por ejemplo, la caída del muro y el alcance de la disolución de los bloques, la guerra en los Balcanes, las dos guerras de Iraq, una ampliación insospechada, unos procesos inmigratorios acentuados y un terrorismo de inspiración islamista en su suelo. De otra parte, en el haber de la Unión, a modo de promesas cumplidas, cabe considerar el que Europa se proyecta como una comunidad de valores y un sistema de relaciones interestatales susceptibles de emulación y que operan como un ejemplo muy extendido. Representa un potente espacio económico integrado. También se han dado pasos hacia la integración política acordes con el Tratado de la Unión (Maastricht 1992), aunque sean menos de lo previsto. Pero las instituciones han avanzado y el Parlamento ejerce ya una mayor capacidad de control gracias a los mecanismos de codecisión e investidura. Los resultados en I+D+i son innegables. El sistema educativo ha aumentado su sesgo europeo y la Unión Europea sigue siendo para muchos una amplia ventana de oportunidades para la cohesión social y la solidaridad. Desde una perspectiva histórica, “Europa se encuentra completamente rehabilitada”.

No obstante, permanece aún un buen cesto de promesas incumplidas, como, por ejemplo, el asunto de la identidad europea, al que, como comprobamos aquí, seguimos dándole vueltas, la interrumpida constitucionalización de una naturaleza política aún por configurar, la patente fragilidad en el manejo de la presión migratoria y, sobre todo, su enorme debilidad en política exterior, defensa y seguridad. Tras el 11-S y los subsiguientes atentados de Madrid y Londres, no perciben los ciudadanos europeos a la Unión como el garante de su seguridad, una seguridad, la europea, que durante todo el siglo XX estuvo subrogada a la potencia estadounidense. En este campo se constata un repliegue hacia el ámbito estatal y se refuerza la rancia vinculación entre capacidad del Estado para garantizar seguridad y su potencial de legitimación.

Lo cierto es que buena parte de estos obstáculos imprevistos y promesas incumplidas se han convertido en los retos pendientes de la agenda de la Unión Europea; pero también en su talón de Aquiles y en sus trampas.

Acabo estas consideraciones preliminares recordando a uno de los “padres fundadores”. Jean Monnet intuía adecuadamente “el tempo y el ritmo de la construcción europea: pasos cortos y seguros; un pedaleo lento pero continuo. Creo que no deben generarse expectativas en demasía alentando una visión de Europa superadora de los Estados-nación, transformada en un potente “Estado federal del bienestar”, una democracia desarrollada con una ciudadanía cosmopolita, de lo que resultaría una gran potencia capaz de discutirle el liderazgo mundial a nuestro aliado y rival del otro lado del Atlántico. Y es que, siempre, de las grandes ilusiones proceden las grandes desilusiones. Pero de que la pulsión reformista en este proceso de la construcción europea tenga que ser constante pero temperada no se infiere ir a rastras de los acontecimientos. No significa consagrar en la política europea el cortoplazismo del “pan para hoy y hambre para mañana”. Por el contrario, Europa demanda “pensar a lo grande”, no disimular el calado de los problemas, compromisos para el “medio

plazo". Claro que para ello hacen falta liderazgos a la altura de los retos y desafíos. Algo que hoy se echa en falta en el escenario europeo.

"Unidad en la diversidad" reza el título de este foro. *E pluribus Unum*. Pero, en verdad, una u otra divisa simplemente evocan la dificultad del problema. Y como una dificultad no es un argumento, nada colegimos sobre la naturaleza del asunto.

En el caso de Europa, la cuestión de la identidad casi siempre evoca dos preguntas: "¿qué somos los europeos" y "¿quiénes somos europeos? En relación con lo primero, "la cosa" significa cosas diferentes para gente muy diversa. La segunda pregunta nos remite a especular sobre el demos europeo. Y, como se sabe, el *who the people?* permanece como cuestión disputada. En suma, el debate sobre la identidad europea conlleva el de la inclusión. A veces de manera tramposa, porque prejuzgamos lo que somos en función de quiénes queremos admitir como miembros del club. Es por lo que el menú identitario resulta unas veces estrecho o amplio, corto o largo.

Pero, por lo común, la definición de Europa se produce frente a algo y frente a otros. De un lado, los europeos nos reconocemos frente a lo que queremos evitar y tratamos de distanciarnos. El "nunca más" ha sido una recurrente divisa del europeísmo. Y en este sentido, la idea actual de Europa resulta fruto de una meditación de posguerra, del horror ante el enorme mal producido por la intolerancia practicada en un suelo tan pequeño. De otro lado, nos reconocemos como "Occidente frente a Oriente", como los herederos de la civilización ilustrada, racionalistas con fe en el progreso económico, confianza en la ingeniería social a cargo del estado, que aceptan la secularización, el "mundo desencantado" (Max Weber) que establece una distinción entre lo privado y lo público y que tiene en la democracia su mejor desenlace. O bien, ¿somos una manera distintiva de ser occidentales en comparación con la mirada transatlántica del mundo? El 31 de mayo de 2003, Habermas y Derrida en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* escribían un famoso artículo titulado El renacimiento de Europa. En él estimulaban a los europeos a pensar su identidad común frente a América. Al expresar así esa voluntad de distanciamiento de América, el propio Habermas evidencia ya un nuevo viraje en relación con su movimiento anterior de aproximación al modelo americano iniciado a partir de la implosión del comunismo y con el que pretendía unir lo mejor de ambos mundos: la democracia continental y la transoceánica. O, por último, aspiramos a ser un crisol, un particular melting pot que alumbre algo nuevo. Lo cierto es que tras 1989 Europa sigue buscando sitio en Occidente y en el mundo.

En cualquier caso, la obsesión europeísta hoy es hacer sitio a las diferencias. No porque prejuzguemos su bondad o su maldad, sino porque están ahí y porque su exacerbamiento ha resultado suicida. No se trata de reconocer un hecho, las diferencias, en valor, tal como pretende un equívoco y disolvente multiculturalismo. Es, más bien, volver a meditar a partir de la *Carta sobre la Tolerancia* de Locke para no cargarnos el espacio público de la convivencia. Y aceptar, incluso, aquella propuesta suya de que, cuando las diferencias se presenten como insuperables o inconmensurables, fuésemos capaces de ponerlas entre paréntesis y sacarlas de la agenda del debate público. Obviamente eso empuja a un cierto entendimiento de la naturaleza humana –no esencialista–, que desemboca en el humanismo o individualismo ético, a una cierta comprensión del conocimiento (falibilista), que sitúa el dialogo racional como lengua franca para deliberar en el espacio público, que

acepta una interpretación contingente de los bienes humanos a partir del reconocimiento de la pluralidad de concepciones del bien.

Lejos de alzarse como un elogio del relativismo que rinde homenaje a la servidumbre, se trata de subrayar la naturaleza eminentemente política de determinados bienes públicos e intereses comunes como condición y horizonte irrebalsable de una convivencia civilizada: derechos humanos; estado de derecho e imperio de la ley; una manera democrática de organizar la política que se basa en la competición y el principio de representación. He aquí un patrón de justicia básica que presta identidad a Europa y a su vocación universalista. Por otra parte, los caminos a través de los cuales cada uno llega a esta estación-término es, a los efectos políticos, irrelevante. En definitiva, lo diverso radica en las identidades y lo uno en la política, bajo esa métrica básica de justicia *-maximum minimorum-* a la luz de cuyos principios debemos afrontar los desafíos colectivos de Europa.

Claro que esta concepción minimalista de lo justicia común no carece de enemigos. Otras sociedades, que se organizan sobre principios diametralmente opuestos y con un genuino componente maniqueo, ven estos principios como la proyección de un imperialismo que les duele casi más que el imperialismo económico, como la encarnación del mal a destruir. Renace el “viejo odio a la sociedad burguesa”, imperfecta, parcial, idólatra a la postre. Se trata de un odio ofensivo debido al que muchos, de dentro y de fuera, han transformado su humillación y su resentimiento en un movimiento revolucionario, dispar, laxamente organizado y clandestino. El enemigo no es la religión, sino el perfeccionismo moral uncido al paternalismo político, el dogmatismo sectario transformado en proyecto político absoluto; la vieja obsesión renacida de que la fuente del poder político es también la fuente de la verdad; el fanatismo que usa la religión como discurso político para unas aspiraciones radicales. No es una guerra de civilizaciones, sino la contaminación cruzada de malas ideas, como señalan Buruma y Margalit (*Occidentalismo. Breve historia del sentimentalismo occidental*, Península, 2005:152).

Frente a este enemigo difuso y borroso, Europa necesita defenderse, no permanecer inerte ni vulnerable. Necesita poder de disuasión frente a unos enemigos a los que, sin embargo, no puede declarar formalmente una guerra, ni frente a los que puede blindarse convirtiéndose en una fortaleza, porque están dentro y están fuera. También sabemos que parte de esa indefensión y debilidad está causada por la indiferencia y el miedo de los “nuestros”.

Acabamos de indicar que Europa se define por su adhesión y la de sus miembros a los valores de referencia de la democracia “tomados en serio”. Pero la democracia no está concebida para resolver problemas identitarios heredados o sobrevenidos. En democracia esos problemas, en el mejor de los casos, más que resolverse se disuelven, se diluyen o se desactivan, porque la democracia es una cultura incompatible con la obsesión por las identidades y el ámbito más idóneo para el intercambio de experiencias entre alteridades, porque tiene una vocación hospitalaria y de acogida.

Por otra parte, teniendo la Unión Europea a la democracia como su horizonte normativo, paradójicamente ella misma no es formalmente una democracia, ni cabe esperar que lo sea en un horizonte próximo. Ni sus procesos decisionales ni sus instituciones representativas

se configuran estrictamente al modo democrático. Su alcance y desempeño no resultan homologables al de una democracia parlamentaria. Y finalmente, la ciudadanía europea es, hoy por hoy, una ciudadanía casi imperceptible. En cualquier caso, el sesgo democrático que, esperemos, vaya incrementando el desarrollo futuro de la Unión no será nunca un calco o traslación del funcionamiento y performance del ámbito estatal.

¿Qué es, entonces, políticamente, Europa? Lo ha dejado dicho J. Delors, el más europeísta de los europeístas: “Europa es un objeto político no identificado”. Ni es nación, ni un Estado federal o confederal, sino un extraordinario e inédito tinglado institucional que, para empezar, muestra al mundo su rendimiento regulando uno de los mercados más importantes del planeta. La UE se proyecta al mundo como un asombroso “animal político”, gran proveedor de servicios del que los europeos son sus principales consumidores y unos ciudadanos pasivos que se reconocen gobernados por desconocidos.

Frente a una inercial opinión confiada en la progresiva dilución de los Estados, considero que los Estados europeos seguirán siendo las unidades políticas de referencia. Ahora bien, este primer principio republicano necesita hoy una impronta cosmopolita. El despliegue de esa insoslayable nueva dimensión de los Estados europeos pasa por europeizar buena parte de sus políticas, ya que ninguna entidad goza de una escala y un desempeño tan idóneos como los que aporta la Unión Europea para encauzar esa dimensión cosmopolita de los Estados.

Hasta el presente Europa no ha necesitado ciudadanos europeos. La democracia en los Estados ha funcionado con una ciudadanía de muy baja intensidad que delegaba buena parte de los recursos políticos en sus representantes políticos y corporativos.

Promover ciudadanos europeos y demócratas no es tarea al alcance de la mano. Resulta complicado y costoso activar la idea de que la condición de europeo, además de dotar de ciertos derechos civiles, políticos y sociales, genera en los ciudadanos responsabilidades hacia el conjunto de la Unión y hacia los otros.

Esta Europa “sin seguidores fervorosos” evoca, sin querer ser alarmista, la República de Weimar, aquella hermosa creación reformista que se desplomó no sólo por el acoso de sus enemigos, sino porque no había suficiente gente dispuesta a defenderla. La débil adhesión que se percibe, la ausencia de un deseo intenso y difuso de eurodemocracia se debe también a que no hay una cultura cívica europea. No se ha avanzado en la sedimentación de esa cultura política común. Y mucho menos los ciudadanos perciben su necesidad. Obviamente se trata de una carencia vinculada, como acostumbra a recordar Habermas, a la inexistencia de una opinión pública europea. Y sin esos mimbres no parece factible caminar hacia una politeia europea, ni atenuar el impacto de ese imponente medio anónimo de socialización que es el dinero y cuya lógica ningunea a los Estados. Tampoco sin esa energía cívica resulta fácil hacer fuerte a Europa frente a los fundamentalismos sin, al mismo tiempo, caer ella misma en una regresión fundamentalista o una suerte de chauvinismo del bienestar.

A nadie se le escapa que esa ciudadanía europea se temple en una coyuntura complicada y delicada. Amplios estratos de población vienen entrando, desde hace tiempo, en contacto con culturas y etnias diversas. Lo vaticinó A. Arendt cuando hablaba ya de una marea inter-

minable de refugiados y personas que desnudas de derechos acudirían hasta nosotros. Y todo esto no debe terminar convirtiéndose en una patología social que amenace tirar por la borda ciertos valores hasta ahora irrebables. Frente a la yuxtaposición de guetos que tienen como único elemento común el cemento mediático de una comunicación de masas degradada, hay que promocionar un pacto de lealtad entre el derecho de una comunidad política a preservar la identidad de su forma de vida y la tendencia moralmente expansiva del derecho de ciudadanía, un pacto de lealtad que cohoneste tolerancia hacia lo diverso y cultivo de la solidaridad hacia lo común y hacia los bienes públicos irrenunciables. Vivir bajo el mismo techo implica respeto al marco legal y civilizatorio que estaba ahí antes de que los nuevos llegaran y que además proporciona las bases mínimas para la reproducción estable de una convivencia decente y aceptable. Un pacto de lealtad que también por parte de quien acoge y recibe debe significar un respeto a la diferencia, también la inconmensurable, y no pretender imponer al huésped más que ese *minimum* necesario que constituye la identidad política europea.

Concluyo. La UE es, por muchas razones, el ingenio político más interesante de nuestro tiempo, que se proyecta, además, como un ejemplo a emular. Lejos de su turbulento pasado, Europa se ha convertido en un éxito. Pero desde la perspectiva de nuestras aspiraciones políticas, sólo una más esmerada conjunción de aquellos viejos valores –transformados ya hoy en bienes políticos disponibles–, una institucionalidad que continúe en movimiento (Monnet), y una ciudadanía europea aún inédita, alumbraría la anunciada *polity* europea, expresión política de una europeísmo con sentido y norte, que ni se arredra, ni se arruga, sino que, como decía el poeta alemán Heine, “se estira y se expande” y, por tanto, no se va a resignar a languidecer en el rincón de la irrelevancia.

## Nicolás Sartorius

■ Muchas gracias, Ramón. Ha sido una estupenda intervención. Tenemos ahora dos horas de debate. Sin más, cedo la palabra a Enrique Ayala.

## Enrique Ayala

“ Es cierto que una cosa es la ciudadanía y otra la identidad. La ciudadanía es un concepto jurídico, un estatus, mientras que la identidad es un concepto moral, un sentimiento. Pero ambos son también conceptos políticos, y están vinculados. La ciudadanía común, si no va acompañada de un sentimiento compartido de identidad, no garantiza la unidad, como lo demuestran los casos de Yugoslavia, la URSS o Checoslovaquia, mientras que la existencia de una identidad común conduce a la integración entre distintas entidades políticas como sucedió en la unificación de Alemania e Italia a finales del siglo XIX. Al menos un cierto grado de identidad es, pues, necesario para que cualquier proyecto político común, como la construcción europea, tenga éxito.

Hay una identidad europea vista desde el exterior, cuando en el resto del mundo se reconocen como europeos ciertos productos, una historia, una cultura, e incluso unos valores políticos o éticos, por contraste con otras regiones del mundo, pero esta es una fuerza débil que no puede servir de motor de la integración. Ésta necesita un sentimien-

to de identidad europea en los ciudadanos que puede proceder de una comunidad de intereses, pero que debe estar basada, sobre todo, en una comunidad de valores que se identifiquen como valores europeos. Es decir, de nada sirve que los suecos piensen que ellos tienen una actitud de solidaridad hacia el mundo menos desarrollado porque eso es una característica del pueblo sueco, o de la nación sueca; es necesario que los valores comunes se reconozcan como europeos. Sin embargo, si observamos el último Eurobarómetro, vemos que el sentimiento de identidad europea está en retroceso, y que la identificación con el concepto de Europa es cada vez menor entre los ciudadanos. Más en unos países que en otros, pero es una tendencia clara. Y aquí yo creo que es necesario hacer un examen de conciencia en cuanto a lo que se ha hecho hasta ahora. Por una parte, en muchas ocasiones se ha presentado a los ciudadanos una imagen de Europa economicista, una imagen de Europa en la cual lo importante eran las ventajas económicas que uno obtenía, o lo que uno tenía que pagar, si era alemán, para que Europa existiese. Este es un concepto demasiado materialista, que está basado en los intereses, y cuando esos intereses no coinciden, evidentemente la gente siente un mayor desapego hacia Europa.

Hay también una responsabilidad política en muchos líderes europeos, que por razones de política interna han presentado frecuentemente la cuestión europea como una pugna entre los Estados miembros por conseguir mayores beneficios. En la mayoría de los países europeos, la oposición intenta lógicamente presentar al respectivo gobierno como débil ante las negociaciones europeas, y, por el contrario, los gobiernos pretenden convencer a sus opiniones públicas de que ellos han conseguido más que los demás, en perjuicio de otras naciones europeas. Es decir, no hay ningún político europeo que se atreva a decir públicamente “nosotros perdemos, pero Europa gana y con ello ganamos todos”. El sentimiento que se difunde es de competencia, de pugna entre unos países y otros por conseguir mayores beneficios o por tener mayor relevancia dentro de la Unión Europea, más que un sentimiento de unidad. Por tanto, lo que es necesario es que todos aquellos que tienen una responsabilidad, políticos, medios de comunicación, intelectuales, los que lideran la opinión, hagan un esfuerzo por conseguir que esa identidad europea tenga una realidad en los ciudadanos.

Quiero terminar contando una experiencia personal. Muchos de los que están aquí saben que yo he sido Jefe de Estado Mayor del Cuerpo de Ejército Europeo, una unidad militar que integra a once naciones europeas, aunque su núcleo duro lo forman cinco: España, Francia, Alemania, Bélgica y Luxemburgo. Bien, allí, en nuestras ceremonias militares, izamos la bandera europea y suena el himno europeo, el último movimiento de la novena sinfonía de Beethoven. Y todos los militares que hay allí saludan militarmente ante el himno europeo y mientras se iza la bandera europea. Son hombres y mujeres que están saludando militarmente a una bandera y a un himno comunes: alemanes, franceses, belgas, cuyos padres y cuyos abuelos se han estado matando hace pocos años por guerras que han sido, como se han calificado aquí, guerras civiles europeas. Los símbolos valen lo que valen las ideas que están detrás de ellos. Y la idea que hay detrás de esos símbolos está contenida en la letra del himno, de Schiller, que transmite un mensaje de unidad, de hermandad, de solidaridad, de paz. Un mensaje que es suficientemente atractivo como para arrastrar a la gente, una forma de ver la vida que puede ser el centro de la identidad europea y la base para transmitir unos ciertos valores europeos hacia todo el mundo.

Creo que éste es quizá solamente un aspecto parcial, pero nos puede dar una idea de cuál es el camino. El camino es la vuelta a la política. Es decir, no necesitamos sólo un *demos* europeo, necesitamos un *ethos* europeo. Porque la política es, o debe ser, en el mejor sentido de la palabra, una expresión de la ética colectiva. Lo que necesita Europa es un alma. Y no nos debe dar vergüenza o timidez decir que después de una terrible historia, después de unas raíces diversas en unos casos, comunes en otros, los europeos hemos llegado a una concepción ética de la vida colectiva que queremos concretar en un proyecto político común y transmitirla al resto del mundo, y que éste es el objetivo en el que todos estamos unidos. Esa es el alma de la construcción política. Y sin alma colectiva, sin identidad, no llegaremos a ningún resultado, sino a la frustración.

## Miguel Ángel Benedicto

“ A mí me gustaría señalar una serie de cosas. En primer lugar, yo creo que sí que es bueno fijar unos valores europeos. De hecho, la propia Constitución Europea los recogía en la Carta de Derechos Fundamentales. Ahí hablaba de libertad, de igualdad, de democracia, de justicia, de respeto a los derechos humanos. Incluso el modelo social europeo creo que es importante. También creo que debemos reseñar que en Europa se deben separar el poder religioso y el poder civil, tiene que estar supeditado el ejército al poder civil. Tiene que haber un control de los gobernantes.

Por otro lado me gustaría señalar también que, como comentaba González-Vallvé al principio, Europa está en construcción. Y Europa ahora mismo es una Europa multicultural, es una Europa también multirreligiosa, tenemos quince millones de musulmanes en Europa. Creo que el tema de la laicidad cultural europea está ahora mismo en el centro del debate. Hay que establecer una serie de acercamientos de posturas entre lo que es la doctrina islámica y también el respeto a las libertades. Quizá para tener libertad haya que pagar el precio del mal gusto de determinadas irreverencias, como hemos visto con el tema de las viñetas en Dinamarca. Pero son batallas, éstas de la libertad de expresión, que creo que es un valor europeo que hay que defender ante los tribunales. Problemas como el del profesor Redecker en Francia, o la suspensión de la ópera de Mozart en Viena, las declaraciones del Papa en Ratisbona, son elementos que quiero añadir al debate.

Por otra parte, quería comentar que ha habido también partidos políticos que han querido introducir el tema del humanismo cristiano en la Constitución Europea, como vimos. Me gustaría señalar también que es muy importante el tema de la educación. Es muy importante introducir una asignatura europea, si fuera posible, en los institutos y en las universidades europeas, seguir promoviendo el Erasmus. Promover un idioma, hay que respetar todas las lenguas, desde luego, pero no podemos negar la evidencia de que el inglés es la *lingua franca* en Europa en estos momentos. Y ya que no tenemos un sistema educativo unificado, ni una única lengua, ni un servicio militar obligatorio, ni tan siquiera dentro del propio Estado-Nación, de los Estados-Nación, y el número de funcionarios que tenemos es muy reducido y está en Bruselas, quizá sean los medios de comunicación los que nos tengan que ayudar, de algún modo, a difundir esta identidad europea. Y quizá haya que crear un canal europeo, en abierto, en distintas lenguas, evidentemente de momento en la lengua de cada uno de los Estados, aunque dentro de un par de generaciones quizá sea este canal en inglés, a mí me gustaría.

Y por otro lado me gustaría hablar del tema de los símbolos también. Son importantes. Lo comentaba el general Ayala, hace un momento. Me he fijado que aquí no hay una bandera europea. Hay una de la Comunidad Andaluza y otra española, no hay una europea. La moneda es importante; y la lengua. Hay muchísimos problemas a la hora de trabajar por el idioma en todas las instituciones europeas. Ya digo que desde mi punto de vista sería bueno tener una lengua común, eso sí, respetando al resto. Nada más. Son una serie de cosas que quería añadir al debate.

## Antonio López Castillo

 Soy profesor titular de Derecho constitucional de la Universidad Autónoma de Madrid, y soy granadino también. Y efectivamente mi hijo aprende estas cosas de los ríos Guadarrama, etc. Voy a empezar por lo último que acabo de escuchar, a propósito de la lengua común, por ejemplo. La identidad sobre una base compleja es una cuestión para nosotros que no nace de la cuestión sobre la identidad europea, que nos planteamos a propósito de la identidad española desde generaciones. Ayer mismo, por la tarde, tenía ocasión de asistir a un nuevo debate sobre esa cuestión: ¿Somos una nación de naciones, o qué cosa somos? O sea, que el tema de la identidad construida a partir de una pluralidad de base tiene una dificultad estructural que no se puede simplemente superar mediante una afirmación de carácter voluntarista. Por tanto, si trasponemos esto al plano europeo, naturalmente es preciso articular una base compartida.

Hay que volver a encontrar, sobre el respeto de lo diverso, la unidad mínima en el compromiso ciudadano, político, en los términos que Vargas-Machuca ha expuesto antes con detalle –y en mi opinión muy certeramente– y que ya no voy a repetir. Y respecto, por ejemplo –era simplemente una acotación, me imagino–, a esto de que en una generación el inglés sería la lengua compartida... una cosa es que haya una lengua que pueda devenir *lingua franca* en la comunicación, y otra es que tengamos que pensar que estamos en la obligación de aceptar e incluso facilitar que sea el inglés u otra. El inglés, desde luego, está muy bien traído, porque es *de facto* en muchos foros una lengua de comunicación compartida. Pero el francés está ahí también, el español... No veo por qué el español en la Unión no deba, desde luego, mejorar su posición con la mayor brevedad posible, y pensar en una unión política europea en la que España estuviese sentada, sin que el idioma español tuviese un estatuto de plena igualdad con las lenguas de trabajo, me parece una hipótesis bastante inverosímil, visto desde España; sin perjuicio de que una u otra –en unos u otros campos, en una otra parte del mundo– pueda considerarse *lingua franca*.

La cuestión de la enseñanza de Europa en la escuela me recuerda un poco –y no quiero ser aguafiestas, pero conviene que pensemos, en lo posible, algo más desde una perspectiva más escéptica, y planteamientos más críticos– a las formaciones de espíritu nacional y formaciones políticas, que hay que llevarlas a la escuela con mucho cuidado. Lo que hay, seguramente, es que avanzar en la línea que está haciendo ahora el Gobierno con la reforma reciente de la Ley Orgánica de Educación, en una formación para la ciudadanía. En esa medida hay que encontrar compromisos que están naturalmente en derredor de los derechos fundamentales, de la convivencia, del respeto a lo diverso. Todo eso hay que articularlo de alguna manera, mejor o peor, más o menos afortunada. Encontrar el profesorado indicado, ser ponderados en esas enseñanzas, encontrar un equilibrio, y fomentar otros

valores. Pero la enseñanza de las estructuras políticas en la escuela debe guardar relación, si no ser quizás parte de enseñanzas históricas. Desde luego, la historia de Europa tiene que formar parte de la enseñanza escolar, pero también la propia historia de España, que tenemos que rehacer, manifiestamente. Tenemos una historia de Cataluña, etc., pero una historia de España integrada y, diríamos, constitucionalmente conforme, si me permitís esa expresión, está por hacer.

Más Europa... hay que tener el sentido de no pensar que vamos a hacer más Europa, sobre la base de un acercamiento inmediato o superficial a la cuestión. Yo creo que hay que hacer ciudadanos, hay que legitimar el poder público, en todo caso; si se trata de objeto político no identificado, habrá que ir identificándolo. Hay que identificar qué articulación de los poderes hay ahí, si hay trazas de régimen parlamentario entre el Parlamento y la Comisión, si hay trazas de régimen semipresidencial o convencional. Tendremos que ir identificando, con nuestro aparato conceptual, que lo tenemos, adaptándolo y encontrar qué modelos hay ahí. No pretender negar la existencia, en su caso, de un funcionamiento sobre bases democráticas, porque no haya un régimen parlamentario. El Parlamento no decide en exclusiva, no tiene la primera y la última palabra. Como no tiene la primera y la última palabra, pues no hay Parlamento Europeo. Bueno, vamos por partes. Naturalmente lo que no hay es un Estado; por tanto, claro, no puede haber un régimen parlamentario que por una mayoría simple decida las cuestiones. Es imposible. Rompemos el sistema al día siguiente. Luego, si se quiere más Europa, no tenemos que perder de vista que si veto no, mayoría simple tampoco, mayorías cualificadas, compromisos. Y en esa dirección podríamos seguir avanzando.

Otra cosa sobre Europa. Estamos llegando, diríamos, al nervio político. Y ahora se plantean los problemas desde el constitucionalismo, y en general desde el debate radicalmente político, y tenemos que plantearnos, para seguir avanzando, que somos Occidente. Yo creo que somos un Occidente menor, tanto geográfica como históricamente. Tenemos al otro lado del Atlántico un Occidente mayor, y geográficamente somos la península occidental de Eurasia, una especie de Occidente orientado. O sea, somos una cosa que no está muy clara. Somos la gran Europa del Consejo de Europa, o somos la pequeña... Es decir, la cuestión evidentemente es muy compleja, y hay que ir atacándola sobre el funcionamiento democrático, avanzando en la línea que me parece muy interesante del artículo 1.2 –me vais a excusar la cita– del Tratado Constitucional de la Unión, en el que sobre la tradicional invocación de los valores y derechos fundamentales que luego en la Carta se van a articular, se hace una referencia, en un inciso final muy interesante, a propósito de una estructura de la sociedad, que tiene que ser abierta, de no discriminación a la mujer ni a las minorías... Por lo tanto, hay un avance, hay una exigencia de estructura social. O sea, no me venga usted sólo con los valores, es que yo en mi Constitución tengo esto. No, no, téngase una estructura social en donde la mujer tenga acceso al foro público, donde no esté discriminada. Es decir, estamos exigiendo ya bastantes cosas. En el artículo 1.2 se dicen ya bastantes cosas sobre cuál es ese mínimo que decía Vargas-Machuca antes que tenemos que intentar encontrar. No sólo valores, que en su indefinición permiten, naturalmente, modulaciones considerables (tanto más si vamos al Derecho privado, al Derecho civil), sino también elementos estructurales de la sociedad en que esos valores operan. Y eso está ya, de alguna manera, apuntado en el artículo 1.2.

Y termino esta intervención inicial llamando la atención sobre lo que antes he dejado apuntado, que estamos en una nevadura política. Estamos ante la necesidad de plantear desde

los Estados que –como bien se ha dicho– tienen que reasumir esa dimensión universal, cosmopolita, ese nuevo sesgo. Y tenemos que repensar el Estado, tenemos que repensar las tareas del Estado, tenemos que repensar la constitución del Estado. Nosotros explicamos la Constitución, como norma suprema... Pero claro, yo tengo que hacer entender qué pasa a través del artículo 93... y en qué medida eso modula o no las estructuras constitucionales y, más allá de eso, cómo instrumentaliza o no la reforma de la Constitución, etc. Quiero decir, y no voy a entrar ahora en los detalles, que como constitucionalista tengo yo, me planteo, la necesidad de reformular el concepto de Constitución. Tengo que pensar qué es la Constitución, esa Constitución abierta a otro orden jurídico, y tengo que pensar qué va a hacer el Estado, en qué medida. Tenemos también que tomar noticia del impacto que produce la articulación creciente del comercio mundial, un cierto desarrollo de un Derecho internacional, diríamos, que limita efectivamente a los Estados, salvo cuando se salen de ese orden (eso naturalmente es difícil de eludir), etc.

Luego –y ya concluyo– tenemos problemas estructurales, y entonces no basta simplemente el entusiasmo para superarlos, sino que es preciso que paremos, efectivamente, un momento, con el entusiasmo o sin él. Todos compartimos que la idea de Europa para España sigue siendo un referente bastante significativo, lo que pasa es que España tiene también otra dimensión atlántica, que con el tiempo va a aflorar, naturalmente, como el Reino Unido y como otros... Por tanto, nuestra identidad es muy europea, pero también hay otros elementos que no son exactamente europeos, o son europeos en un sentido ya más lato y distante. Tenemos, pues, que replantear muchas cosas. Y este debate de la identidad, diríamos, no es un empeño... puede que haya quien lo plantee así, pero en general no es necesariamente un empeño identitario de gente cerrada que no quiere lo diverso, que quiere quitarle el velo a éste o al otro. No. Es un debate de fondo, es un debate que tiene que ver con un sustrato político que empieza a afirmarse en ese objeto político no identificado.

## Eduardo Iáñez

“ En primer lugar, quiero dar las gracias a la Fundación Alternativas, y por supuesto a todos los presentes, por lo que supone de enriquecimiento cuanto estoy escuchando. No obstante, y a pesar de las muchas sugerencias a que me invita, me creo en la obligación de limitarme a aquello para lo que he podido ser invitado en mi calidad de profesor de instituto, y que es compartir en este foro mis ideas y experiencias, desde la educación, en torno a la identidad europea.

Es hondamente significativo en ese sentido que todos hemos venido tocando hasta este punto, de uno u otro modo, la cuestión de la educación. Y debo comenzar declarando que me produce una sana envidia escuchar a los compañeros de la Educación Superior cantar las excelencias del sistema europeo en la Universidad. Envidia, puesto que la verdad es que a las Enseñanzas Medias esas excelencias llegan prácticamente con cuentagotas. Y lo digo yo, que curiosamente estoy en un centro que en parte está financiado con fondos europeos; pero esto remite a esa parcela económica de la “construcción europea” de la que veníamos hablando antes, y que –digamos– a mí, como educador, no me interesa.

Pero no sé si la solución estaría, como estaba diciendo el señor López Castillo, en impulsar –como se va a hacer– una formación para la ciudadanía que, lo confieso, a mí me da un

poco de temor. Y pretendo explicar a continuación las razones de ese temor retomando lo que decían el señor Sartorius respecto a la “construcción de identidades” y el señor González-Vallvé sobre una “Europa en obras” un tanto ininteligible en términos individuales y necesitada de un juicio desde una perspectiva histórica.

En ese sentido, los profesionales de la educación en las Enseñanzas Medias deberíamos estar en disposición de acompañar a nuestros alumnos en el recorrido por esa Europa en construcción, guiarlos en la búsqueda de una identidad europea “en obras”. Pero es que, en las Enseñanzas Medias, Europa sencillamente está un poco ausente; y lo está porque –sin pretender en absoluto resultar apocalíptico– en gran medida lo que ya se llamó en su momento “la crisis de las Humanidades” en la secundaria obligatoria y postobligatoria está ahí, queramos o no queramos. Esa crisis de presencia del saber humanístico en las aulas ha estorbado, a mi entender, la implantación de la idea de Europa. Yo llevo veinte años dando clase, y los alumnos de 12-16 años, como los de 16-18, esos chavales, sencillamente carecen ahora alarmantemente de referentes europeos, mucho más que aquellos con los que comencé mi labor docente. ¿Por qué? La respuesta es sencilla y obvia: no tienen referentes europeos porque han perdido referentes culturales.

Así que remediémoslo desde la proyectada asignatura de Formación de la Ciudadanía –esto es, desde la política en el sentido estricto apuntado por el señor Sartorius–: bien, de acuerdo; y es necesario. Pero creo igualmente que no se debe tener temor a construir la identidad europea sobre unas ciertas señas de identidad que quizá puedan producir cierto rechazo desde nuestro racionalismo –digamos– helénico, pero que son convenientes, en efecto, o al menos pueden serlo, para la construcción de la base que construya “ciudadanos” (habitantes de la *polis*) europeos. Quiero recordar en este sentido que se ha suscitado aquí la pertinencia de la construcción de arriba a abajo o de abajo a arriba. Pues bien, repito: desde mi experiencia como educador de Enseñanzas Medias, considero que sería muy interesante que nos replanteáramos qué modelo educativo queremos, qué modelo educativo estamos haciendo en España, qué modelo educativo estamos haciendo en Andalucía; porque en gran medida, y lo queramos o no, la crisis que hemos provocado en el sistema educativo respecto de la enseñanza de las Humanidades, la ruptura en la transmisión desde el sistema de educación obligatoria de ese patrimonio cultural, incluso de esa inspiración religiosa en la que se basa –porque estoy convencido de que la educación laica en absoluto está reñida con el reconocimiento de una herencia religiosa–, esa crisis de las Humanidades, decía, y así lo venimos experimentando los docentes desde hace años, ha sembrado entre los estudiantes de instituto, en correspondencia, una crisis de ciertos valores culturales entre los que no son los menos importantes los que podemos señalar entre los signos de identidad europea. Y me sorprende que, al llegar a la Universidad, esos mismos alumnos que han estado en nuestros institutos al menos seis años, puedan reconocer como propios esos valores europeos.

Confío y espero que en la Universidad puedan llevar a cabo esa tarea. A nosotros, insisto, desde las Enseñanzas Medias, nos resulta muy difícil. Incluso para quienes desde su centro –y es mi caso– participan en un programa Comenius (me permito recordar que, además del programa Erasmus para universitarios, del que tanto se ha hablado aquí, existe un programa Comenius de intercambio para alumnos de Enseñanzas Medias); y es que, sinceramente, y para concluir, abonándome a lo dicho por el señor López Castillo acerca del escepticismo, creo que medidas como ésta en nuestros centros educativos no dejan de ser, en buena medida, un postizo.

## Ignacio Molina

“ En el ciclo “Hablamos de Europa”, de la parte del foro de la ciudadanía, la verdad que hay que reconocer es que hemos sido, no sé si valientes o un poco audaces, o hemos sido un poco temerarios, porque los cuatro temas de este primer ciclo del foro de la ciudadanía son temas en los cuales la Unión Europea tiene escasas competencias, o donde precisamente nos estamos planteando qué es lo que puede hacer Europa. No hemos sido autocomplacientes a la hora de seleccionar cuestiones como la inmigración, el Estado del bienestar, la educación superior, donde claramente la Unión Europea tiene unas competencias subsidiarias, en el mejor de los casos, o totalmente marginales en comparación con las del Estado central. Y en la cuestión de la identidad, creo que, por antonomasia, de los cuatro temas de los cuales estamos discutiendo durante este año, es sin duda el más clave.

Ésta es una cuestión donde el avance es mucho más complicado. Y es mucho más complicado porque hasta qué punto la construcción europea realmente tiene como objetivo crear esta identidad, cuando en realidad lo que estamos intentando es deconstruir identidades nacionales, que son las que nos han llevado al enfrentamiento histórico. Es bastante paradójico, contradictorio, complicado para el propio proyecto europeo, que es un proyecto, reconozcámoslo, ecléctico, sintético, de intentar evitar entusiasmos nacionales, y además, reconozcámoslo también, de élites, y que además no cuenta con los instrumentos que son necesarios para crear una identidad en el sentido nacional, por supuesto no étnico, pero tampoco cultural. Y no ya por el mero hecho de no tener una lengua común, sino que no tenemos un sistema de comunicación común, no tenemos un sistema de –ya yendo a lo más cívico– derechos fundamentales y libertades públicas; a pesar de todos los avances de las Cartas de Derechos Fundamentales y el proyecto de Constitución siguen teniendo una referencia estatal y siguen siendo protegidos por sistemas jurisdiccionales que son básicamente estatales. La Administración, el Estado del bienestar, es decir, los elementos que pueden identificar a los ciudadanos siguen siendo estatales. ¿Qué es lo que hace la Unión Europea para crear su identidad? Primero, hay que plantearse, ¿debe hacer algo? Yo creo que sí, pero iré con eso enseguida, para terminar esta intervención, o al menos esta primera intervención si luego hay ocasión de hablar una segunda vez.

Europa, cuando vamos por las carreteras, vemos que financia proyectos, de nuevo ese referente europeo. Pero claro, Azaña se reía, sí, realmente se mofaba un poco de Costa, cuando decía “nadie hace una revolución, nadie sale a la calle gritando ‘pantanos o muerte’”. Nadie realmente va a pensar “qué bien, qué identidad europea tengo” cuando ve el dinero que se gastan en los fondos FEDER, o en los Fondos de Cohesión. Es algo que puede procesarse, de forma pragmática, como algo sin duda importante, interesante, pero eso no va a crear nunca identidad. Y no vamos a tener una identidad con la falta de estos elementos. No tenemos una potencia guía, afortunadamente. Justamente el proyecto europeo es dejar de tener potencia guía, aunque lo han intentado España, después Francia, después Alemania, en fin, históricamente. Y no tenemos un enemigo exterior, que también es un elemento muy propio para crear identidad. Afortunadamente tampoco lo tenemos. ¿Qué es lo que tenemos, cuál es, qué es lo que se debe hacer ahí? Es justamente bastante poco espectacular, pero al mismo tiempo creo que ése es el valor.

¿Europa, cuál es el enemigo de Europa? Somos nosotros mismos. Europa está construida para defendernos de nosotros mismos, en el sentido de nuestras distintas nacionalida-

des. Entonces ¿cuál es la identidad europea, quiénes son los que se sienten más europeístas en los eurobarómetros? Justamente aquellos que tienen más miedo de un exceso, de una excesiva identidad nacional propia. En este sentido es que, además, la idea de Europa sirve para civilizar la propia identidad nacional, en el caso claramente de Bélgica, en el caso claramente de Alemania, y en el caso claramente de España. Yo a veces he comentado que si pasando por la Plaza de Colón esa bandera tan espectacular que se izó en la pasada legislatura estuviera al lado de una bandera europea exactamente igual, nos parecería mucho menos chocante. Sería mucho más digerible. Veríamos una bandera española y otra de Europa al lado y sería normal, quiero decir que la propia identidad nacional española, la incorporación del hecho europeo nos ayuda a digerirla mejor. Eso es la identidad europea. Es decir, es una especie de identidad “antiidentidad”. Y en ese sentido sí que puede tener un valor importante.

Por tanto, por ir a algo bastante sustantivo y bastante tangible de lo que hemos hablado aquí, qué bueno sería que en el ámbito educativo, exactamente, tuviésemos referentes comunes. En el documento este que he elaborado también, se habla de esta idea de un libro común, esta envidia que produce que los franceses y alemanes empiecen a pensar en tener un libro común de historia. A mí no me parecería mal que como conclusión muy modesta de este seminario modesto pudiéramos decir que nos sentimos preocupados por el exceso de parroquialismo a que se está asistiendo en la educación de nuestros hijos, de nuestras hijas, y a lo mejor no nos hemos planteado de forma importante lo bueno que es poner más el énfasis en la unidad sin perjuicio de la diversidad.

## Teresa Godoy

“ Por pertenecer y trabajar en entidades que representan a la sociedad civil (Coordinadora de ONG para el Desarrollo), quiero hablar, o intentaré hablar, desde la perspectiva del ciudadano. Quiero saludar desde luego esa apertura que se ha puesto de manifiesto hacia la participación ciudadana para incorporar en el concepto identidad los valores de solidaridad, de paz y de derechos humanos, de los cuales gran parte de la sociedad civil tenemos mucho que decir. Y en definitiva, la construcción de esa visión humana, y remarco la palabra “humana”.

Quizá parte de las causas de la crisis constitucional, a raíz del referéndum francés y holandés, la tengamos que buscar precisamente en esa falta de participación ciudadana, y en cómo los ciudadanos hemos sentido la Constitución como nuestra, o cómo no la hemos sentido así. Quiero poner de manifiesto también que los ciudadanos y la sociedad civil estamos organizados y tenemos capacidad para asumir esa demanda de participación, y para estar en el debate. Llamo la atención sobre el comentario de Pedro Moya con relación al modelo territorial que hay en España, y en ese sentido la organización civil española también tiene un modelo muy particular y muy bien visto en el ámbito europeo. El sistema de red de redes bajo el que nos estructuramos las organizaciones para el desarrollo también se organiza en el ámbito europeo en plataformas de organizaciones de acción social. Pero los ciudadanos, además de poder tener una mirada europea, tenemos una mirada mucho más allá, porque nos movemos hacia un modelo de desarrollo ya definido, que es el modelo de desarrollo humano sostenible para todos los pueblos, y contamos con un paraguas internacional. Me estoy refiriendo a la Declaración del Milenio.

Quizá los europeos hayamos sufrido un proceso lineal de desarrollo económico, pero sin embargo ahora tenemos que poner la mirada mucho más allá y desviar el sentido de nuestro camino hacia otro modelo de desarrollo, que nosotros entendemos como un desarrollo humano y sostenible. En ese sentido, hay que cambiar algunas cuestiones fundamentales dentro de la agenda política europea. Cuestiones de ayuda oficial al desarrollo, de comercio y de deuda externa que tienen que estar presentes en el debate y en el Tratado.

En cuanto a la identidad, quizá podríamos cambiar la pregunta que nos hacía antes el señor Sartorius de ¿tenemos los europeos una identidad común? También nos tenemos que preguntar si tenemos unos intereses comunes, o un objetivo común. Porque si no tenemos claro cuál es la visión, no podemos encaminarnos hacia ese proceso. Y para eso, evidentemente, tenemos que conocernos y tener claro cuál es nuestra identidad. Pero teniendo clara la identidad nos tenemos que encaminar hacia el proceso de tener claro hacia dónde vamos.

Por último, saludar las recomendaciones que nos hacían tanto Eulalia como Elisa, de tener muy presente, de incorporar el conocimiento de esa identidad en el ámbito de la educación. Y en ese sentido, también tenemos las organizaciones civiles mucho que decir, porque nosotros ese concepto lo identificamos con la educación para el desarrollo y con la sensibilización, tarea que llevamos haciendo desde hace mucho tiempo.

### Marie-José Garot

 Soy ciudadana europea, francesa, y trabajo en el Instituto de Empresa de Madrid. Creo que estamos todos de acuerdo en que la Unión Europea y el proceso de integración europea necesitan una identidad europea. Por eso se creó la ciudadanía europea en el Tratado de Maastricht en 1992. Pero –es importante citar– la parte segunda del Tratado de la Comunidad Europea, que instituye la ciudadanía europea, se refiere efectivamente a derechos y obligaciones en principio, pero luego desarrolla sólo los derechos.

Creo, por tanto, que para fomentar una identidad europea que obviamente la Unión Europea necesita para avanzar en el proceso de integración política, para que todos nos sintamos ciudadanos europeos, cualquiera que sea nuestro lugar de residencia y nuestra nacionalidad, necesitamos que los ciudadanos también tengan obligaciones y no sólo derechos. Falta una referencia obvia a las obligaciones. No hay ninguna referencia a un servicio militar, ni ninguna referencia a un “servicio europeo”. Sabemos que ya no existe ningún servicio militar obligatorio en los Estados miembros, pero se podría pensar en un “servicio a la causa europea” (como en Francia, existe el servicio nacional). Se podría también hacer referencia a lo que podemos pagar, a un impuesto europeo.

La idea es hacer que los ciudadanos, por las obligaciones que tengan, se sientan todavía más europeos, y apoyen efectivamente el proceso de integración europea. Hacer que los ciudadanos se sientan responsables, que haya, como ha dicho el profesor Vargas-Machuca, un pacto de lealtad. Y este pacto de lealtad se podrá realizar, no sólo si los europeos tienen derechos, sino también si tienen obligaciones.

## Cristina Cruces

“ Soy consejera del Consejo Audiovisual de Andalucía. Pero no voy a hablar como tal. Voy a intentar hablar simplemente como mujer, como ciudadana, como andaluza, como antropóloga que soy, y compañera también de la universidad.

Hay muchos discursos en medio de muchos valores y de muchas experiencias sobre: uno, todos los valores trascendentes de igualdad, de paz, de solidaridad, etc., que son realmente valores universales; dos, ese impulso europeísta que según se ha dicho aquí, efectivamente, está un tanto desacelerado; tres, el renacer de las legitimidades autonomistas, regionales, como queramos llamarlas, y el caso de los últimos estatutos, el nuestro se acaba de aprobar en el Congreso, nos está devolviendo a unos símbolos de lo local, que en el caso andaluz corren gravísimo riesgo de situarse en posiciones de subalternidad o de percepción subalterna respecto a Europa; cuatro, en todo lo que representa la internacionalización, mal llamada a veces globalización, de hábitos de consumo, de modelos, de comportamientos, etc.; cinco, en situaciones de lealtad en el tándem Oriente-Occidente. Quiero decir, Europa es uno más, al final, entre los discursos que tiene que situarse esta especie de esquizofrenia identitaria que tenemos los ciudadanos, y que nos hacen en cada momento tenernos que mover entre ser mujer, hombre, andaluz, catalán, español, europeo, solidario con los hermanos que puentean el Estrecho, rabioso frente al terrorismo islámico, es decir, todo esto son mensajes que nos están haciendo situarnos en lo más profundo de la identidad en posiciones intercambiables. Y esto, sentimentalmente, es también esquizofrénico.

Y eso es un freno, indiscutiblemente, para el discurso y para la praxis europeísta. Somos obreros, pero a la vez somos parte del primer mundo. Somos españoles, y tenemos que sentirnos en igualdad frente a un danés en vez de en igualdad frente a un marroquí que tienes cerca, o frente a un compañero ecuatoriano o un hermano peruano, tenemos que ser solidarios y ser a la vez constructores de ese muro que impide la libre circulación a otros muchos hermanos. Respecto a que debemos ser igualitarios, en ese discurso trascendente, por ser europeos, realmente hay mucha dificultad. Eso de ser profundamente global, de ser profundamente local, de ser profundamente europeo, no se resuelve mediante el adoctrinamiento identitario. Ni siquiera a través de los medios de comunicación. Yo creo que esa ilusión sentimental se ha perdido en gran medida. Ésa es mi posición, ahora mismo, como ciudadana. Hay un gran desencanto que tiene que ver con muchos factores de los que he mencionado, y que tiene que ver, creo que fundamentalmente, con algo que emocionalmente todavía Europa no ha construido, que es la identidad sentimental. Por lo menos desde aquí, desde Andalucía, yo he detectado eso, y espero que en algún momento pueda ser un asunto a resolver. Europa no sólo necesita defenderse desde fuera, o hacia fuera, como se ha dicho antes, sino también, en gran medida, hacia dentro de nuestros propios espíritus y de nuestros propios fantasmas y de nuestras propias ilusiones, claro, históricas.

## Gerardo Ruiz Rico

“ Soy catedrático de Derecho constitucional en la Universidad de Jaén. También soy granadino. Quizá mi condición de granadino se atenúa por el hecho de que

llevo impartiendo docencia de Derecho constitucional en la universidad de Jaén desde 1986. La reflexión que voy a hacer se enmarca, por tanto, en una óptica, en una dimensión puramente jurídico-constitucional. Pero creo que esa reflexión encaja perfectamente en la segunda parte del título de este seminario, "Unidad en la diversidad". Porque aquí nos encontramos, efectivamente, con un dilema de relieve constitucional.

La identidad europea, en mi opinión, necesita de un forjado constitucional. Me parece que la creación, la elaboración y aprobación de una Constitución puede ser una clave importante para generar una verdadera identidad en el ámbito europeo. Vivimos en un país que proporciona un buen ejemplo en este sentido. Nuestra Constitución de 1978 nos permite hablar ya de un pueblo español que se identifica con su Constitución. Ha contribuido a nuestra identidad nacional como pueblo. Pero para conseguir identificarnos como europeos, es evidente que necesitamos de unos derechos comunes. Un catálogo de referencia. Evidentemente existen catálogos de derechos constitucionales en todos los países de Europa. Tenemos un convenio de Roma de 1950, que junto con las constituciones nacionales ha contribuido a la formación de un derecho constitucional común europeo, como decía el profesor Häberle, pero creo que una declaración de derechos específicamente europea, la positivación de una declaración de derechos europeos, sin duda alguna es algo muy positivo.

Pero antes de responder a la pregunta de qué virtualidad, o qué utilidad puede tener esta declaración de derechos, conviene tomar conciencia del problema que desde el punto de vista constitucional siempre se nos plantea cuando hablamos de derechos. Los derechos y libertades civiles y políticas de un lado, y de otra parte los derechos sociales. Porque nos sentimos europeos –probablemente España es un buen ejemplo de nuevo–, y porque, desde el punto de vista material, el problema de la igualdad material es un problema clave. El conseguir unos niveles de prestación social, de asistencia social, educación, medio ambiente y cultura, en definitiva, la garantía de los derechos sociales, es un elemento esencial para contribuir a esa identidad europea y a ese estatus de ciudadanía europea.

Pero ¿cómo proteger esos derechos sociales, cómo garantizar el ejercicio individualizado de esos derechos sociales? Aquí se me plantea un dilema, y casi una paradoja. Probablemente no sea necesaria una Constitución Europea que reconozca estos derechos sociales. Lo formulo casi como una especie de pregunta que me hago a mí mismo, porque ya la existencia de un Derecho comunitario europeo que se impone a los estados, y que permite incluso a los ciudadanos exigir su cumplimiento de manera individualizada, prácticamente haría innecesario su reconocimiento en una Constitución Europea. Sin embargo, yo pienso que todo lo que sea establecer mecanismos de garantía, y mecanismos de protección que vayan en esa línea de garantizar la exigencia individualizada de los derechos, incluso de los derechos sociales, es un paso adelante.

Pero vivimos también en un Estado fuertemente descentralizado que pone en evidencia, como sucede en Italia, o como sucede en Alemania, que todas las medidas que se aprueben y las normativas que se puedan aprobar para favorecer la igualdad material sustancial para garantizar un estándar mínimo de protección, tienen que conjugarse con un principio de subsidiariedad que otorga a los estados el derecho, la facultad, la potestad, en definitiva, de adoptar medidas propias, medidas diferentes a las de otros estados. De nuevo nos encontramos, como decía al principio de mi intervención, con el problema de que hay que

responder, o hay que llegar a solucionar el dilema de la unidad en la diversidad, en la diversidad jurídica y constitucional. En esa futura Constitución Europea, en esa declaración de derechos humanos, deberá quedar garantizada también la igualdad material desde el punto de vista territorial. De manera que los Estados puedan actuar para favorecer, si son más sensibles al nivel de vida de sus ciudadanos, esos derechos sociales; pero esa Constitución Europea necesita asegurar esos estándares o niveles mínimos de protección social.

## Elisa Pérez-Vera

“ Muchas gracias. La verdad es que he escuchado con extraordinario interés todas las intervenciones, la de Ramón Vargas-Machuca me ha gustado mucho, porque me ha aclarado muchísimo mi propio panorama intelectual, me ha ayudado bastante. También la última intervención, que se aproxima mucho más a mi campo de referencia, de Gerardo Ruiz Rico, al que no conocía personalmente, aunque sí que había leído cosas suyas. Debo decirle que él sabe perfectamente que desde que se proclamó en Niza la Carta de Derechos de los Ciudadanos Europeos, la Carta de Derechos de la Unión Europea, el Tribunal Constitucional la está utilizando como si estuviera no sólo en vigor, sino que tuviera fuerza jurídica normativa. Siempre añadimos, para que no se crea cualquier lector de nuestras sentencias que es que no sabemos que no tiene ese valor jurídico vinculante, “aunque no esté dotada de fuerza jurídica normativa, ya la Carta dice...”, porque eso ayuda mucho. Y justamente, donde más ayuda la Carta de Derechos de la Unión Europea es en los derechos sociales. Si mi recuerdo no es equivocado, donde lo estamos recogiendo básicamente es en temas que tienen que ver con Seguridad Social, y con problemas de no discriminación en el ámbito laboral. Es decir, que yo tenía mucho miedo, cuando se empezó a elaborar esa carta de derechos, de que pasado el trauma de la Segunda Guerra Mundial, cualquier declaración de derechos se quedara más corta que el Tratado de Roma, que sólo alberga derechos civiles y políticos, pero que ahí es muy amplio, muy generoso. Entonces tuve miedo de que no existiendo una vulneración evidente de los derechos humanos en Europa en aquel momento –si prescindimos de las guerras de Yugoslavia, en la Europa comunitaria esto no se daba–, que la Carta de Derechos de la Unión Europea fuera una regresión. No ha sido así. La Carta de Derechos de la Unión Europea creo que avanza mucho, y en ese sentido a mí me parece que su incorporación en la Constitución Europea es algo que habría que defender, cualquiera que sea el futuro de esa Constitución.

Y hablemos un poquito del futuro. Es decir, ¿la Constitución va a quedar tal cual? Posiblemente sea imposible, pero hay una parte de esa Constitución que yo creo que habría que defender por encima de todo, que es justamente esa parte dogmática, la parte de los derechos y libertades fundamentales, y de las obligaciones. Yo ahí estoy con nuestra compañera ciudadana europea de nacionalidad francesa, en que las obligaciones son necesarias, una tanto el deber común como el derecho común. Lo que pasa es que incluso cuando hay, por ejemplo, desde el punto de vista financiero, o del tributario más que financiero, impuestos que miran a la financiación de Europa, eso tampoco se le dice al ciudadano europeo. No se le dice “está usted pagando esto”, que en el fondo significa una posibilidad de que después la Unión Europea revierta, y se le dé un poco la sensación de estar colaborando en un proyecto común.

Es un poco esto a lo que me refería, sobre todo, cuando hablaba de la necesidad de educar para Europa. De que el elemento europeo esté en nuestras enseñanzas. Yo comprendo que efectivamente, no sólo en la enseñanza media, sino también en la universidad, el referente, los referentes comunes europeos han desaparecido, porque han desaparecido en gran medida los referentes en las Humanidades. Pero yo apuesto, como el general Ayala, por la insistencia en el *ethos*. A mí me sigue emocionando oír el himno a la alegría porque no acepto, en mí no ha calado por lo menos, ese desencanto, tal vez porque sí que conozco un poquito la historia de la construcción europea. Una historia que ha estado siempre al borde del abismo, ha estado siempre al borde de la desaparición. En el año 1972 un gran profesor belga decía: “los estudiosos del Derecho comunitario tenemos la sensación de estar construyendo un monumento funerario”. En el sentido de “nos parece que estamos dedicados a algo que, si no está muerto, está prácticamente al borde de la muerte”.

Hemos alcanzado cotas de identidad, cotas de unión, que en aquel momento, en 1972, eran absolutamente impensables. Todavía en ese año cruzar Europa era, entre otras cosas, un gasto enorme nada más que cambiando de unas monedas a otras en que en cada cambio perdías no se sabía cuánto; a mí esto un economista me lo explicó, me dijo “si tú sales, cambias 100 pesetas, en aquel momento, o mil pesetas, y visitas cinco países de Europa, y vas cambiando en cada uno, no has gastado nada, es decir, has tenido la suerte de haber sobrevivido misteriosamente, milagrosamente, no has gastado nada. Cuando vuelves a España tienes 80 pesetas en lugar de 100. Esas 20 pesetas se han quedado en el camino”. Efectivamente, la importancia del euro no sólo no se ha vendido como un haber, sino que la gente lo ha percibido como algo que ha encarecido su vida. No sé si hay alguna enseñanza que extraer de todo esto. Yo la única que extraigo es que creo que al final llevaban razón Schuman y Monnet, cuando Schuman decía eso de que “hay que hacer Europa con pequeños pasos”, teniendo en perspectiva la unión política, que en Schuman era clara, pero hay que construirlo poco a poco, porque los pueblos europeos llevan demasiados siglos enfrentados entre sí. El haber conseguido, en todos estos años desde 1957 para acá, que los pueblos europeos discutan del precio de la remolacha ya es algo importante. Hace no tantos años eso hubiera sido imposible. Sería bueno que fuéramos capaces de traducirlo en términos sentimentales, porque ésa, como se acaba de decir, es la identidad que realmente creo que nos falta.

## Ramón Vargas-Machuca

“ Voy a ser muy breve. Me referiré a tres o cuatro cosas de las que se han dicho, porque me parecen a las que más se puede añadir algo. Porque se ha planteado el tema de la enseñanza, cómo no. O sea, si la identidad europea, la cultura civil europea, en fin, la referencia europea, también se puede enseñar. Estamos en pleno debate interno en España sobre la educación ciudadana, y obviamente es un asunto que afecta muy particularmente a los profesores que nos dedicamos a politólogos, o teóricos, profesores de ética, en fin, creo que no concibo un horizonte de objetivos de esa asignatura de educación en la ciudadanía que no incluya Europa como parte fundamental de lo que es, como digo, el horizonte de una educación en la ciudadanía. Es decir, tiene que ver con el problema, y paso de un sitio a otro, que planteaba Cristina Cruces en relación con el tema de las identidades y el problema de la esquizofrenia. Hay una palabra, el *over-ratting*, de Rawls, el solapamiento... cabe eso de que tenemos identidades solapadas, y hay que saber solapar las

identidades. Somos veinte mil cosas, comunes, y las vivimos con distintas identidades en función de lo que sea. A lo mejor yo en un momento dado, un martes de Carnaval, lo que estoy viviendo más intensamente es mi condición de gaditano... Políticamente la ciudadanía europea, vivida además desde España, es una parte sustancial de la educación ética y de la educación en la ciudadanía. Y me parece fundamental.

No sé eso cómo se estructura luego curricularmente, pero en cualquier caso, si yo tuviera que hacer el programa, ésa sería parte fundamental, tronco de esas asignaturas de educación en la ciudadanía. Pero por el fundamento, por esa razón fundamental de que nuestras identidades, también las políticas, son distintas, son varias; nuestra identidad política, los que tenemos cinco o seis identidades políticas las vivimos no como esquizofrenia, sino como solapamientos. Como solapamientos, que unas se van en las arrugas de otras, se van acoplando. Yo tengo un diálogo permanente, aunque soy profesor de Filosofía política, pero en realidad siempre tengo una relación curiosa, no con el Derecho constitucional, sino con el horizonte constitucional. Los dos profesores que han intervenido sobre el problema han planteado dos situaciones que para un profesor de Filosofía política son siempre importantes, y nosotros no queremos vivir en la abstracción. Sobre todo alguien de Filosofía política que entiende la Filosofía política como una Filosofía de la praxis. Entonces, siempre relaciono el diálogo con cómo empotramos esos valores en realidades políticas. ¿Cómo hacemos que esos valores no sean simplemente referencias abstractas, sino bienes políticos concretos? No hay otra forma que la constitucionalización de esos valores. Es lo que llamaba Habermas empotrarlo en el Derecho. Es decir, la ética se hace política cuando se empotra como bienes positivos. Entonces la positivación es importante.

Y claro, se hablaba también del problema de los valores, en el artículo 1.2, me parece, del Tratado; es decir, ¿cómo no va a haber una apelación a la sociedad, si es que un patrón, un modelo de democracia constitucional, que es en el fondo la que nosotros tenemos, que es el patrón normativo al que nos referimos, ese modelo de democracia establece o impulsa una relación de la sociedad y la política, un tipo de relación entre la sociedad y política? Y eso, es decir, las relaciones, no es solamente un conjunto de normas, un conjunto de reglas. Las relaciones son una forma de relación entre sociedad y Estado, sociedad y política. A mí me parece eso muy importante, y bienvenidas sean esas intervenciones, porque si no hay el peligro de que esta referencia a Europa, Europa está tan lejos, Europa está tan allá, lo más distante, se iría convirtiendo en una cháchara. Y, por tanto, creo que la positivación de esos valores y de unas formas de relaciones es algo muy valioso.

Yo insistía en mi intervención, y usted lo ha planteado, en el problema de la responsabilidad, es decir, derecho y responsabilidad. Y ahí apelo a la veta republicana de mi concepción republicanista, por llamarlo de alguna manera, de mi concepción de la democracia, es decir, toda la tradición republicanista que ahora se reivindica, pero que ha estado siempre ahí. Esa mezcla entre liberalismo y republicanismismo, que es lo que ha hecho en realidad las grandes tradiciones del impulso democrático. Un elemento identificativo, distintivo, del republicanismismo es recordar que la política no es sólo derechos, sino que es responsabilidad. Y la apelación a la ciudadanía no es simplemente blindar a los ciudadanos con unos determinados derechos, sino estimular, incitar a los ciudadanos con su responsabilidad. Y apelo a Maquiavelo, ya decía que la corrupción de la ciudad viene porque el ciudadano se desentiende y abdica, rinde su responsabilidad. Entonces, no puedo enten-

der una ciudadanía europea que al mismo tiempo no esté estimulando e incentivando la dimensión de la responsabilidad.

### **Nicolás Sartorius**

■ Sobre el tema de la construcción europea, quiero recordar que podía haber empezado, en vez de por la economía, por la cultura. Bueno, creo que Monnet, que como saben ustedes era un empresario, de una familia empresarial de la zona de Cognac, y su familia se dedicaba a cuestiones vitivinícolas, comprendió, con Schuman y otros, que había que empezar por la economía. Porque se intentó empezar por la defensa, y al canto de la Marseles, la Asamblea Nacional Francesa votó en contra de esa construcción, y se cargó el inicio de la construcción europea a través de la defensa. Y a partir de ahí unos señores bastante inteligentes comprendieron que las cosas sólidas hay que empezarlas por la energía. Y entonces crearon el Euratom, hicieron el carbón y el acero y empezaron a construir todo el edificio desde abajo. Otros, en cambio, en otras zonas del mundo, han querido hacerlo, por ejemplo, empezando por la política. Yo recuerdo los países árabes, Siria, Egipto, que de repente un día decidían que se unían. Claro, duraba tres semanas. A las tres semanas aquello se hundía. Creo que fue una construcción muy inteligente, empezar por donde se empezó, y a partir de ahí estamos ya en la zona política, en la zona identitaria. En fin, esas cosas son más complicadas que la economía.

## Sesión de tarde

### Marycruz Arcos Vargas

“ Bienvenidos a la Universidad de Sevilla, en este Seminario sobre la identidad europea, con el precioso lema de la Constitución Europea como subtítulo, “Unidad en la diversidad”. Nos complace mucho que se celebre parte de estas jornadas en la Universidad de Sevilla. Anteriormente, en el marco del programa “Hablemos de Europa”, tuvimos ocasión de tener un seminario dirigido a la comunidad universitaria, hace no más de dos semanas, en el seno de la Universidad, y cuando nos llegó la noticia de que se celebraba en Sevilla este Seminario, vimos que era todo un placer compartir con tres culturas la sede física. Nos hubiera gustado que tuviéramos más participación de la comunidad universitaria, sobre todo por parte de los alumnos, aunque veo algunas caras de alumnos también implicados en la cuestión de la identidad europea. No siempre la comunicación con la comunidad universitaria es fácil, pero no por ello quiere decir que no tengamos un amplísimo interés por la identidad europea, por todo lo que es la cuestión general de construcción de Europa. Estamos convencidos de que esto genera un poder de ir convenciendo a las generaciones venideras de la necesidad de seguir pensando en estas cuestiones tan claves, tan básicas para nuestro desarrollo como ciudadanos.

Para la presentación de la mesa redonda de esta tarde, en concreto la de cada uno de los participantes, a quienes agradezco su presencia, tiene la palabra don Pedro Moya Milanés, secretario general de Acción Exterior de la Junta de Andalucía, que actuará como moderador en la mesa, y a partir de ahora es él quien dirige el acto. Muchas gracias.

### Pedro Moya (moderador)

■ En nombre de la Fundación Alternativas, gracias a la Universidad de Sevilla y a la Vicerrectora por haberse brindado esta institución a acoger este debate, que es la continuación, de alguna manera, o la segunda parte, de una reunión que esta mañana tuvimos a un nivel distinto para reflexionar también sobre la identidad europea. Y en esta ocasión queríamos, con un formato diferente, tratar de trasladaros cuáles son las impresiones que cuatro destacadas personalidades que han reflexionado sobre el mundo europeo, sobre los problemas de Europa, sobre el proceso de construcción de Europa desde distintos ámbitos, nos pueden aportar sus impresiones personales y sus impresiones profesionales. A la hora de escoger, por una parte, el ámbito, o el tema de debate, hemos querido ser lo suficientemente amplios y omnicomprensivos como para no limitar, en ningún caso, cuál es la temática o las líneas que quieran presentarnos esta tarde.

Identidad europea y diversidad, evidentemente, abre horizontes para poder hablar del proceso de construcción europeo en sus elementos históricos, en sus elementos de

futuro, en sus crisis actuales, en sus dimensiones estratégicas y políticas, en las relaciones con el sentimiento de los ciudadanos en relación con el proyecto europeo... Y yo creo que eso, analizado desde personalidades profesionalmente tan distintas, desde el punto de vista de su ocupación, como las cuatro personas que nos acompañan esta tarde, creo que nos puede dar una dimensión aproximada, nunca perfecta, evidentemente, pero sí bastante aproximada de perfiles y matices interesantes de cuál es en este momento, en qué situación se encuentra el proceso de construcción europea, qué perspectivas, qué problemas, qué situaciones encuentran ellos más sugerentes para compartir con ustedes.

Y en este sentido hemos planteado este debate trayendo a esta mesa, por una parte, a dos profesionales prestigiosos y consagrados de los medios de comunicación. Tanto Josto Maffeo como Román Orozco, de *Il Messaggero* y *El País*, son dos personas con una dilatada carrera profesional en el mundo del periodismo, pero indudablemente, sin duda que a todos vosotros, los nombres de *Il Messaggero* en Italia y de *El País* Andalucía, les evocan dos grandes medios de comunicación comprometidos con la construcción europea y con la causa europea; servidores, en definitiva, de la transmisión de las ideas europeas en sus respectivos países y en sus respectivos ámbitos territoriales; y evidentemente conocedores, por su larga trayectoria periodística y profesional, de todos los entresijos o de gran parte de los entresijos. Ellos comentaban con anterioridad que probablemente se van a centrar en aspectos puntuales y concretos. En el caso de Román Orozco, diez años de experiencia como delegado de *El País* en Andalucía, una experiencia profesional en un acreditado medio de comunicación, que es una garantía para que su opinión sea una opinión sólida y una opinión solvente. Probablemente se va a centrar en aspectos sobre todo relacionados con la inmigración, con los nuevos ciudadanos europeos, que son los inmigrantes, y, salvo que él luego quiera introducir otros temas, en principio parece que quiere orientar por ahí sus reflexiones. En el caso de Justo Maffeo, de *Il Messaggero*, alguna sorpresa nos deparará, porque quiere referirse más bien a las nostalgias del proceso europeo, y a algunas percepciones puntuales, históricas, de este proceso.

Los otros dos ponentes que nos acompañan, aparte de los dos representantes de estos dos grandes medios de comunicación, son, por una parte, José María Ridaó, una persona que por su trayectoria profesional no resulta fácil encuadrarla, porque es diplomático de carrera, escritor, ensayista, novelista, tiene cinco o seis novelas publicadas, y luego multitud de ensayos políticos, de reflexiones sobre las situaciones internacionales. Ha sido embajador de España en la UNESCO hasta fechas muy recientes, y actualmente su actividad profesional está ligada a su actividad como escritor, y como pensador e intelectual, a través de sus artículos periodísticos en distintos medios de comunicación. Yo a José María Ridaó lo he seguido en muchas ocasiones, porque he tenido en ese sentido la fortuna de coincidir con él en muchas situaciones, y sí tengo que decir que es una persona que a mí siempre me sorprende, porque siempre me ha parecido una persona intelectualmente comprometida con la independencia de criterio. Y creo que en sus escritos, en sus ensayos, en sus novelas y en sus propias reflexiones, siempre apunta a un elemento de novedad en la reflexión, original, independiente e interesante.

En el caso de Eduardo Lourenço, tampoco es fácil de ubicar. Yo creo que es, viendo simplemente de manera muy somera su biografía, un prestigiosísimo intelectual portugués que ha recibido muchos premios, el Premio Camoens, recientemente el Premio Extre-

madura, muchos premios en su país, autor de numerosos libros, ensayista, profesor de Filosofía en Coimbra, si no estoy mal informado, profesor de literatura portuguesa, profesor de otras disciplinas relacionadas en definitiva con el humanismo en general, y casi estaría tentado de considerarlo, o de describirlo, o de presentarlo como un humanista, puesto que su actividad es, desde el punto de vista intelectual, enormemente amplia, difícil en ese sentido de encasillar, y casi como un hombre sin fronteras. Sin fronteras en lo geográfico, porque su actividad docente e intelectual la ha desarrollado en Portugal, pero la ha desarrollado también en Alemania, la ha desarrollado en muchos países; y al mismo tiempo sin fronteras también en el saber, porque su acervo intelectual se reparte entre la poesía, la historia o la literatura portuguesa, el ensayo, la novela... Yo creo que, en definitiva, estamos ante cuatro personalidades que desde ópticas tan diferentes nos pueden ayudar a perfilar un poco las impresiones sobre lo que en el mundo de hoy, entre personas conectadas con la realidad desde ámbitos tan diferentes, nos pueden aportar sobre la construcción europea y la actual situación del proceso europeo. Le voy a ir dando la palabra alternativamente a unos y otros. Tiene la palabra nuestro querido amigo Eduardo Lourenço.

### **Eduardo Lourenço**

Es para mí un gran honor el haber sido invitado por la Fundación Alternativas para participar en este coloquio en torno al tema de Europa, en este bellissimo auditorio de esta universidad famosa, antigua, que me evoca un poco Coimbra. Desde muy joven me he sentido muy relacionado con el tema de Europa. Una Europa que no era aún esta Europa en construcción que es hoy el tema de nuestra reflexión. Era la Europa como mito, y sobre todo mito cultural para la gente portuguesa de esa época, que era la de los años cuarenta, y también pienso un poco por toda la península Ibérica, que durante muchos años, siglos incluso, ha tenido en relación con Europa una especie de complejo de inferioridad cultural, como si nosotros fuéramos una Europa de segunda clase. Lo mismo casi una “no Europa”. La Europa, la Europa verdadera era esa Europa que estaba del lado de los Pirineos.

Muy joven he escrito un ensayo que era al mismo tiempo una declaración de pasión por esa Europa mítica, que era en esa época, aún se podía decir, casi el centro del mundo, y del otro lado una especie de queja de que nosotros estábamos un poco alejados de ese diálogo con Europa. En esa época por razones particulares, porque desde el punto de vista político Portugal, también España, estaban verdaderamente aislados de lo que era entonces el modo de vivir político de la restante Europa, o de casi toda la restante Europa. Europa ya estaba dividida, bien en Europa Occidental, que se llamaba el mundo libre, bien en la Europa soviética, y nosotros, peninsulares, no pertenecíamos ni a la una ni a la otra. Éramos una especie de excepción, estábamos ahí entre paréntesis. Y eso, para mí, joven, me parecía algo molesto, pensaba que un día debía terminar y que sería por influencia un poco mágica de esa Europa, de su cultura, etc., como si nosotros no fuéramos Europa. Más tarde he entrado en esa Europa, en esa Europa mágica, y he atravesado los Pirineos. Y después de medio siglo vivo en esa Europa.

Naturalmente que 50 años después no tengo la inocencia ni la visión, el patetismo, ni la utopía europea que era la mía en esos momentos. Tengo otra. Y en este momento nosotros

estamos aquí para discutir un poco en torno a lo que es Europa, lo que es su identidad. Por un lado, Europa está. Y esto ya no es poco. Está haciéndose. Se hace todos los días, prácticamente. Mas, al mismo tiempo que se hace, Europa se deconstruye, en relación con la primera visión utópica de los primeros que pensaron en nuestra construcción europea. ¿Por qué digo esto? Porque esta Europa se está construyendo un poco como hacen los matemáticos o los geómetras, en función de una hipótesis. Una hipótesis de una especie de virtualidad. Europa ya existe. Mas Europa no existe, verdaderamente. Pero para existir nos tenemos que imaginar que ella no solamente existe, sino que tiene posibilidad de tener aún otra existencia distinta de la que nosotros conocemos actualmente.

Porque actualmente ¿qué es Europa? Europa es una colección de Europas. Es una serie de Europas. Se ha publicado hace unos años, en Francia, un libro muy bueno, una especie de antología de los discursos sobre Europa. Y ese libro se llama Europas. Hay una pluralidad de Europas. Mas cuando nos mentamos, cuando pensamos en Europa no pensamos en esa pluralidad de Europas. Pensamos que Europa es algo diferente. Si es una colección de Europas, es también algo diferente, y anterior, se puede decir, metafísicamente casi, una especie de idea en que caben las pequeñas Europas que son las otras Europas, las otras naciones. Porque verdaderamente lo que hay, hasta el momento, son naciones europeas, que tienen el paradigma de la nación moderna; después de la Revolución Francesa, o incluso antes, es el paradigma aún vigente. No hay una Europa. No hay, sobre todo, una Europa política. No hay un actor histórico que se llame Europa. Nunca lo ha habido. Nunca ha habido Europa en ese sentido. Ha habido tentativas, dos, tres, cuatro grandes tentativas de una organización o de una captación de la historia europea en función de un cierto país hegemónico en un cierto momento. Carlos V, Luis XIV, Napoleón, Bismarck, Hitler. Mas ninguno de ellos ha hecho Europa.

Ahora nos queremos hacer Europa, por primera vez, de una manera democrática, consensuada, haciendo acuerdos, poco a poco, los países unos con los otros. Y ésta es la Europa que tenemos, la Europa de la realidad. Así que Europa no existe. Mas esta no existencia de Europa es justamente lo que está en causa. Es que nos creamos que existe algo que trascienda esta historia nuestra de europeos en cuanto una colección de naciones que a lo largo del tiempo se han disputado unas con las otras, que han hecho de la historia europea –aunque no es la única– una especie de guerra civil permanente. El último siglo fue el siglo no solamente de una guerra civil sin verdadero sentido, sino que fue un siglo de autodestrucción de esta Europa. Por qué Europa no ha sucumbido, no ha desaparecido completamente de la Historia, sobre todo la historia política, es un gran milagro. No un milagro que ha caído así del cielo. Lo debemos naturalmente a una parte de la Europa más democrática que ha triunfado sobre la otra con ayuda, de un lado, de la Unión Soviética, y con ayuda de los americanos, del otro.

Ahora estamos en una situación de decir “eso es historia antigua, es una especie de prehistoria de nuestra propia historia de europeos”. Ahora queremos otra cosa, queremos una especie de Europa que fuera la nación que ella no es. No sé si lo puede ser. No sé si lo será en breve. No lo creo. Pasará mucho tiempo para que Europa sea esa “supernación”, que es el primer sueño virtual que ha comenzado con Monnet. Una cosa que no sea solamente una colección de naciones, que sea algo como una federación, o una confederación. Estamos lejos de una y de otra. Lo mismo este propósito casi no funciona en el discurso político actual. Como si eso no bastara, Europa está en crisis. Esta vez la crisis es una crisis de una a otra,

aun sin existir. No sé si existiendo no estaría también en crisis, pero aun no existiendo, esta Europa está en crisis, mas una crisis de tipo nuevo, totalmente nuevo en nuestra historia de europeos. Europa es, sobre todo, este continente hecho de naciones varias, que existe unitariamente sólo en la mirada del otro, de los que no son europeos. El no europeo que hace primero Europa, por primera vez. Europa es muy antigua, naturalmente. Hasta el punto de que Europa es la ninfa que es raptada por Zeus de las playas del Líbano.

Mas esa Europa es una Europa antigua que no es esta Europa moderna. La Europa moderna nace en el momento, se puede decir que en ese momento, en que una mirada nueva va a ver, como en la perspectiva de un coche, que ve lo que ha dejado atrás. Y esa mirada es la mirada Colón, o la mirada Álvares Cabral. Es decir, que es la llegada al Nuevo Mundo la que convierte lo nuestro en viejo. Se envejece en un año, en 1492. El viejo mundo era Asia, el viejo mundo era Egipto. Europa era la actualidad, el presente, era el continente del dinamismo. Y en un momento, la llegada al Nuevo Mundo va a inventar algo que nosotros no podemos saber que esa mirada va a inventar. Para los brasileños futuros, los americanos, los latinoamericanos, para todos ellos, que son hijos de europeos la mayor parte, existe otra entidad política, compleja, curiosa que se llama Europa, la vieja Europa. Mas para nosotros, europeos, Europa no tiene esa realidad. No tenemos vista exterior sobre esta Europa. Nosotros somos europeos. Además de europeos, lo específico de Europa, para mí, naturalmente, desde siempre, es que Europa es un continente.

Se discute de la entidad de Europa. Mas Europa, desde su nacimiento, en cuanto filosofía griega, en cuanto cristianismo más tarde, después en cuanto a ciencia, es el continente por excelencia que ha discutido la identidad. Es el continente no identitario. La esencia de la Europa es discutirse, porque es el único continente que existe que ha discutido aquello que es lo dado inicial, en cuanto dado trascendente. Es el único continente que tiene una cultura donde Dios, que era en Grecia, que era después con el cristianismo, con la época moderna, las Luces, es un continente que ha discutido el fundamento mismo de nuestra relación con el ser en general, en términos filosóficos, o con Dios. Es un continente que estaba ya vocacionado para ser un continente, no solamente laico en el sentido profano y banal del término, sino un continente desertificado de esa función religiosa que aún los otros continentes preservan. Y acaso eso es la esencia de la crisis. Europa en cuanto tal. Nosotros, hoy, tenemos sobre nosotros mismos una mirada que es una mirada arcaica, una mirada que no ha discutido jamás el fundamento, el fundamento del ser, el fundamento religioso. Cualquiera. Nosotros hemos sido durante milenios, también, un continente digamos religioso, en una cierta manera, mas ya no lo somos como lo hemos sido. Ahora se levanta en el horizonte de otros continentes, de otras culturas que nos miran como si nosotros fuéramos un continente vacío. Y ese vacío nosotros lo hemos hecho a propósito, como continente crítico, como continente que ha discutido su propia identidad hasta hoy. Ésta es, probablemente, la razón última, y la raíz de la crisis propiamente europea, que no tiene comparación con ninguna otra en este momento en el planeta.

### **Pedro Moya** (moderador)

■ Muchas gracias, Eduardo Lourenço. A continuación van a intervenir los otros tres ponentes sucesivamente, y luego haré una breve reseña de lo más trascendente de sus

reflexiones, y daremos la palabra al público, por si quiere hacer cualquier comentario. Tiene la palabra Josto Maffeo, corresponsal de Il Messaggero en España.

## Josto Maffeo

Como todos los pensadores son provocadores, a mí me ha creado un problema Eduardo Lourenço, porque he entrado con una idea, y ahora me gustaría responderle sobre las cincuenta que ha metido en su intervención. Pero sólo un par de cositas, a vuelapluma. Por ejemplo, yo contesto el hecho de la idea de Europa. Yo, por ejemplo, siempre me he sentido europeo desde pequeño, porque cada uno cuenta la película según la sala cinematográfica donde la han proyectado, donde la ha visto, según el momento emotivo, histórico, según el contexto, etc. Yo nunca me he planteado el problema de ser europeo, porque me he sentido europeo siempre. Sin saber, probablemente, cuando era jovencito, qué era Europa. Pero lo percibía por algunos aspectos. Por ejemplo, cuando empecé a ver que metiendo los esquíes en Chamonix (yo vengo de Turín, la ciudad que ha motorizado España, para entendernos, el “seiscientos” y todo eso...) y los primeros años tenía que sacar siempre el carné de identidad a la Gendarmería o a los Carabinieri para cruzar esos dos metros, y luego veía que despacito, despacito, Europa relajaba esa necesidad, hasta llegar al punto en que ya no se necesitaba. O que antes el tabaco lo tenía que comprar al otro lado de contrabando porque costaba menos, y luego ya ese problema no existía.

Es decir, cuando despacio, tú ves pequeños gestos, la mayoría económicos, pero también de interrelaciones entre los dos países, que facilitan la vida de la gente, te das cuenta de que algo se está construyendo. Pero a mí no me gusta la Europa de los mercaderes. Entonces quiero retrotraerme a otra cosa. A la morriña que tengo, para utilizar un término gallego, de algunos años de la construcción europea, de los primeros que yo recuerdo. Es decir, cuando Europa no era la Unión Europea, no eran las Comunidades Europeas. Era la CECA, la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. Cuando se hablaba del Euratom, organismos que empezaban a conformar algunas cosas que comenzábamos a hacer juntos. Porque en realidad Europa, el concepto de Europa es hacer algo juntos, abandonando nuestras pequeñeces, nuestras pequeñas identidades sin perderlas, para crear una identidad común.

¿Por qué tengo morriña de eso? Porque el momento actual de la construcción europea, es decir, la vuelta dura a la Europa de los egoísmos nacionales y de los mercaderes (si queréis hablamos de OPA y lo demostramos en cinco minutos, los últimos episodios que han involucrado a muchos países europeos lo demuestran), esa Europa me gustaba mucho más. ¿Por qué nace Europa, entre otros motivos, la última fase de la construcción europea, es decir, las últimas décadas? Porque Europa estaba escaldada de haberse matado en casa, de haberse peleado, y entonces era una suerte de vacuna para crear algo supranacional que impidiese los enfrentamientos anteriores. Por tanto, ya me encanta ese tipo de idea de Europa. Me encanta recordar personajes tipo Schuman, Adenauer, Jean Monnet. Todos estos creadores que pertenecían a una categoría de dinosaurios que se han extinguido. Eran estadistas en contra de los políticos. Yo los clasifico así. Para mí un estadista es uno que piensa en el siglo que viene, en la generación que viene, mientras que el político mira a las próximas elecciones, y si son las de los ayuntamientos de la semana que viene mejor todavía.

Por eso me deja muy perplejo este tipo de construcción. Y además hoy se juega de verdad mucho con los egoísmos nacionales. Sin embargo, a pesar de esto y de las perplejidades, Europa avanza, no se ha parado. Tenemos altibajos, pero somos europeos, tenemos una identidad supranacional. Y, por cierto –voy con ideas a vuelapluma porque a mí me gusta más la discusión luego–, he observado una cosa: Lourenço antes ha utilizado la palabra mito. Yo lo he vivido en Madrid. He tenido la gran suerte, como periodista, de cubrir la Transición española, que para un periodista es algo fantástico. Es decir, pasar de una situación sociopolítica a otra totalmente diferente. Y me acuerdo que me emocioné ese día de 1986, cuando Felipe González firmaba con Andreotti, etc., y finalmente a los franceses les hemos tapado la boca, porque hay que decirlo claramente, era Francia quien se oponía a que entrara España. Era la agricultura francesa, entre otras cosas. Yo ese día me emocioné. ¿Por qué? Porque sabía que para la Península Ibérica, la Unión Europea era otra cosa. Es decir, el euroforofismo, según los eurobarómetros, lo ganan por goleada españoles e italianos, italianos y españoles. Con una diferencia, que Italia nace europea (el Tratado de Roma), se siente europea y lo da por descontado, no lo pelea. España se lo ha tenido que pelear.

Y aquí enlazo con el término que ha utilizado Lourenço. Mito. Eso del mito para mí fue muy significativo porque empezó a enfadarme hasta el punto de que escribí artículos sobre este tema. Recuerdo cuando amigos, compañeros, gente navegada, que había viajado, cada vez que salía –hablo de Madrid, evidentemente, de mi experiencia madrileña– hasta hace unos cuantos años me decían cosas tipo “me voy a Europa”. Y eso me enfadaba muchísimo, porque cuando uno dice, desde Madrid, “me voy a Europa”, está dando por supuesto que no está en Europa. Es decir, que ha habido una gran resistencia, también de los mismos forofos de Europa españoles, a reconocerse europeos. Esto me parece que lo tenemos ganado. Entonces hay que seguir peleando en ese sentido. Pero repito, cuando me refiero a la identidad, yo creo que la identidad europea la tenemos dentro. Por los mismos motivos que exponía en gran parte Lourenço, como negativos, que, sin embargo, para mí, los transformo en positivos. El hecho de que somos el continente que ha debatido, que ha tenido más conciencia de sí mismo, nos ha dado también una identidad también en los enfrentamientos y en las peleas. Eso nos ha hecho europeos. Salvo ese portaaviones de Estados Unidos que tenemos anclado ahí que se llama Gran Bretaña. Aparte de ese caso anómalo, perdonadme la provocación, es una *boutade*, evidentemente, que no se lo tomen a mal los ingleses, creo que un cierto sentimiento europeo siempre ha existido. Nos reconocemos como habitantes de esto.

Ahora, repito, a mí me preocupa el presente, por un lado la Europa de los mercaderes, y por otro los nacionalismos agudos, peleones, exacerbados, que son otra forma de nacionalismo. Yo tengo que decir que procedo de Turín, pero que me da exactamente igual ser italiano, ser francés o ser español. Me siento europeo. Y la única pelea, la única guerra que armaría yo creo que es por la gastronomía. Que no me toquen los platos que he saboreado en mi juventud. Por lo demás, creo que si seguimos así llegaremos por inercia a ser europeos. Evidentemente tendremos grandísimas dificultades, resistencias, claro que las hay. Intereses. Los tenemos todavía cruzados. ¿Por qué? Porque no tenemos un país común en lo económico. ¿Por qué? Porque tenemos los políticos, los gremios, las corporaciones. Tenemos grupos de presión y de intereses, y cada uno de nosotros en sí mismo es una persona que tiene que defender algo, que evidentemente tiene enfrentado al otro. Pero en cuanto al sentimiento, es decir, a lo que está en el fondo, al reconocimiento como seres

humanos que vivimos en una cierta latitud, que compartimos algunas experiencias y una larguísima historia común, en esto no estoy de acuerdo con Lourenço, creo que europeos lo somos ya en este mismo momento. Pero me interesa mucho las opiniones del debate posterior.

## José María Ridao

 Permítanme empezar agradeciendo a la Fundación Alternativas esta invitación. También a la vicerrectora, Marycruz Arcos, por su hospitalidad, y a Pedro Moya su muy amable presentación de mi persona. Tengo que decir que es una estima compartida ya desde hace muchos años.

Yo también quisiera empezar refiriéndome al término mito, que ha utilizado Eduardo Lourenço, pero quería referirme a él de una manera distinta. Quería referirme al término mito aplicado a Europa como una última referencia que nos evita tener debates precisos y, en este caso concreto, debates políticos. Para entendernos, si ustedes se fijan, cada vez que surge el término Europa en los últimos tiempos, surge vinculado a la necesidad de establecer políticas europeas, políticas comunes. Si hablamos de la inmigración, si hablamos de la energía, si hablamos de la política exterior, automáticamente, en cuanto surge un problema en una de estas áreas, se suele decir “es necesario una política europea”. Lo que ese mito último, lo que esa referencia última nos está escamoteando es discutir qué política en concreto. La política europea no es una política específica. Se pueden tener múltiples políticas europeas de inmigración. Se pueden tener infinitas políticas europeas energéticas. Se pueden tener diversas políticas europeas exteriores, de acción exterior. Por tanto, no podemos aceptar ese uso del término mito, esa referencia última, que lo que hace es, como digo, escamotearnos exactamente a qué nos estamos refiriendo cuando decimos, ante la llegada de los cayucos –por poner un ejemplo muy presente en la opinión española– que necesitamos una política europea de inmigración. La pregunta sería qué política europea, qué política en definitiva.

La segunda dimensión en la que se utiliza muchas veces el término Europa como un mito, es decir, como un referente último de legitimación, es una dimensión que nos hace admitir respecto de lo europeo algo que nunca admitiríamos en términos nacionales. El mismo debate que hoy estamos teniendo, hablar de identidad europea, nos parece legítimo y, sin embargo, nosotros como españoles somos extraordinariamente sensibles a esa cuestión, sería un debate que no aceptaríamos si en vez de identidad europea hablásemos de identidad euskalduna, identidad catalana, identidad andaluza, identidad castellana o cualquier otra identidad. Europa utilizada como mito lo que nos está haciendo es, una vez más, escamotear debates políticos. Tengo la impresión de que en los últimos tiempos no hay los debates políticos de altura que debiera haber, pero además hay un fenómeno que es grave. Y es que el discurso político, el debate político que se maneja a través de ese discurso, está abriendo la puerta a conceptos, si me lo permiten, polizones. A conceptos que deberían ser completamente ajenos al ámbito político. Y uno de ellos es el concepto de identidad.

Si nosotros queremos hablar de Europa en términos políticos, es decir, sin hacer una referencia a un último mito de legitimación, no tendríamos que hablar de identidad. Tendría-

mos que hablar de construcción de la ciudadanía europea, no de construcción de la identidad europea. Ya digo, para entender esta dualidad, para entender que son fenómenos distintos, nosotros como españoles podemos sentirlo claramente. Pero hay una razón digamos específica, por la cual esta contradicción se produce. Hay múltiples maneras de organizar una sociedad, pero hay una manera que es la manera identitaria, que exige definir una sociedad como una serie de rasgos establecidos, como un inventario de rasgos que deben compartir todos los individuos. Una sociedad se define identitariamente si se dice que los miembros de esa sociedad tienen el mismo color de piel, el mismo credo, la misma lengua, la misma manera de vestir, la misma forma o gastronomía que se citaba anteriormente. Una sociedad definida identitariamente es una sociedad que lo que nos exige es un inventario de cualidades que deben cumplir los individuos que forman parte de ella. Por el contrario, una sociedad definida en términos de ciudadanía es una sociedad que se define en virtud del pacto. Sencillamente, del pacto de derechos y deberes. Derechos y deberes que asumen los individuos como propios en la medida en que esa sociedad, a través de mecanismos democráticos –y eso ocurre, por fortuna, en el ámbito europeo– les da la capacidad de discutir esas normas que establecen derechos y deberes. Ésa es la manera de definir, de manera ciudadana, una sociedad.

Pues bien, cada vez que hablamos de un identidad europea, cada vez que sustituimos por ese concepto conceptos que deberían estar presentes en el debate político, como es el de ciudadanía, lo que estamos haciendo es, en el fondo, tomar posición ante una crisis, y aquí enlace una vez más con lo de Eduardo Lourenço, una crisis que no es una crisis más en Europa. Estamos demasiado habituados a oír que Europa, la construcción europea, el proyecto europeo, ha funcionado y ha avanzado a partir de crisis. Cada vez que se produce una crisis hay una respuesta, que es lo que hace avanzar el proyecto europeo. Ésas son las crisis que podríamos denominar de naturaleza burocrática. Con lo que tiene de positivo y lo que tiene de negativo la burocracia. La burocracia europea tiene un elemento positivo, que es, en la medida en que existe una burocracia europea, que hay un marco político que puede ser gestionado burocráticamente. Por tanto, tiene un aspecto positivo. También tiene el aspecto negativo que tiene toda burocracia, que es que efectivamente oculta decisiones de calado, oculta decisiones sobre el marco político, oculta, en definitiva, decisiones políticas.

Pues bien, la crisis a la que se enfrenta Europa en estos momentos no es una crisis como las anteriores. No es una crisis de naturaleza burocrática, una crisis que se pueda resolver dentro del marco político establecido, sino que es una crisis que exige una respuesta política, porque es el marco político lo que está en juego. Porque es, en definitiva, la posición ideológica que Europa tiene que tomar frente a algunos de los desafíos fundamentales de los últimos años. Para no extenderme en exceso, solamente les señalaré algunos de estos desafíos. Cuando se habla de 1989, de esa fecha decisiva en la historia europea, de la caída del muro de Berlín, de todo lo que viene posteriormente, de la desaparición del bloque soviético, de los países del Este, los regímenes de los países del Este, se suele insistir mucho en este aspecto. 1989 y sus alrededores representa, sobre todo, el fin del experimento del socialismo real. De lo que no se suele hablar, de lo que no se suele, en fin, hacer reflexión, es sobre lo que ocurre en el otro lado. 1989 no se limita únicamente a ser la fecha del colapso soviético. Es, además, la fecha, o sus alrededores, en la que lo que entonces se llama el bloque capitalista sufre transformaciones decisivas. Es alrededor de 1989, un poco antes, y continúa un poco después, cuando se produce el abandono de un paradigma económico, de un modelo económico

de gestión de la economía de mercado, que es el modelo keynesiano. El modelo keynesiano es un modelo que, en resumidas cuentas y a los efectos de la construcción europea, lo que tiene de valioso es que viene a decir que la intervención de las instituciones en la economía genera un modelo nuevo de ciudadanía. Un modelo de ciudadanía que no es exclusivamente un pacto de derechos y deberes abstractos, sino que es una ciudadanía que tiene retribución concreta, en forma de sanidad universal, educación universal y obligatoria hasta determinada edad, infraestructuras, servicios, prestaciones de desempleo, enfermedad. En definitiva, Estado del Bienestar. Ese modelo, que es el modelo del keynesianismo, es un modelo que en los alrededores de 1989 es sustituido por un modelo que reclama para sí mismo la etiqueta de neoliberal, pero que creo que haríamos mejor calificándolo de conservador. Porque, si algo caracteriza al modelo neoliberal, y podemos debatirlo después, es justamente su negación del liberalismo. No es un movimiento liberal, es justamente un movimiento que niega el liberalismo. Es un movimiento conservador y muchas veces ultraconservador. Ese modelo, lo que viene a decir frente al keynesianismo, es que las sociedades que sean capaces de dejar al mercado, al libre mercado un funcionamiento absoluto de los recursos, generarán tal abundancia en la sociedad que hacen irrelevante el debate y la preocupación por la igualdad. No tiene sentido que haya instituciones que garanticen la igualdad, puesto que el mercado dejado a su libre funcionamiento asignará adecuadamente los recursos y generará una abundancia que llegará, por ósmosis, podemos decir, a todos los individuos de una sociedad.

Esto que ocurre en 1989, que no es sólo la caída del bloque soviético, por tanto, sino que es además el cambio de visión en la gestión de la economía de mercado, tiene una incidencia decisiva en la construcción europea. Porque la construcción europea, tal y como se concibe a partir del Tratado de Roma en adelante, es una construcción, es un proceso que tiene como fundamento el modelo keynesiano. Cuando Monnet dice “si nosotros construimos unas instituciones europeas que asuman las funciones que se van asignando nacionalmente hasta entonces” (pensemos en la sanidad o la educación, políticas que todavía no existen comunes, pero en el modelo general si estas instituciones europeas asumen esas funciones que hasta ahora venía ofreciendo el Estado-nación) “lo que generaremos será una ciudadanía europea de contenido keynesiano”, es decir, una ciudadanía que no es sólo un pacto de derechos y deberes, sino con un contenido real. Una ciudadanía no abstracta, sino de retribución al ciudadano, por su lealtad de múltiples tipos a las instituciones. Cuando el proyecto europeo está en plena construcción, es decir, cuando los Estados-Nación que configuran Europa están transfiriendo competencias a esas instituciones de corte keynesiano en Bruselas, es en ese momento cuando llega 1989 y el modelo cambia radicalmente de sentido. La pregunta decisiva en esos momentos es por qué deben los Estados-Nación seguir transfiriendo competencias a unas instituciones comunes, a unas instituciones europeas, si el papel de las instituciones, de acuerdo con el nuevo modelo no keynesiano, es adelgazar, abstenerse, no intervenir, dejar que el libre mercado funcione sin ninguna cortapisa. Por tanto, cuando hablamos de identidad y no hablamos de ciudadanía, estamos tomando posición implícita sobre ese debate, sobre ese proceso que se abre en torno a 1989.

Al retirarse las instituciones, al retirarse este debate político de la esfera pública, aparece en Europa y fuera de Europa un nuevo debate, que es el debate de la identidad. No es casualidad que cuando dejamos de discutir sobre instituciones europeas, y empezamos a hablar de una ciudadanía en ese nuevo contexto al margen, por así decir, de la

idea de ciudadanía en términos keynesianos, se empiecen a preguntar algunos líderes europeos cuál es la esencia de Europa. Si Europa es cristiana, si Europa es blanca, si el pasado nos une, si la herencia grecolatina es determinante, si eso debe estar en el texto constitucional o no. Estamos ante un debate identitario. Un debate que nos lleva a enfocar y abordar cuestiones decisivas de esta Europa en crisis, de una crisis, ya digo política, no burocrática, nos lleva a enfrentar los desafíos de este proyecto europeo en términos no ciudadanos, sino en términos identitarios.

Cuando hablamos de la ampliación de Europa hacia el Este hablamos justamente de eso, de la ampliación de Europa hacia el Este. Perdemos de vista que hasta 1945 eso que hoy llamamos Europa del Este era en realidad Europa Central. Era la Europa, parte de Europa esencial, la Europa de Kafka, o la Europa de tantos autores, de tantos pensadores, de tantos políticos decisivos en la formación de este proyecto europeo, de esta concertación europea. Una Europa que además de llamarla del Este tiene una experiencia reciente que la distancia del proyecto europeo según lo concibe Monnet.

Y es que esta Europa Central que empieza a llamarse Europa del Este desde 1945 ha vivido la experiencia de una hipertrofia del espacio público, de una hipertrofia del Estado. De tal manera que esta Europa Central, luego Europa del Este, es una Europa que desconfía del Estado, sin hacer distinción entre las políticas del Estado y las instituciones del Estado. Si sumamos el cambio de modelo económico en la Europa Occidental en torno a 1989, que abandona el modelo keynesiano, con la desconfianza de los nuevos miembros europeos hacia las instituciones en general, obtenemos una vez más esta idea de que efectivamente el debate europeo debe ser un debate sobre la identidad y no un debate sobre la ciudadanía. Esta deriva del debate político, estrictamente político, que es un debate ciudadano y no un debate identitario, y nos afectará también como europeos a la hora de abordar otra ampliación, otra posible ampliación, como es la ampliación hacia Turquía.

Se puede mantener una posición u otra respecto de la incorporación de Turquía. Incluso hay razones políticas que no se deben dejar de lado, como es el hecho de que Europa, el proyecto europeo, o Europa como entidad política, ha prometido a Turquía el ingreso. Y no aceptar en estos momentos el ingreso de Turquía supone generar inestabilidad en esa zona del mundo. Ya digo que eso son razones políticas que están presentes, pero lo que interesa esta tarde a efectos de esta discusión sobre identidad o ciudadanía europea es ver que cuando se plantea el ingreso de Turquía no se suele hablar en términos políticos, en términos de estabilidad, en términos de compromiso, de palabra dada en proyecto europeo con Turquía, sino que se suele hablar en unos términos que traicionan el propio proyecto europeo. Ustedes habrán oído, con mucha frecuencia, la pregunta de qué ocurrirá con Europa cuando entren en ella 70 millones de musulmanes. Es una pregunta estrictamente identitaria, porque la pregunta ciudadana, la pregunta que nos hace europeos y que hace de Europa el proyecto que queremos sería qué ocurriría con Europa cuando entren 70 millones de turcos, no cuando entren 70 millones de musulmanes.

Europa, quiero decir, la Europa que estamos construyendo, que había decidido que la religión formaba parte de la esfera privada, que había decidido que las instituciones y la igualdad ante la ley es lo que nos permitía ser múltiples, ser individuos, ser libres en defi-

nitiva, es una Europa que, a raíz de la deriva del debate ciudadano hacia el debate identitario, se plantea el ingreso de Turquía en unos términos que contradicen el propio proyecto europeo, en unos términos, si ustedes me lo permiten, casi integristas. Casi integristas hasta el punto de que lo equivalente en el ingreso de España en el año 1986 hubiera sido que alguien en Francia, que alguien en Italia se hubiera preguntado qué va a ser de Europa cuando entren 40 millones de católicos. Como españoles, nos hubiéramos sentido profundamente ofendidos. Hubiéramos sentido que no era ése el proyecto al que queríamos incorporarnos. Cambiar Catolicismo por Islam no altera en absoluto el problema, sino que lo que nos demuestra es que tenemos que prestar atención a no remitirnos a Europa como mito, a hacer un esfuerzo permanente de que el debate sea político, y recordar que el debate político es un debate sobre la ciudadanía y sus contenidos, y no un debate sobre la identidad y sus componentes raciales, religiosos o de otra naturaleza.

Para terminar sólo quería poner una cuestión encima de la mesa, por si hubiera ocasión a lo largo del debate de tratarla. Y es que es en este contexto de deriva, de definición identitaria de Europa, y no de ciudadanía europea, donde se produce el fracaso de la Constitución. Se produce el no de Francia, el no de Países Bajos, y de algún modo la parálisis a esta crisis política a la que se enfrenta la Unión Europea.

Quería dejar sólo para el debate dos ideas apuntadas. Una es que hasta ahora, sistemáticamente, se suele remitir y explicar el fracaso de la Constitución Europea en términos ajenos a la propia Constitución Europea. Se suele decir “esto es debido al miedo a la ampliación del fontanero polaco, esto es debido a que los ciudadanos franceses tienen miedo de modelos económicos que vienen de Estados Unidos y que se recogen, según se dice o dicen algunos, en alguna parte de la Constitución”. Es decir, siempre se explica por razones ajenas a la Constitución. Yo creo que tenemos que mirar también las razones que afectan al propio texto que fue sometido a referéndum. Un texto que es, si me lo permiten, un auténtico monstruo jurídico. Es un texto que une unos capítulos, una parte que declara vocación constitucional, es decir, de legislación al más alto nivel del ordenamiento jurídico, con una parte que es una parte de tratado intergubernamental para gestionar una Europa en lo que tiene Europa de proyecto aún intergubernamental, y una parte final que es una especie de compendio de reglamentos europeos.

Para entender esta idea de monstruo jurídico tendríamos que creer que el equivalente de lo que se ha presentado a referéndum como Constitución Europea en términos nacionales sería el que en 1978 nos hubieran presentado a los españoles un texto constitucional que tuviera en un solo volumen, en una sola Constitución, lo que hoy es la Constitución Española más los tratados, estatutos de autonomía, más las leyes orgánicas, más las leyes ordinarias, hasta llegar a las órdenes ministeriales. El sistema jurídico de la tradición europea es un sistema distinto que hace una distinción muy clara entre lo que es el Tratado Constitucional, lo que es la norma máxima, lo que son las normas de desarrollo hasta llegar, digamos por jerarquía jurídica, hasta las más bajas. Ésta es la primera cuestión sobre la Constitución Europea, esta Constitución que surge en el seno de una crisis identitaria. Y la segunda cuestión que dejaría también para el debate es cómo se puede salir de esta parálisis. Cómo se puede dar una respuesta a la crisis que no ha generado, pero que ha multiplicado, el no a la Constitución Europea.

## Román Orozco

“ Muchas gracias por la invitación a la Fundación Alternativas, al moderador y a la vicerrectora. El otro día hablaba yo con Emilio Lledó, que es un conocido filósofo sevillano, como todos ustedes saben, muy respetado, sobre la diferencia que había entre su trabajo y el mío. Y yo le decía que él pensaba y que yo miraba, y que veía cosas. Él me dice que no, que eso también es una manera de pensar, pero en fin, lo dejé ahí porque yo no soy filósofo y no podría haber seguido esa discusión con Lledó. Otro filósofo hoy me ha dado el pie para iniciar lo que es mi visión de este tema que nos convoca aquí de la identidad europea, “unidad en la diversidad”, que es Eduardo Lourenço cuando ha hablado de que Europa existe por la mirada del otro. Y es justamente en el otro en el que yo quiero fijarme y al que quiero mirar. Ese otro son los inmigrantes que están llegando a la vieja o la nueva Europa, no se sabe si es vieja o nueva. En estos momentos en el mundo hay 200 millones de personas que han tenido que salir de sus países, dice Ridaó, acertadamente, que han sido forzados por sus propios países a irse, porque en sus países se morían de hambre, y han ido buscando un sitio donde vivir mejor. De esos 200 millones de inmigrantes, dos terceras partes han ido a países desarrollados. Fundamentalmente a Estados Unidos, como es lógico, y Europa. En España, concretamente, tenemos cuatro millones de inmigrantes en estos momentos, casi el 10% de la población.

Esta mañana había una información en todos los periódicos que ayer ofreció Miguel Sebastián, diciendo que el saldo de la presencia de esos cuatro millones de inmigrantes en España es favorable a los propios inmigrantes, en el sentido de que aportan mucho más de lo que están gastando. Él cifraba en 23.000 millones de euros lo que están aportando esos inmigrantes al Producto Interior Bruto, y están gastando solamente 18.000 millones. Nadie se lo ha creído, o muy poca gente se lo ha creído. Esta misma mañana, en la cadena SER, en un tramo en el que los oyentes llaman, ha habido cuatro llamadas, curiosamente me he quedado con ese dato, no sé bien por qué. Dos de Cataluña, una del País Vasco, que son las zonas más desarrolladas de España, y una tercera de Galicia. Ninguno de los que han llamado a la emisora estaban de acuerdo con la presencia de los inmigrantes aquí, y todos decían más o menos que los inmigrantes están consumiendo más de lo que aportan. Las cifras parecen demostrar lo contrario. Sin embargo, nadie se lo cree. Y me pregunto por qué. Es decir, por qué la gente no cree a un funcionario, alto funcionario del Gobierno que está ofreciendo unas cifras que deben estar ahí, que por los expertos estadísticos podrían ser financiaciones comprobables. Pues no se lo creen porque no nos lo queremos creer. No queremos a los inmigrantes, no queremos ver el lado bueno de los inmigrantes, de los nuevos europeos que están llegando a nuestros respectivos países.

Una de las cosas primeras que se encuentran los inmigrantes es justamente el rechazo que sienten hacia su presencia aquí. El rechazo, muchas veces, que raya en la xenofobia y en el racismo. Cuando unos inmigrantes se enteran, por ejemplo, de la última encuesta, del último pulsómetro de la Cadena SER de septiembre, en la que el 45% de los españoles, casi la mitad, consideran que la presencia de los inmigrantes, la aportación de los inmigrantes es negativa, la depresión que le debe entrar a esa gente que está trabajando aquí y creando la nueva Europa debe ser enorme. Cuando se habla de los inmigrantes cometemos el error, muchas veces, de no precisar bien las palabras. Hablamos del problema de la inmigración. El problema de los inmigrantes. Los problemas que nos causan los inmigrantes. Creo que ése es un error que esconde una ideología bastante condenable, en el sentido

de que los problemas no los tienen los españoles que reciben a los inmigrantes, los problemas los tienen los que se han visto forzados a emigrar. Esos son los que están llegando. En ese sentido, creo que es bastante rechazable la identificación que se está haciendo de esa fuerza de trabajo, por otra parte bastante más barata que la local, de los que están llegando a construir la nueva Europa.

En principio, una de las cuestiones que nos planteamos los periodistas, precisamente para rectificar ese lenguaje, fue no hablar de los problemas de los inmigrantes, sino del problema, de los problemas que tienen los inmigrantes, no del problema que ellos plantean. Pocas veces nos paramos a reflexionar si a esa gente los vemos algo más que como a números en la estadística del Producto Interior Bruto. Si esas personas que han llegado a hacer la nueva Europa son algo más que fría mano de obra que va a aceptar los puestos de trabajo que los españoles, en este caso, ya no quieren. La primera pregunta que habría que hacerse es por qué han venido aquí. No han venido aquí, como sostiene alguna gente, en busca de un Estado de bienestar. Por supuesto que quieren estar mejor, pero vienen aquí porque se encuentran absolutamente desesperados en sus países de origen. Y nosotros probablemente somos los responsables, o parte de esa responsabilidad, le corresponde a esta vieja Europa de que esos países estén en la situación en que se encuentran.

Por dar algunos datos, paseando por esta misma calle de San Fernando, si hay, calculo, no sé, 30, 40 casas, es posible que en esta calle vivan unas 500 personas. Bien, en los últimos días hemos sabido que 500 personas tienen el mismo capital, poseen la misma riqueza, que 400 millones de personas en el mundo. Es decir, casi la misma población que tiene la Unión Europea quitándole algún país como por ejemplo en Alemania, porque la Unión Europea, en estos momentos, está por encima de los 460. Por lo tanto, la gente que vive en la calle San Fernando es tan rica como toda Europa, prácticamente. La renta per cápita en España en estos momentos es de 23.000 euros. En Mali, que es uno de los países que están aportando inmigración a España, es de 900, es decir, 23 veces menor. La media de vida de los africanos, y concretamente de Mali, es de 44 años de vida. Es casi la mitad de la de los españoles, que está en 80. En ese sentido creo que es comprensible que la gente quiera huir de esa miseria que nosotros les hemos ayudado a provocar. Entre otras cosas, ya que está por aquí Obiang, sosteniendo a dictadores que han estado y que han esquilado a esos países, de acuerdo siempre con las grandes multinacionales que han estado trabajando en esos mismos territorios.

Otro tema que me interesa destacar, y anoto algunos datos para que luego se pueda debatir, es el fenómeno tan espectacular que se está produciendo en Europa, donde está habiendo un corrimiento de gentes desde el Este hacia el Oeste de una manera imparable, pero también desde el Oeste. Porque de América Latina nos están llegando muchísimos inmigrantes. Se está dando la paradoja de que las grandes multinacionales están abandonando los países más desarrollados de Europa para irse hacia los países del Este, de la vieja, de la antigua Europa Oriental, como decía Ridaó, y los inmigrantes que estamos recibiendo de los países del Este están dejando esos trabajos nuevos que les están ofertando las empresas que están deslocalizando sus producciones. Y se está dando la paradoja de que tienen que ser todavía más del Este en este caso, el otro día leeríais una información algunos en el diario El País, de cómo miles, docenas de miles de chinas han tenido que ir a Rumania a coser, a hacer trabajos de confección en la industria textil, porque los rumanos se han venido a España, entre otros sitios.

Rusia, que teóricamente casi nadie pensaría que es un país receptor de inmigrantes, es el segundo país receptor de inmigrantes más grande del mundo. Tiene una frontera de 60.000 kilómetros y por ella han cruzado, desde ese año 1989 en la caída del muro de Berlín, más de 20 millones de personas. En fin, la cantidad de datos y de hechos sorprendentes que podría contar sobre este tema son bastante grandes. El otro día Ridao y yo estábamos en Uruguay y un periodista ecuatoriano, narrando esta misma movilidad asombrosa de la clase trabajadora más desfavorecida de un país a otro donde cree que va a vivir mejor, contaba que los peruanos del norte del Perú emigran al sur de Ecuador –como saben ustedes es frontera– porque allí les pagan un poquito más. ¿Por qué? Porque aquellos campos, nos contaba, se habían quedado despoblados, porque los ecuatorianos, entre otras cosas, se han venido a España. Es decir, en ese sentido estamos asistiendo a un reajuste de la economía y del mercado laboral internacional que está perjudicando muy seriamente a esa gente que se está movilizándose. Entre otras cosas, porque los países a los que quieren entrar, en este caso Europa, están construyendo, están realizando todo tipo de maniobras para impedir la entrada de inmigrantes. Como si esto fuera una fortaleza a la que no tuvieran derecho a ingresar.

En ese sentido, leeríais que han empezado, empezaron este verano a desplegarse barcos y aviones por la costa africana, por Senegal. Primero habían doblado la valla de Ceuta y Melilla, se está pagando a gobiernos africanos para repatriar, aunque Ridao (y lo tengo que citar varias veces porque él sí es más pensador que yo) dice que no hay que hablar de repatriación, sino de deportación, que es mucho más exacto. Estamos contratando satélites para que vigilen los movimientos de los barcos en África. Estamos reforzando el SIVE, que sabéis que es el sistema integrado de vigilancia exterior.

En definitiva, creo que estamos imitando las malas maneras de Bush, que como saben también ha destinado 6.000 personas a reforzar la vigilancia en la frontera, los 3.000 kilómetros de frontera con México. Ya había 12.000 policías custodiando esas fronteras, ya había centenares de kilómetros vallados, pero eso era insuficiente. Esas vallas, en Estados Unidos y aquí, llevan décadas puestas. Es decir, no es la primera vez. Antes no eran tan físicas, sobre todo en Europa, pero sí eran de otro tipo. Cualquiera no podía ingresar en estos países. Pero las estamos duplicando, y queremos que esos inmigrantes, y ésta es la otra paradoja, estén aquí pero que no los veamos. Y ése es un milagro que todavía no ha podido hacerse. Porque lo que pretendemos es que los inmigrantes estén de 9 de la mañana, o de 6 de la mañana, hasta las 6 de la tarde en el campo, y luego que desaparezcan. Esto se puede observar perfectamente, por los que conozcan la zona, en El Ejido. Se quiere tener al inmigrante en el tajo, pero luego no se le quiere ver pasear por el centro de la ciudad. Es el cinismo que está presidiendo en los gobiernos europeos todo el tema relacionado con la inmigración, y ahí incluyo también al Gobierno actual socialista español, sobre todo después de la llegada masiva de los cayucos a Canarias este verano, aunque ellos saben perfectamente que ése no es el punto fundamental de inmigrantes, pero sí es el que más daño le podía hacer ante la opinión pública, es enorme. Esta mañana escuchaba una noticia que me viene un poco a trasmano, de que se ha desmantelado por un lado una plantación que había en la Comunidad de Valencia, donde estaban explotando a búlgaros que ni siquiera cobraban. No es que cobraran poco, es que no cobraban nada. Simplemente les daban de comer. Esto es la esclavitud pura y dura. Y la otra noticia es que se había desarticulado también una banda de prostitución mandada por rumanos en Barcelona. Yo decía que la paradoja que se está dando ahora es que se oyen comentarios de gente de

derechas que decía que dónde vamos a ir a parar con tantas prostitutas extranjeras que hay en España.

Hay un gran cinismo en la clase empresarial, porque no quieren ver a los trabajadores en sus calles, pero sí los quieren ver, como decía, en sus fincas trabajando a bajo precio. Hay cinismo en los países más desarrollados, como por ejemplo Gran Bretaña o Francia, que están exigiendo que sus inmigrantes sean titulados universitarios. En esa cita que tuvimos el otro día en Montevideo había un uruguayo que contó cómo Canadá está ofertando a los uruguayos que quieran ir a Canadá que, en fin, los reciben con los brazos abiertos si reúnen dos condiciones. Primero, que sepan hablar inglés, y segundo, que tengan un título universitario. Todo eso para cobrar el salario mínimo. Es decir, como decía también un nigeriano este verano en la televisión: “primero vinieron y nos robaron las materias primas, ahora nos roban la materia gris”, con lo cual el negocio que está haciendo esta pobre gente es absolutamente ruinoso.

Pero en fin, sigo, y voy a terminar con otro caso que es lo más de lo más en cuanto al cinismo que hay en todo este asunto de la inmigración. Muy cerca de aquí, en Huelva, se prefiere traer a polacas y rumanas desde miles de kilómetros en autobús y se desprecia a personas del norte de África, marroquíes concretamente, que tardan menos de media hora en cruzar el estrecho. No se les quiere por puro racismo. Cuando digo esto los de Huelva se enfadan. Si hay alguien aquí lo lamento, pero es así. Se preguntan también que estos inmigrantes nos perjudican porque están trabajando en la economía sumergida. Y yo me pregunto en qué están trabajando los joyeros cordobeses. No todos, pero muchos. Todo el mundo sabe, los primeros la propia Hacienda, que llevan muchos años trabajando en la economía sumergida.

Digo que hay cinismo cuando se dice que están pagando impuestos, pero les negamos el derecho al voto. Porque nos da miedo, no vaya ser que los inmigrantes voten a alguien que no nos guste. Y si les negamos el derecho al voto, no les quiero decir el derecho a ser ellos elegidos, porque ya tendrían derecho, son cuatro millones en España. Pero espero que haya algún partido que sea el primero que empiece a incluir a esos inmigrantes en sus listas. Por último, además, les exigimos que cambien su identidad, que cambien sus signos culturales, que abandonen su religión, sus creencias, tengan religión o no la tengan. A mí me da igual. Y esto podríamos discutirlo con Ridaou. Pero el Estado está pidiendo que acepten nuestra manera de vivir, pura y simplemente. Creo que ésta no es la nueva Europa que se querría, o que yo querría que se construyera. Que fuera una Europa unida pero diversa.

### **Pedro Moya** (moderador)

■ Los cuatro ponentes, cada uno yo creo que ha introducido un tema, o temas suficientemente heterogéneos y amplios y diversos en un debate sobre la identidad y la diversidad como para suscitar, sin duda, comentarios por parte de ustedes, y por parte quizá de los propios ponentes entre sí mismos. En algunos casos se han aludido incluso unos a otros. No sé si alguno de los ponentes quiere hacer un comentario de algunas de las reflexiones que se han hecho.

## Eduardo Lourenço

“ He escuchado con mucha atención las intervenciones de mis colegas. Y particularmente la suya, José María Ridao. Y puedo decirle que en mis consideraciones no hay una fijación, una obsesión identitaria. He comenzado por decir que una característica cultural se puede transformar en una final de cualquier identificación específica. Europa, de muy lejos, tiene un tipo de comportamiento y de actitud que no va en el sentido de promoción o de consideración de esencias. Si ponemos aparte, naturalmente, la gran tradición platónica, que hace ver que toda realidad, antes de ser lo que se nos aparece a nosotros, existe en cualquier parte, como en una especie de mundo ideal de formas. Mi propósito no es nada identitario, no solamente, porque... ¿qué es la identidad? La identidad es, pues, lo obvio, que es lo mínimo que se es. Sólo el hombre verdaderamente tiene identidad, porque puede no tenerla, o puede perderla, o puede vivir con relación a sí mismo con variaciones de su consideración de lo que es y de lo que no es. Más, menos, siempre variando. Una entidad es algo pleonástico, es una repetición de sí mismo.

Lo curioso es cuando se ha introducido este concepto para determinar la realidad más indiscutible de lo que es un individuo, las señas de identidad. Cuando se ha descubierto, no hace mucho, 200 ó 400 años, las señas de identidad, no fue para fijar lo que es ahora mismo inamovible. Es, significaba, lo que es único. Lo idéntico es único, las señas de identidad designan aquí lo que en nosotros es permanente, es perenne. Mas ésa no es la identidad en el sentido filosófico de lo eterno, que se aplica al hombre mismo. El hombre es proyecto, o es historia, como decía Ortega y Gasset. Poco importa. Mas es algo que no es identitario por definición, es algo que está siempre reinventando su propia identidad. Así que no tiene identidad.

Europa, digo, como trasfondo en términos de metáfora; nosotros somos europeos porque hemos nacido aquí en un espacio particular que llamamos Europa, estas naciones son europeas hace mucho tiempo, así cada uno de nosotros es europeo. Es una especie de seña de identidad exterior. No dice nada de lo que somos verdaderamente. Ser europeo no es un valor, no es más que ser africano o chino o lo que fuere. Así que no hay ninguna preocupación de defensa identitaria de una idea de Europa, de que Europa tiene una esencia específica que la distingue de todos los continentes. Aunque yo pienso que hay una manera de ser Europa, en el orden de la cultura, en el orden del pensamiento, en el orden de la acción, en el orden de lo político, y pensamos que tiene algo que ver con el hecho de esas tradiciones que han constituido Europa a lo largo de los siglos. Por eso pensamos que somos europeos. Mas eso no nos da derecho a pensar que somos el centro del mundo, y el modelo y el paradigma de la Humanidad.

Sin embargo, Europa se ha vivido, durante siglos, como el continente ejemplar. No solamente con relación a sí misma, sino con relación a los otros continentes. Por eso Europa se ha convertido, primero, en el primer continente verdaderamente colonizador del planeta. Así que en cierto momento el término Europa no significa simplemente esta Europa, que va desde el Tajo a los Urales, sino una Europa que está dispersa por el mundo entero. Los portugueses del siglo XVI estaban en el océano Índico. ¿Portugal era en el Océano Índico, o era en Lisboa? Era en los dos sitios. No estaban allí como europeos, estaban allí como emigrantes de otro tipo. Una emigración conquistadora, colonizadora.

Eso ha terminado, definitivamente, para Europa. Por primera vez Europa está en su sitio. Está en su sitio, y ahora lo que es nuevo, además de todos los problemas que conoce Europa de sentido interno en su propia construcción, es que Europa está confrontada, que es acaso el problema más importante para la Europa en su conjunto, para los europeos en cuanto tal, en cuanto a individuos, en este momento, es este problema de una especie de migración universal. Una especie de nomadismo universal, que es, en la historia del pasado europeo, como el tiempo de las grandes invasiones, que llamaban bárbaras. Sólo que ahora no se puede considerar que los antiguos colonizados que vuelven y que vienen para el país que los colonizó sean propiamente bárbaros. Porque en el estadio de nuestra conciencia social, moral, ética, filosófica, etc., eso ha cambiado. Así que es el problema más terrible desde el punto de vista práctico, pragmático y ético que hay que resolver. Esta denuncia del cinismo europeo es sobre un cinismo europeo que no ha nacido hoy, naturalmente. Es simplemente que estamos confrontados con una situación que debemos resolver mediante un cambio, no solamente de Europa, sino del mundo entero, y prácticamente de los países más ricos del planeta.

Y así lo que tenemos no es una invasión militar, no es un enemigo caracterizado. Es un no enemigo, es un hermano que quiere venir aquí a un sitio que ellos consideran como una especie de El Dorado. Así que en esta Europa, que tiene tantos problemas, realmente nosotros, los europeos, no tenemos derecho a tener la mayor parte de los problemas que decimos tener. Porque es un continente privilegiado. Tenemos los medios de comunicación, tenemos la palabra. Ellos no tienen más que sus manos, su capacidad de trabajo, y Europa no es capaz de aceptarlos en su totalidad porque piensa que son mercancía. Así que esto, probablemente, es el problema real al lado de todos los problemas, que también son reales, pero que tienen menos importancia. Europa debe hacer una especie de revolución interna, ella misma, para poder conciliar esta especie de misión histórica que se ha dado como continente civilizador, progresista y todo eso, y después tiene un problema real aquí, delante de los ojos, y no es capaz de resolverlo.

Mas no creo que ninguno, a título individual, sea juez de esta especie de tragedia. Pues es una tragedia. Es una tragedia real, y solamente denunciándola cumplimos nuestro deber, que no es poco. Pero la solución pertenece a los europeos en su conjunto, y además de a los europeos, a todos los grandes países del mundo que son más ricos y más poderosos y que pueden contribuir a esa solución, que está muy lejos de poder ser rápida y eficaz.

### Josto Maffeo

« Una puntualización breve porque me parece que está emergiendo otro tema. Aquí se ha hablado mucho de identidad y de ciudadanía. En todas las intervenciones hemos visto, por ejemplo, que la historia nos ha enseñado que las identidades son superpuestas. Se utiliza la identidad cómoda en ese momento. Por ejemplo, cuando el comerciante o el productor de un determinado producto de un país europeo ve la amenaza china se siente europeo. Cuando el agricultor francés ve la amenaza de la agricultura española se siente francés y no europeo, pero cuando son los cítricos de Marruecos se siente europeo. A veces utilizamos las identidades, en el sentido práctico.

A mí me parece que tenemos que apuntar hacia otra cosa, la ciudadanía. Porque la ciudadanía tiene una amplitud enorme, y el desarrollo creo que lo tenemos que buscar ahí. Porque la identidad, además, la utilizamos como escudo. Estoy pensando en la inmigración. Nos sentimos europeos para rechazar a los que nos molestan. No queremos reconocer que las cifras dicen todo lo contrario, que no sólo no molestan, sino que traen hasta beneficios. Pero que no estorben, que no se les vea. Mientras que ciudadanía abre el abanico a la posibilidad de insertar dentro de este concepto también a los que vienen desde fuera. Lo que pasa es que tiene razón Ridaó, al hablar de ese pastiche que es la Constitución Europea, que por cierto, la gente ha votado sin leerla, la inmensa mayoría, o por lo menos esa poca parte de la ciudadanía europea que la ha votado, porque los porcentajes de asistencia a las urnas han sido bajos. Entonces a mí me parece que Europa ha fracasado, ante todo lo han reconocido muchísimos políticos, en lanzar sus mensajes, en comunicar. Es constantemente tener pendiente a la ciudadanía europea de lo que es esa ciudadanía que queremos construir. Y luego, claro que por el camino tendríamos que perder un pelín de identidad a favor de ese concepto de ciudadanía, que es mucho más amplio, mucho más profundo y mucho más interesante y constructivo.

## Antonia Ruiz

“ Vengo de la Universidad Pablo Olavide. Pertenezco también a una red europea de excelencia, y llevo varios años trabajando en temas de identidad europea, desde un punto diferente al que se ha tratado aquí. Entonces quería añadir pequeños comentarios a las diferentes intervenciones, que me han parecido todas muy interesantes y he aprendido algo también de ellas. Las dos primeras cosas que quería decir, en realidad, las ha apuntado ya Josto Maffeo, y tenían que ver sobre lo que decía el profesor Lourenço acerca de si tenemos una visión exterior sobre nosotros mismos. Lo que conocemos por los datos que existen es que sí la tenemos, y que aparece justamente cuando tenemos experiencia en otros Estados miembros, o bien fuera de la propia Europa. Es decir, no siempre con ese sentido contrapuesto de exclusión, de lo que es ajeno, sino refuerzo. O sea, cuando uno sale fuera de su propio país, por un lado, refuerza su propia identidad nacional, pero por otro lado se da cuenta de qué cosas en común tienen los europeos. Quizás con esa dificultad para expresar en términos concretos qué es exactamente lo que tenemos en común, pero sí nos damos cuenta de eso cuando vemos lo que es diferente frente a otros. Y ha surgido el discurso de la inclusión. Me pregunto si Europa puede ser infinitamente inclusiva.

Por ejemplo, la religión no aparece en las encuestas cuando se hacen preguntas sobre la identidad europea, porque las personas que estudian sobre la identidad europea, los propios políticos, sobre todo los de cierta orientación ideológica, huyen de la religión. Porque decir que la religión está en el fundamento, o es uno de los fundamentos de la identidad europea, significa excluir. Entonces, la pregunta para el debate quizás sería, al fin y al cabo, si Europa se basa solamente en valores de tipo democrático, de este tipo de valores; los canadienses, por ejemplo, me han contado su experiencia, que probablemente son más europeos que algunos ciudadanos de algunos países del continente europeo. Ésa es una cuestión que convendría aclarar. En España en los años setenta, cuando se le preguntaba en las encuestas del CIS a los españoles por qué razón España debería entrar en el mercado común, un 20% contestaba que porque éramos europeos. Es decir, que sin poder concretar

exactamente qué es ese sentimiento, había una parte de españoles que, como éramos Europa, considerábamos que debíamos estar en el mercado europeo. El resto de porcentaje se repartía entre los que esperaban bien beneficios económicos, o bien beneficios políticos, obviamente, pero un porcentaje de un 20% que tenía ese sentimiento de “pertenecemos a Europa, al continente, a la cultura, y por lo tanto queremos pertenecer también a esta unidad político-económica”, parece que es interesante.

No estoy de acuerdo con la división que al final se ha creado sobre identidad *versus* ciudadanía. Existe identidad cívica, también. Es decir, aquí se ha equiparado identidad con una identidad de tipo étnico y excluyente, pero hay naciones que tienen una fuerte identidad nacional, y es una fuerte identidad que se basa en razones cívicas, que quizás es lo que se equipara muchas veces con ciudadanía, pero no son exactamente lo mismo. Uno se siente de un país y en su identidad eso conlleva una serie de derechos y obligaciones de tipo cívico. Acudir a votar o pagar los impuestos correspondientes, no evadir impuestos, etc., lo que sea. Pero sí es verdad, sí estoy de acuerdo en que existe esa confusión, en que muchas veces se confunde o se utiliza una en virtud de la otra, y no es así. Y ya para acabar, solamente me gustaría apuntar que estoy de acuerdo con la opinión de que en el ámbito de la política en la Unión Europea muchas veces se intenta escapar del enfrentar directamente cuáles son las decisiones ideológicas que hay que tomar frente a diferentes problemas, y desde mi campo de estudio una manera en la que veo que se hace eso es recurriendo a la opinión pública.

En el caso de Turquía, que ha salido, por ejemplo, o en el caso de la paralización del proyecto de Constitución Europea después del no francés y holandés, se recurre a la opinión pública para decir “es que, como la opinión pública ha rechazado la Constitución, que esto ha ocurrido en unos pocos países y en una minoría que representan a una minoría de la ciudadanía europea, esto significa que hay una crisis y tenemos que parar”. Los datos de opinión pública no respaldan que exista esa crisis. No respaldan que después del no a la Constitución Europea los ciudadanos de repente hayan pensado “tenemos que paralizar el proyecto de unión política” o “tenemos que paralizar las ampliaciones”. Igual que no es cierto que la oposición a la entrada de Turquía sea estadísticamente o significativamente mucho más alta de lo que ha sido la oposición a la entrada de otros países que actualmente están dentro de la Unión Europea, y no ha pasado nada. Entonces, ése es un debate que habría que plantear en los términos que apuntaba Ridaou, no en los términos de “es que hay una opinión pública que se nos echa encima”. Por lo tanto, habría que dejar de utilizar la opinión pública para buscar justificaciones para determinadas cosas, y en vez de eso afrontar la responsabilidad política de tomar una decisión con respecto a determinados temas.

## Marycruz Arcos

“ No intervendré como presidenta de la mesa, sino como preocupadísima por los temas de Unión Europea. Y tengo una pregunta o quizá también una reflexión al hilo de todas estas cuestiones de identidad y ciudadanía, ciudadanía como un paso después de la identidad. A lo mejor es que primero necesitamos plantearnos si tenemos algo en común, si queremos hacer algo en común, si nos sentimos representados. Sé que esta mañana habéis estado discutiendo de los símbolos. ¿Nos sentimos representados con un

himno, con una bandera? No tenemos la misma lengua, pero a lo mejor no es necesario tener una misma lengua. Y son pequeñas cuestiones, el pasaporte, el carné de identidad, las que nos hacen sentir esa identidad, “tenemos algo en común los europeos”.

El que tengamos algo en común los europeos, ¿nos lleva a ser excluyentes, o simplemente nos lleva a pensar que podemos trabajar juntos y hacer cosas en común? Si podemos trabajar juntos, vamos a comportarnos como ciudadanos. Tenemos derechos y obligaciones como un segundo paso. Lo que me preocupa como estudiosa de la Unión Europea es que ahora, con 50 años de recorrido de la Unión Europea o de la construcción europea en su conjunto, tengamos que volver a plantearnos las cuestiones de identidad. Y esto se ha dado, precisamente, a propósito de la Constitución. Antes de la Constitución quizá no nos planteábamos las cuestiones de identidad, porque comprábamos y vendíamos y mandábamos los esquís sin enseñar el carné de identidad, y cuestiones así. ¿Pero tenemos que volver ahora a plantear las cuestiones de identidad? A lo mejor es verdad que estamos ante una crisis de crecimiento. Se me plantean estas dudas. Recuerdo los finales de los años ochenta, mediados, poco después de entrar España en el Mercado Común, como era la pregunta de rigor, cuando venían algunos funcionarios europeos me decían que se quedaban asombrados de que era la mayor concentración de coches que tenían la pegatina con la bandera europea, que la habían visto en España y en el sur de España. Que en el resto de los países europeos no había tanta necesidad de destacar que éramos europeos. En aquellos años, mediados de los ochenta, los españoles teníamos mucha necesidad de destacar que éramos europeos. ¿Ahora los europeos tenemos mucha necesidad de destacar que somos europeos? No sé. Son reflexiones que se plantean al hilo de esto.

## Ignacio Molina

 Pertenezco a la Fundación Alternativas y a la Universidad Autónoma de Madrid. Voy a volver a una cuestión que se ha comentado esta mañana. El profesor Vargas-Machuca hablaba de este tema, que habíamos coincidido en el *e pluribus unum*, que está tomado de la tradición norteamericana, que en realidad altera el orden del lema del proyecto constitucional europeo. Sería en ese caso “diversidad en la unidad”, que es la idea norteamericana en el fondo, también, sociológica, política, del *melting pot*. Pero que la idea es la diversidad en la unidad. La unidad de la nación americana, y en eso incluyo el pluralismo que está en la raíz propia de la fundación de los Estados Unidos.

En cambio en Europa lo que queremos es unidad en la diversidad, el lema lo hemos alterado. Evidentemente el énfasis es menos comunitarista, más social. El énfasis es menos unitarista, es un énfasis más confederal, si queremos. Yo creo que una de las cosas que hay que plantearse es si queremos pasar de unidad en la diversidad a diversidad en la unidad, es decir, si queremos dar el paso trascendente de superar las identidades nacionales o identidades que pueden ser estatales o subestatales. Y claro, lo que me planteo es que, si lo que nos preocupa son los ciudadanos, a mí particularmente lo que me preocupa es el ciudadano, es la democracia, es la eficacia, es que los servicios se presten, y eso tiene una importancia también en elementos cívicos, por supuesto, identitarios y una serie de derechos que van vinculados a la idea de ciudadanía. Entonces debemos quizá eliminar ciertos simplismos de decir “vamos a pasar el umbral en el cual vamos a crear unos Estados Unidos

de Europa”. Porque eso es algo que, si realmente no somos ingenuos, si realmente tenemos un pensamiento sofisticado, no es el proyecto europeo. El proyecto europeo no es ése. El proyecto europeo es quizá el contrario. Es, decía esta mañana, protegernos de nosotros mismos, pero al mismo tiempo rescatar a la nación, rescatar el estado-nación o hacer que el estado-nación, que continuará siendo importante, muy importante, sea más eficaz, sea más democrático, sea más presentable.

Yo decía, al hilo de los símbolos, que la bandera europea al lado de la bandera española nos hace más digerible la bandera española. Es decir, que en realidad no estamos en un juego de suma cero, sino en sumas positivas. Y dependiendo de en qué nivel, eso es una cuestión que tiene también que ver con la subsidiariedad, con el rango de reparto de las políticas, dependiendo de en qué cosas nos gustará mantener una identidad nacional, una identidad regional, una identidad europea. A lo mejor no estamos nadie interesados en que, por decir un ejemplo bastante anecdótico, pintoresco, en el fútbol se trascienda las identidades nacionales. Nos divierte mucho más que las identidades sigan siendo nacionales. Pero en otros ámbitos, como puede ser la fiscalidad, como puede ser la educación superior, como puede ser incluso –hablábamos esta mañana– la educación más básica en el nivel escolar, sí que queremos trascender ciertas identidades demasiado parroquiales, porque son ineficientes, porque no nos sirven, porque no ayudan al ciudadano o porque son errores.

O sea, que la idea no es pensar en términos de suma cero, sino en términos de sumas positivas, en términos de acumulación de identidades. Algo más sofisticado. Y pensar que Europa no es –porque sería absolutamente ingenuo pensar que Europa es una enemiga– una potencial enemiga de las propias naciones que están haciendo Europa. Es al contrario. En gran medida, aunque existen tesis y teorías enfrentadas, la idea es que en realidad Europa lo que está es rescatando y haciendo que las viejas naciones sigan teniendo hoy protagonismo, y sigan siendo más eficaces para el ciudadano, más eficientes, y ayuden a rescatar o a mantener la vigencia del estado-nación. Al mismo tiempo que se crea una identidad nueva para otras cosas. Aparte de que se pueden tener lealtades compartidas. Esto es algo que los andaluces –yo soy andaluz también– en las encuestas, esto de “¿Se siente usted tan europeo, tan español como andaluz, más español...?”, lo experimentamos en gran medida. O se puede ser europeo de forma mediada, como por ejemplo en estas mismas encuestas suele ocurrir, en el caso español de los catalanes, que se sienten españoles en la medida que son catalanes, pero a lo mejor primordialmente catalanes. Es decir, que la idea es no pensar en términos de suma cero, sino en términos de ir viendo cuándo conviene crear la intervención europea, y es una cuestión que tiene que ver con una discusión absolutamente política.

## José María Ridao

Recogiendo algunas de las cuestiones que se han planteado, lo primero era, respondiendo a la idea de identidad cívica, la no contraposición entre identidad y ciudadanía. Hay que tener en cuenta que lo que estamos hablando es de modelos. Es decir, para entendernos, y no lo tomen como una broma, podemos decir que el círculo y el cuadrado son cosas distintas, pero podremos hablar de un cuadrado redondeado. Eso no resuelve el problema. Lo que trato de decir es que son dos modelos, el modelo

de identidad lo que nos remite es al pasado común, a la historia común, a la lengua común; el modelo ciudadano, por el contrario, lo que nos remite es al pacto sobre derechos y deberes, o incluso, y ahí pueden entrar, y hay muchas veces que ocurre así, elementos de otra naturaleza, es decir, la cuestión religiosa, u otras, mientras sea pactado. Desde luego hace el pacto más inestable, pero es posible concebirlo así. Pero ya digo, lo que se trata es de ver que estamos ante dos modelos, y que en la realidad obviamente no son tan obvios, cuanto más claro quede que estamos hablando de modelos y que son modelos alternativos, creo que es mejor, creo que nos permitirá tomar las decisiones en el ámbito político.

Eso lleva a la segunda cuestión que se planteaba, que era la unidad en la diversidad o la diversidad en la unidad. De lo que estamos hablando, en el fondo, es de lo que hoy llamamos tradición liberal, que en otros momentos tiene otros nombres, o tiene otras disciplinas. Que es el erasmismo, la Ilustración, otro tipo de movimientos. Lo que hoy llamamos tradición liberal tiene, exactamente, como la Ilustración, en un determinado aspecto, el erasmismo en otros aspectos, una preocupación esencial, que es separar y definir el espacio público y el espacio privado, es decir, construir la comunidad, la sociedad, el espacio de lo social, a través de lo que es común, o de lo que se quiere que sea común, y dejar en la esfera privada aquello que diferencia a los individuos. Por eso la mejor garantía de la diversidad es la igualdad ante la ley. No la igualdad identitaria. Ahí es donde vemos la diferencia de modelos. La igualdad ante el pacto, ante lo pactado, es exactamente lo que nos permite ser diversos en todo lo demás; como individuos, como colectivos, como lo que se quiera.

Por el contrario, si lo que pretendemos es una igualdad tasada, es decir, en la religión, en la raza, en cualquier otro elemento, lo que estamos creando es otro tipo de sociedad. Una vez más, insisto, la cuestión es el modelo. Lo que perturba en gran medida este debate que, insisto, hoy llamamos liberal, y que es una tradición, esta tradición liberal así entendida, que pertenece tanto a una parte del movimiento conservador como a la propia socialdemocracia, lo que perturba, digo, es que en el siglo XX hemos asistido a las dos agresiones a este equilibrio entre el espacio público liberal. Hemos asistido a una agresión, a una hipertrofia del espacio público, por parte del socialismo real, por parte del nazismo, que lo que dicen es "no hay esfera privada. Todo en el individuo es relevante para su pertenencia a la comunidad". De ahí que haya arte degenerado, individuos que por su tendencia sexual o por su gusto literario u otro son excluidos de la comunidad, o por su origen, por su pasado. Es decir, lo que encontramos es una hipertrofia de lo público. Y lo que encontramos, a partir de ese movimiento de 1989, es la agresión exactamente simétrica, es la hipertrofia de lo privado. No hay espacio público, es irrelevante lo público. Lo que se trata es, como decía, de generar la suficiente abundancia para que no tengamos que plantearnos absolutamente nada en términos de igualdad. Ya digo, la mayor garantía para la diversidad de cualquier tipo es sencillamente la igualdad ante la ley, teniendo por ley este sentido genérico del pacto de ciudadanía.

La tercera cuestión, que también se planteaba, era la contradicción de esta Europa infinitamente incluyente. Efectivamente, a lo que nos enfrentamos es a que las bases del proyecto europeo son bases universalistas. Son bases de ciudadanía. Son bases por definición incluyente. Y la inclusión es general, no tiene límite. Pero ya digo, la respuesta a esto no es una respuesta tasada. Es una respuesta política. Para entendernos, ¿forma parte Turquía de

la Unión Europea, debe formar parte? Hay una serie de razones que no son relevantes en el proyecto universalista que es Europa, que es decir, por ejemplo, Turquía tiene una mayoría musulmana, o Turquía es Asia, o este tipo de debates identitarios o esencialistas. Sí podemos decir que Turquía no forma parte de Europa porque su renta no es todavía la adecuada, porque su respeto a los derechos humanos, a la división de poderes no es claro, etc., o cualquier otro argumento político que se les ocurra. Es decir, efectivamente el proyecto europeo tiene que aprender a convivir con esa feliz contradicción. Es un proyecto universalista, un proyecto en el modelo que yo sugería, ciudadano y, por tanto, los únicos límites que puede tener son límites políticos, no de otra naturaleza.

Y la última cuestión es, planteaba la vicerrectora, si tenemos algo en común. Yo creo que en el pragmatismo norteamericano hay una respuesta interesante. Lo que importa no es preguntarnos quiénes somos los europeos, sino qué somos los europeos, es decir, quiénes queremos ser los europeos. Es una construcción progresiva. Es decir, que lo que tenemos en común, o lo que debemos tener en común, es la voluntad política; la voluntad política de hacer unas instituciones comunes. No tanto interrogarnos ensimismadamente sobre eso, qué somos, que nos lleva, efectivamente, a la identidad.

Y hablaba del pragmatismo norteamericano, y en concreto, me refería la Constitución americana –y esto creo que es muy relevante, o ejemplar de algún modo para el proyecto europeo– que empieza diciendo “nosotros, ciudadanos de Estados Unidos”; en el momento en que se formula esa frase, “nosotros, ciudadanos de Estados Unidos”, significa solamente “nosotros, propietarios blancos de algunos Estados Unidos”. La revolución democrática que surge en el seno de la Constitución norteamericana va ampliando la definición del “nosotros”, de manera que ya no son “nosotros, ciudadanos propietarios blancos de algunos Estados”, sino que será de todos los Estados, progresivamente no serán “nosotros ciudadanos blancos” o propietarios blancos, sino que serán propietarios, y finalmente no serán tampoco propietarios, sino que la noción de ciudadanía, con la revolución democrática, se va ampliando. Es decir, el “nosotros” se va ampliando. Y eso se hace como resultado de una voluntad política. Es eso lo que hay que tener en común.

## Josto Maffeo

☞ Sólo insistir un momento en esto de la ciudadanía e identidad. También podemos constatar una cosa, que según el concepto de ciudadanía ofrezca siempre mayores ventajas o posibilidades, me estoy refiriendo al pragmatismo, al final, porque hay un pragmatismo de los ciudadanos. Es decir, si esto me ayuda a vivir mejor, de manera más fácil, yo aparto de momento lo otro. Y lo otro es la identidad. La identidad emerge como escudo, o a veces también como arma, para defenderme, para atacar cuando me están fastidiando. Sin embargo, cuando me están asfaltando la carretera diaria de mi vida, yo, ciudadano, normalmente estoy bastante de acuerdo en que puedo aparcar lo otro, pero lo mantengo ahí. Entonces yo creo más en la política de diluir los sentimientos, no perder las identidades, porque cada uno es de donde procede, de los sabores, de los recuerdos, de los compañeros, los amigos, la familia.

No podemos borrar evidentemente la historia personal y colectiva de los grupos, y no importa los tamaños de esos grupos. Pero sí podemos evitar, ayudándonos con el otro

concepto, con el desarrollo de la ciudadanía, a que eso no sea un problema. Otra cosa es cuando hablamos de los que vienen de fuera, porque repito, yo sigo creyendo que más o menos una idea de que somos europeos ésa la tenemos asumida. Luego podemos pelearnos dialécticamente, no sólo dialécticamente, con instrumentos mayores que son la economía, y otros, cuando tenemos que defender o atacar. En Europa, en la Europa que conocemos, tenemos una historia compartida, por lo que estamos condenados a entendernos sabiendo que todos somos europeos.

Otra cosa es cuando hablamos de los que vienen de fuera. Y me refiero a la inmigración y al peliagudísimo caso de Turquía. Porque si los turcos no fueran musulmanes, no plantearían otro tipo de problemas que leemos todos los días en las intervenciones de personajes públicos del mundo de la cultura, de las ideas, de la política y de la economía, evidentemente el problema no existiría. La ciudadanía se hubiese ya educado despacio para entender. Pero es que estos son los invasores, y además con la fama histórica que tienen los turcos. Es decir, es un fantasma que estamos presentando para el futuro de Europa, es diferente. Pero honradamente, los europeos, como nos conocemos, y hablo de los europeos después de 1989, a mí me parece que históricamente estamos condenados a convivir con altibajos y con las peleas familiares, pero desarrollando siempre más y facilitando la vida a partir del concepto de ciudadanía, y no tanto de identidad. Ésa ya llegará.

### **Pedro Moya** (moderador)

■ Terminamos. Muchísimas gracias a la Fundación Alternativas por la organización de este seminario y de esta iniciativa. A la universidad por acogernos en esta casa, a los cuatro ponentes por el esfuerzo que han realizado, y a ustedes por su asistencia y su interés.

# Cuadernos publicados

- 1/2004. El control político de las misiones militares en el exterior. Debate de expertos.
- 2/2004. El sector del automóvil en la España de 2010. Debate de expertos.
- 3/2004. La temporalidad en la perspectiva de las relaciones laborales.
- 4/2004. La contención del gasto farmacéutico. Ponencia y Debate de expertos.
- 5/2004. Alternativas para la educación. Debate de expertos.
- 6/2004. Alternativas para el cambio social. Zaragoza, 26 de noviembre 2004
- 7/2005. Las bases y los límites del consenso en la política exterior española. Debate de expertos.
- 8/2005. Los mecanismos de cohesión territorial en España: análisis y propuestas. Debate de expertos.
- 9/2005. La inversión de la empresa española en el exterior: nuevos aspectos económicos, políticos y sociales. Debate de expertos.
- 10/2005. El futuro de RTVE y EFE. Debate de expertos.
- 11/2005. El recurso de amparo constitucional: una propuesta de reforma. Debate de expertos.
- 12/2005. Guerra de Irak y elecciones del 14 M: un año después. Debate de expertos.
- 13/2005. Azaña y Ortega: dos ideas de España. Debate de expertos.
- 14/2005. El aborto en la legislación española: una reforma necesaria. Debate de expertos.
- 15/2005. Los objetivos políticos del Presupuesto de Defensa español. Debate de expertos.
- 16/2005. Alternativas para la España plural. Debate de expertos.
- 17/2005. Reformas para revitalizar el Parlamento español. Debate de expertos.
- 18/2005. Las nuevas tecnologías aplicadas a la agroalimentación. Entre la preocupación y la urgencia. Debate de expertos.
- 19/2005. El crecimiento del sistema español de I+D. De la teoría a la realidad. Debate de expertos.
- 20/2005. La Agencia Europea de Defensa y la construcción europea: la participación española. Debate de expertos.
- 21/2006. Alternativas para la España plural. Debate de expertos.
- 22/2006. La crisis energética y la energía nuclear. Debate de expertos.
- 23/2006. Unión Europea y América Latina: retos comunes para la cohesión social. Debate de expertos.
- 24/2006. Alternativas para la España plural. Debate de expertos.
- 25/2006. Una financiación autonómica equitativa y solidaria. Debate de expertos.
- 26/2006. Solución de conflictos por medios no jurisdiccionales. Debate de expertos.
- 27/2006. El sistema de servicios sociales español y las necesidades derivadas de la atención a la dependencia. Debate de expertos.
- 28/2006. El modelo social europeo. Laboratorio Alternativas-Policy Network.
- 29/2006. Alternativas para la España plural. Debate de expertos.
- 30/2006. Inmigración e integración: un reto europeo. Debate de expertos.
- 31/2006. La intervención médica y la buena muerte. Debate de expertos.
- 32/2006. La frontera entre el sistema público de I+D+i y las empresas. Un obstáculo capital para el desarrollo. Debate de expertos.
- 33/2006. Retos del modelo social y económico europeo. Debate de expertos.
- 34/2006. Alternativas para la España plural. Debate de expertos.
- 35/2006. Sanidad y cohesión social. Debate de expertos.

